

José Ángel Mañas

Caso Karen

Caso Karen es una novela policíaca que aúna con perfección literatura e intriga.

La muerte por motivos desconocidos de una famosa novelista es el rudimento de *Caso Karen*. Los investigadores van desentramando todas las relaciones personales de la autora lo que le da la oportunidad a José Ángel Mañas de componer un fresco lleno de diferentes personajes y sus historias.

José Ángel Mañas

Caso Karen

ePub r1.0
Titivillus 20.10.2023

Título original: *Caso Karen*
José Ángel Mañas, 2005
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
1019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Óscar

Cuando decimos que alguien tiene «personalidad», eso a lo que nos referimos no es otra cosa que la cristalización en un comportamiento coherente pero extraordinariamente rígido de varias ideas que uno tiene sobre sí mismo. Bajo este punto de vista, podría decirse que la mayoría de los actores son gente inhibida, que nunca ha «cristalizado». En ese sentido interpreto las palabras de una prestigiosa intérprete que yo hago extensibles, en otro contexto, a los novelistas: «Yo no era nada y el celuloide daba consistencia a esa conciencia de mi propia vacuidad…».

KAREN DEL CORRAL, *Escritos autobiográficos*

Los críticos estudiamos los textos para analizar, no lo que dicen, sino, ante todo, lo que dejan de decir. Sus silencios omisivos son lo que más nos interesa, lo que resulta más revelador. Lo que el autor no osa desvelar y que acaba dando la clave de su personalidad. A más silencios, más enigma y pasión interpretativa. Por eso, la muerte, al cubrir con un manto de silencio absoluto a un autor, lo vuelve tan atractivo. Uno puede conjeturar sin fin sobre lo que habría podido ser.

CONSTANTINO GONZÁLEZ, *Apuntes sobre arte y crítica*

[…] Obviamente, puesto que un libro no lo escribe una única persona, sino multitud de ellas: los libros son muchas voces y una infinidad de historias que un autor parasita. En especial el novelista, cuyo universo es acusadamente descentrado.

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS, *Conversaciones con Constantino González*

PRIMERA PARTE

(Aparecido en un suplemento cultural, 200-)

UNA CIGARRA EN EL HORMIGUERO

Llevo cuarenta minutos esperando en esta taberna. Mientras ojeo por enésima vez el reloj, se abre la puerta y aparece enmarcada allí su inconfundible silueta: me recuerda a los vaqueros de esas viejas películas del oeste, cuando irrumpen a lo John Wayne en los salones. Llega en tejanos, con unas Reebok nuevecitas y una sudadera naranja anunciando una conocida banda londinense. Todo muy «casual», como dicen al otro lado del Estrecho, salvo esas estrambóticas gafas de sol que podrían ser la envidia del mismísimo Elton John. Al retirarlas, unos ojos castaños y sumamente expresivos se vuelven hacia mí. Pero antes abraza, por encima de la barra, a Julia, la propietaria del local. Cualquiera diría que son amigas del alma, cuando me juego el pescuezo a que se han visto, como mucho, tres veces en su vida. Por fin se sienta a mi lado y, sin mediar palabra, echa mano de mi cerveza. Eso es esta escritora: puro desorden, exuberancia y desfachatez. No es de extrañar, pues, que, tras irrumpir como un tornado en el mundo de las letras, se haya convertido en una de sus personalidades más polémicas. Pero con cien mil ejemplares vendidos a sus espaldas, una puede permitirse todas las extravagancias. Y que se lo pregunten, si no, a su editor. Menciono que un joven crítico la ha descrito recientemente como «una cigarra en el hormiguero literario». Intento que me lo comente, pero me aclara que ella no opina sobre sí misma, visto que ya lo hace medio Madrid, así que nos metemos con el cuestionario. / ¿Si fueras un color, cuál serías? El fucsia. */ ¿Una fruta…?* La de la pasión, aunque, si te digo la verdad, no la he probado nunca. */ ¿Un animal?* Yo misma, ¿qué te parezco…? */ ¿Un pájaro?* Cualquiera, pero que tenga alas. */ ¿Una planta?* La carnívora. Para devorar a los curiosos… */ ¿Una*

piedra preciosa? El rubí, con sus presagios cambiantes. / *¿Un elemento?* El fuego, aunque me queme. / *¿Una especia?* La canela. / *¿Un perfume?* No soy fiel a ninguno… / *¿Una bebida?* Cualquiera que lleve Tequila. / *¿Una invención?* ¿Crees que hoy se puede vivir sin el móvil…? / *¿Un medio de locomoción? (Con una sonrisa juguetona:)* El cohete… Directo al infinito. / *¿Un útil, una herramienta…?* Soy una adicta al ordenador. / *¿Un mueble?* La cama: a veces me gustaría no tener que levantarme nunca. / *¿Un estilo arquitectónico?* El de Gaudí. Le he consagrado unos artículos. Soy una fan incondicional. / *¿Un idioma?* El italiano, musicalidad en estado bruto… / *¿Un lugar de veraneo?* Goa. O cualquier otro rincón de la India, que me tiene fascinada con esa espiritualidad tan tremenda… / *¿Una época de la vida humana?* La presente. Nunca echo la vista atrás. *[…]*

1

«Venga, entra». Lo empujaron dentro con la misma brusquedad con que lo habían agarrado al encontrarlo a la salida del Racha, en los bajos de Orense. Había ocurrido a plena luz del día, a la hora a la que abrían sus puertas El Corte Inglés y los demás comercios de la calle. Pero Velasco, que guiñaba los ojos por la luz, andaba tan colocado que casi ni se enteró: le parecería parte del mismo globazo de colores, la misma alucinación calidoscópica de los sentidos. Quienes lo vieron afirman que sonreía con los ojos como platos, y que no se resistía, mientras lo arrastraban hacia el Mitsubishi gris metalizado. Fouciño, que llevaba las llaves, dio la vuelta al coche y se puso al volante. Y el indio de la camiseta encarnada se metió detrás, a su lado. En eso Velasco debió de tomar conciencia de la situación porque intentó, en un último arrebato de toro vencido, abrir la portezuela. Pero desgraciadamente, un brutal codazo en plena cara le calmó los ardores. «¿Dónde está la plata que falta?», preguntó el colombiano, según entraban en el piso. Velasco le juró que no había más, que lo de la mochila era todo lo que tenía. «Nada de vainas, majadero», el mafioso le clavaba una mirada torva, de ojos oscuros. Y empezó la fiesta. Primero le pincharon en el muslo, a través del pantalón. Velasco soltó un gemido y se precipitó con paso tambaleante por el pasillo. Empujó una de las puertas exhortándoles a que lo registraran todo, que no encontrarían nada, decía. Tenía problemas para articular, con la boca entumecida y seca. «Yo que tú no me andaría con camelos», masculló Fouciño, que no podía perdonarle las hostias del Hugo. Le habían afeitado partes del cráneo, para darle los puntos, y las calvas, como de tiña, no favorecían en nada a su rostro anguloso y ya de por sí maltrecho de antiguo pescador. El odio convertía sus ojillos en dos ascuas virulentas. Pese al calor llevaba el mismo tazado chaquetón de cuero, los mismos pantalones de pana, los mismos náuticos

desgastados que cuando se habían visto en el casco viejo de Vigo. El otro empujó a Velasco contra una silla y lo maniató, a la espalda, con una soga. «Quédense ahí mientras echo un vistazo». Instantes después lo oyeron en la habitación de al lado, arrastrando la cama y dando golpecitos con el mango de su navaja sobre las tablas del parqué. Mientras quedaban a solas, Velasco volvió a asegurarle a su cuñado que no había nada más. «*¡Te lo juro por mis muertos! Son los precios que se llevan aquí…*», empezaba a angustiarse. «*Tú lo sabes bien, tío*». Pero Fouciño seguía tenso y expectante en la penumbra. Al cabo el colombiano se volvió manoseando un rollo de cinta para embalar y una mugrienta servilleta de la cocina. Y, nada más verlo, Velasco lo comprendió todo. Hizo amago de gritar, pero dos pares de manos sucias lo amordazaron sin contemplaciones. Todavía se debatió como pudo antes de quedar hipnotizado por la navaja que le rajaba la pernera y le cortaba los cordones de la bota. En ciertos momentos perdía movimientos intermedios y la hoja de acero saltaba de una posición a otra: parecía una película a la que le hubiesen arrancado demasiados fotogramas. Empastillado como estaba, nada le resultaba muy real. Era una pesadilla. No estaba ocurriendo. ¡Qué irónico el que, tras concebir tantas escenas de torturas, en sus películas delirantes, le estuviera tocando ahora protagonizar una! «Ahora mismo nos lo va a contar todo, muchachito». La voz del indio se volvía cada vez más amenazante. A sus espaldas, el famoso cuñado acababa de sacar una barra de acero del interior del chaquetón. Era el exmarido de su única hermana, el padre de sus adorables sobrinitas. Se habían corrido juntos infinidad de juergas. Pero lo golpeó sin dudarlo, el muy animal. En las rodillas; y luego, más fuerte, en el esternón. «No puedes imaginarte las ganas que tenía de cascarte las liendres». Velasco tenía los ojos velados por la sangre. Acababa de atisbar las tenazas oxidadas en manos del colombiano. Y al comprender lo que pretendía, arrancó a patalear. No consiguió nada porque Fouciño, a horcajadas sobre sus piernas, lo estaba inmovilizando como a un perro rabioso. Y viendo que el indio tiraba con ambas manos, cerró los ojos. El *speedball* que le habían pasado en el Racha lo mantenía medio anestesiado. Aun así debió de dolerle en el alma. ¡Cómo lo estaban dejando! Pobre Velasco. Y eso cuando prácticamente se había salido con la suya. Porque cuando lo atraparon en Orense, no

te olvides, iba camino del aeropuerto. «¿Dónde demonios guarda el resto de la plata, pendejo?». Se oían ruidos en el rellano. El indio bajó la voz. «Y ni un suspiro. O le arranco los dientes, mamón». Velasco se sintió morir. Su cara sudaba sangre. Y cuando le arrancaron la cinta que le cubría la boca, apenas consiguió articular un lloriqueo lastimoso: el extremo de la barra acababa de saltarle los incisivos.

2

Por aquella época, tú estabas una vez más en Madrid. Andabas trabajando en una novela policiaca, y habías aprovechado que la editorial te invitaba a la feria del libro para darte una vuelta por la comisaría. Luego el lunes sonó el móvil. Era Julia, la inspectora de Homicidios, uno de tus contactos. Decía que andaban con mucho follón y sugería cancelar la visita. Parado en mitad de la calle, le explicaste que la teníais acordada desde hacía dos meses y que era uno de los principales motivos de tu viaje. «No me podéis hacer esto ahora». Al final, tras un pequeño tira y afloja, conseguiste que se mantuviera el compromiso, y a la mañana siguiente un taxi te dejó frente a la Dirección General de la Policía, al final de la avenida Pío XII. La nueva sede del Grupo era un edificio construido en terrenos del colegio de los Sagrados Corazones. Las monjas se lo habían cedido en su momento al Ayuntamiento, y eso explicaba las canchas de baloncesto en el interior del recinto. Por detrás daba a un descampado cuyos terraplenes pelados bajaban hasta la M-30; y hacia el sur varios cipreses descollaban, como paraguas cerrados, sobre la tapia del colegio vecino. Nada más entrar en el edificio, que por dentro era tan frío e inhóspito como cualquier centro oficial, el agente que atendía el mostrador levantó la vista. Preguntó por la razón de la visita y anotó tus datos en un cuaderno. «Haga el favor de depositar los objetos metálicos en la bandeja antes de pasar bajo el arco». Los despachos estaban en la segunda planta. En la sala de espera, un inspector les pedía ayuda a unas marroquíes enchadoradas. Necesitaba entenderse con su pariente, decía. Mientras la más joven se lo explicaba a las demás, te acercaste a preguntar por Ramírez. El hombre te indicó, sin girarse, una puerta entreabierta. Al otro lado había un despacho luminoso y a medio montar: cuatro áreas de trabajo, con sus mesas y ordenadores,

archivadores metálicos nuevecitos y cajas de embalaje todavía por el suelo. Aquello tenía poco que ver con el cuchitril donde los habías visitado la otra vez, en la plaza de Pontejos, en pleno centro. Entonces Ramírez te había dedicado un buen rato, incluso se bajó contigo a tomar unas patatas bravas al bar de la esquina, el de la calle Correo. Pero esta vez fue diferente: al oírte llamar con los nudillos, se giró, sin dejar de vocear por el móvil, para indicarte que aguardases. Ramírez tenía una constitución sanguínea que le teñía la cara de escarlata en cuanto se alteraba. Era un temperamental, y su expresión te hizo pensar que a lo mejor había sido un error venir. Mientras desaparecía por la puerta del fondo, comprobaste que la grabadora funcionaba y ojeaste los horarios de las guardias chincheteados en un panel de corcho. Instantes después, la puerta volvía a abrirse. «Un escritor», Ramírez, te señaló a Duarte, uno de sus hombres de confianza. Lo habías entrevistado en su momento. Su aspecto de brutote te había gustado, y lo habías utilizado como modelo para uno de tus personajes. «Vino a vernos hace un par de años, igual te acuerdas», dijo Ramírez. «Lo atendéis antes de iros». A Duarte se le había puesto cara de circunstancias. Se pasó una mano por el cráneo afeitado. Detrás acababa de aparecer su compañero, Pacheco, un rubiales ojeroso, con cara de pocos amigos. «Tú no serás amigo de la escritora Karen del Corral, ¿verdad?», preguntó, clavándote unos ojos desconfiados, de un color desvaído.

3

«[…] Nosotros habíamos pasado el día juntos, charlando de literatura. Por la mañana dimos una vuelta por el Rastro, para buscar libros de segunda mano, como solemos hacer. Y tras comer algo por la zona, me pidió que lo acompañara a la feria. Cuando llegamos al Retiro eran pasadas las seis. Seguía haciendo calor, y aun así había multitud de gente desfilando entre las inacabables hileras de casetas a lo largo del paseo del Uruguay. Había un ambiente de domingueo bullicioso y la gente deambulaba indolente, con sus bolsitas bajo el brazo. Eso los que compraban, porque hay quien sólo va para cotillear de pasada a los escritores. En hora punta podía haber una buena veintena de primeras firmas atendiendo a su público. Allí estaban Washington Tostón, Raúl Cortés, Irene García, y Juan Chacón, uno de los jóvenes que mejor funciona. Y también Armando Sala, el escritor de best-sellers, que se traía hasta un secretario para abrirle los libros y ayudarlo a lidiar con una impresionante cola de marujas. Y ahí, nada más llegar, fue cuando la vimos, en una de las casetas estrella. Y cuando nos invitó a la fiesta de despedida que daba esa noche, sí. […] Mientras los altavoces anunciaban la firma, ella sonreía y se esponjaba rodeada de fotos publicitarias que habrían contentado hasta al ego más hipertrofiado. Acababa de entrevistarla TeleMadrid y seguía charlando con la presentadora sin dejar de firmar libros a los jovencitos llenos de pirsings y tatuajes que hacían cola a un lado. Pero Karen tenía un ojo de lince para la gente, y al ver que pasábamos, se inclinó sobre el mostrador, para darnos una voz. Hubo que acercarse. Y ella estuvo muy maja. Iba muy normalita, para lo que podía ser Karen, con la camiseta blanca metidita por dentro del vaquero marcándole esa delantera de la que presumía. Lo único cantoso, si acaso, eran las gafas de sol, de color lila y con

la montura en forma de mariposa. Una de esas baratijas kitsch que le encantaban. Mientras me recriminaba por no haberle avisado de que íbamos a pasar, el jefe de ventas empezó a carraspear a su lado: "Karen, te esperan tus admiradores…". Pero ella odiaba que la interrumpiesen, y al final saltó: "*¡Pues que se aguanten y que me admiren menos, hombre! Ya ves lo que me importa*…". Al otro yo creo que se le agrandaron las manchas de sudor de la camisa y masculló algo, aunque recuperó las formas sumisas en cuanto vio acercarse al director de marketing. Karen siempre había tenido problemas para controlarse. Pero esas borderías formaban parte de su personaje público. Torpezas que habrían supuesto un tropezón para cualquier otro, a ella le suponían reseñas gratuitas y le hacían vender dos mil ejemplares más. Sin embargo esta vez su salida de tono me causó una impresión más amarga. Es muy posible que lo que pasó después haya deformado mi percepción de ese día. En cualquier caso tuve la impresión de que ya no tenía el mismo desparpajo. De que algo en su carácter se iba agriando, como una fruta pasada, no sé si me explico. Insisto, aun así, en que seguramente malinterpreto su actitud a la luz de lo ocurrido. Porque, si alguien tenía todas las razones del mundo para sentirse satisfecha, ésa era ella: al fin y al cabo se había convertido en el centro de atención indiscutible del mundillo literario y en una escritora con ventas y proyección internacional, como siempre había deseado. […]»

4

Al notar que te flojeaban las piernas, Duarte se apresuró a acercarte una de las sillas del despacho. Entonces explicaste cómo os habíais conocido hacía años, cuando te había hecho llegar el guión de un corto, a través de un amigo común. La historia era tan descabellada que te había hecho gracia, y la habías llamado la noche misma para felicitarla. «¡Que se siente, coño! Explícale que como siga así va directo a calabozos». Los gritos, al otro lado de la pared, hacían temblar la fotografía del Rey. «Haz el favor de cerrar la puerta, Pacheco. Pero ella ya había intentado suicidarse antes, eso lo sabías, ¿no?». ¿Cómo no ibas a estar al corriente? Había sido una más de la larga serie de anécdotas que acompañaban su fulgurante andadura profesional: había llamado a todos sus amigos, inclusive a su editor, sin que ninguno se la tomara en serio. Le había pasado como al pastorcillo de la fábula. «¿Y a ti no te llamó?». «Nosotros no hablábamos desde hacía meses». Al cruzaros el domingo, en la feria, hacía mucho que no os veíais. Duarte sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa. La punta golpeó sobre la mesa. «Pero esa noche fuiste a su fiesta…». Era cierto. Habíais salido de la feria a última hora, cuando el calor ya amainaba, y Tino, con una docena de libros bajo el brazo, te había animado para que lo acompañaras. «Venga, hombre, que no la hemos visto en siglos». Al final te convenció y llegasteis ya de noche, tras pasar por su casa y tomar unas cañas por el centro. A esas horas todavía quedaban niños jugando en las aceras, a la luz de las farolas, y los veinteañeros empezaban a ocupar los bancos bajo las acacias del lugar. Más allá el arco del monumento a Daoiz y Velarde, en mitad de la plaza, tenía el intradós ennegrecido por las fogatas que se encendían luego allí por la noche. Y sentados en el suelo, varios melenudos aporreaban unos tambores africanos, entrecerrando los ojos y haciéndose eco unos a otros con unos ritmos primarios que se colaron en el portal con

vosotros, para luego fusionarse por las escaleras y en el rellano con el follón vocinglero de la fiesta. Nada más tocar el timbre, abrió la puerta una loca sudorosa. «Es para la tele», os enfocó con una minúscula cámara digital. Tenía los ojos brillantes, de drogas, y el rímel corrido. Una camisa hawaiana anudada a la cintura le dejaba el ombligo al aire. «Éste lleva un programa de culto sobre la noche», explicó Tino, pasando entre la gente, copa en mano, por el pasillo. «Se emite de madrugada y tiene mucho éxito entre los modernos». Más allá, en el salón habían pegado el mobiliario a las paredes. Pese a los balcones abiertos, el ambiente estaba cargado de humo y olor a incienso. Karen andaba conversando con un locutor de radio. Pero lo dejó con la palabra en la boca, nada más veros, y se te echó al cuello. Parecía otra que en la feria. Iba muy elegante, con el pelo suelto y los bucles negros y alborotados cayéndole en cascada sobre los hombros de una chaqueta de grandes solapas que había lucido recientemente en portada de una revista literaria, puro en boca y sacando morritos de famfatal. Ella siempre se adaptaba con una facilidad camaleónica a cada situación, y ahora iba de diva intelectual. Pero tú la habías visto interpretando demasiados papeles y ya no te la creías. A veces incluso adoptaba, casi sin darse cuenta, los gestos de su interlocutor. Era una auténtica Doppelgänger, una esponja insaciable de palabras y actitudes. «*¿Os gusta la fiesta? ¿Habéis visto la cantidad de gente que ha venido?*». Los ojos le chispeaban. Su copa de champán se levantaba peligrosamente sobre tu cabeza. Momentos después os dejó para saludar a un conocido pintor expresionista que había viajado desde Mallorca sólo para estar en la fiesta, y tú aprovechaste que Tino pegaba la hebra con el locutor, para abrirte paso hasta la cocina. Y mientras volvías con dos copas, te topaste en la puerta con tu amiga Irene, una escritora muy seria, una estajanovista convencida, cuya obra era el perfecto reflejo de su personalidad, fría y geométrica como un Mondrian. «Pero ¿qué haces aquí?». «Lo mismo te digo, guapo. Dame un besito, anda…». Tú sonreías como si hubieses encontrado a un amigo del Opus en un burdel, y ella se apresuró a explicar que acababa de coincidir con Karen en un congreso y que en los últimos días le había dejado tantos mensajes en el móvil que había preferido no hacerle el feo. «Aquí no hay quien hable en medio de este aquelarre», te cogió uno de los whiskys. «¿Vamos al

balcón…?». Cuando os asomasteis, abajo seguían con el tam-tam.

Acodados en la barandilla, con una luna menguante alta en el cielo estrellado, habías charlado un buen rato, contentos de volver a veros, hasta que apareció la anfitriona, para arrastraros de vuelta al follón. Quería presentaros a una de las vedetes de la feria. Washington Tostón. El escritor argentino que la crítica presentaba como el sucesor de Cortázar, por lo afrancesado, y que permanecía arrinconado junto a la puerta del salón. No te cayó bien de entrada, y el sentimiento debió de ser mutuo, porque apenas te dedicó dos palabras. Eso sí, no dejaba de inclinar la cabeza, observando a Irene. «Ah, sos vos. No sabés qué ganas tenía de conocerte. He leído *El piolet de Trotsky*. Una prosa muy incisiva, muy hermosa, incluso violentamente hermosa…». Pero Karen, que no soportaba dejar de ser el centro de atención, lo interrumpió con una carcajada: «*Washington piensa que tú y yo somos las mejores representantes de la nueva prosa femenina española*», se le colgó del brazo. «*Dice que tú tienes estilo, pero que nunca tendrás mi garra. Cada cual su cruz, nena*». Y se soltó para abrazarse al presentador de *Noches sin fin*, que pasaba, pegado a su cámara. Y juntos dieron un par de vueltas, como de vals, que por poco acaban, entre más risas, en el suelo. Entretanto el argentino seguía hablándole a Irene de una antología que estaba preparando. «Pienso incluirte. Pero necesitaría otra chica. Me han hablado de Pilar… éste… Segura, ¿puede ser…?». «Un horror», sentenció Irene. «Y ella, muy pretenciosa». La fiesta se iba animando, las voces subían de tono y empezaba a resultar difícil entenderse. Cuando te giraste, casi tropiezas con tu antiguo editor, Josep Ferrater. Ferrater, que traía mala cara, como si acabara de salir de un gripazo, permanecía en medio del follón con su traje oscuro, su pelo engominado echado hacia atrás a lo Valentino y esas gafas de titanio de cuarentón de anuncio. Mientras hablabais, no dejó de buscar por encima de tu hombro. Por fin, viendo que su último descubrimiento se acercaba, se terminó su copa. «Perdona un momento», dijo, endosándotela. Pero Karen ya lo había visto por el rabillo del ojo. En pocos segundos cambió hábilmente de rumbo y cruzó la habitación hasta donde Tino charlaba con una morenaza. Se metió entre ambos, y le pasó a tu amigo una mano por detrás de la nuca. «*Bésame, anda*», le susurró



al oído. «*Que quiero quitarme a este pelmazo de en medio…*».

5

«[…] *Era inevitable. Había una relación demasiado directa entre su vida y su literatura sin que quedase demasiado claro cuál de las dos influía más en la otra. Todo lo que vivía afloraba en sus novelas, pero también su pasión por la ficción la llevaba a menudo a interpretar a sus propios personajes. Consecuentemente la frontera entre ambos universos se había ido desdibujando hasta que sus propios amigos empezaban a parecerle entes de ficción que sólo adquirían realidad cuando los retrataba en un texto. Y ella misma, cuando no escribía, se sentía como una espía sin misión en un mundo singularmente amorfo y falto de sentido. […] Como es lógico, hacía mucho tiempo que K había renunciado a la "pura" creación. ¿Por qué esforzarse en imaginar un universo, si lo tenía todo allí mismo, al alcance de la mano? Su entorno inmediato constituía su particular coto literario, una fauna que transformaba a su antojo, recomponiendo hechos y dándoles nueva significación dentro de su singular visión de las cosas. Su propia subjetividad era la única censura en este proceso creativo tan "impuro" donde realidad y ficción acababan fundiéndose hasta resultar prácticamente indistinguibles…*». Cito estos párrafos que abren la tan esperada segunda novela de Karen del Corral porque dudo mucho de que podamos encontrar en el resto de su obra, ni tampoco en los trabajos de sus exégetas, palabras más esclarecedoras para describir la esencia de ese proceso creativo tan radicalmente «impuro», como lo califica la propia autora. Con esa penetración sicológica que la caracteriza, el dardo da plenamente en la diana. Y justamente en un panorama como el actual, en el que proliferan tantos narradores cultos, y en el que la inflación discursiva de los escritores es un hecho innegable, resulta

especialmente refrescante esta ingenuidad intelectual tan exenta de toda afectación y este estilo tan absolutamente límpido en sus mejores momentos, sin firuletes ni espadas damasquinas, como habría dicho Caro Baroja. Por encima de sus evidentes diferencias, de las que ahora hablaré, estimo, como espero probar con la tesis que defiendo ante este Tribunal, que los textos ficcionales que examinaremos a continuación cobran ambos su plena significación a la luz del fragmento citado. [...]

6

«[…] Fueron cinco semanas enteras en casa de mi padre. Tuve que volver a encontrarme con antiguos amigos, compañeros de fábrica, incluso familiares a los que me había jurado no volver a dirigir la palabra. Muchos hacía tiempo que estaban al tanto de lo ocurrido. Y los que no, se imaginaban cosas peores. Mi viejo hasta dejó de beber por unos días. Había que verlo, de traje y corbata ante su tumba. No paraba de mojar pañuelos. No levantaba, literalmente, la cabeza. Con cada gesto parecía acusarme de haberlos abandonado. Y los vecinos lo miraban a él, y luego a mí, con mi beisbolera y mis tatuajes, y pensaban: "Pobre hombre, cuánto ha tenido que sufrir…". Me entraban ganas de gritarles que se equivocaban, que ninguno lo conocía. ¡Ojalá lo hubieran visto durante sus noches de parado en casa, bebiendo cerveza tras cerveza delante de la televisión, mientras mi madre velaba hasta bien entrada la madrugada dejándose la vista y las yemas de los dedos para sacarnos adelante con su costura! Pero no cabía sino callar. Después de tanto tiempo, además, casi me sentía incómodo con el inglés. "*Ronnie, man, go back to Spain*", me decían algunos, entre risas y palmaditas en la espalda. Sin embargo a los pocos días se me fueron refrescando las palabras. Y ahora sé que el pasado no se borra tan fácilmente, y que, aunque pase aquí el resto de mi vida, nunca llegaré a ser verdaderamente español. Era la primera vez que cuestionaba mi decisión de no volver. Mis primeros años en Madrid habían sido una luna de miel, sobre todo viniendo de una ciudad industrial y de un ambiente tan violento como el de los clubs de *house* que frecuentaba. Me enamoré de esta ciudad cuando empezaba a entrar la música electrónica, a principios de los noventa. Y como traía discos suficientes para montar una tienda, no me resultó difícil hacerme un hueco en la escena local y pinchar en

tres o cuatro discotecas antes de acabar como fijo en el Lunatik: Detroit es la cuna de *Aretha Franklin* y de *Ted Nugent*, y cuando has triunfado allí, sabes que triunfarás en cualquier otra parte. Pero luego se acabó el encanto. Durante unos años tuve ataques recurrentes de nostalgia. En particular los domingos, que era cuando me sentía más *homesick*. Y después esos momentos también se fueron haciendo menos frecuentes, hasta que estaba ya más que convencido de que me quedaría definitivamente, cuando ocurrió lo de mi madre. […] Qué va. La única vez que me atreví a hablarle, se cerró en banda: "*I wanna know anything, Ronnie. Your life is your business*

don't

". Estaba en la cocina, escuchando su emisora preferida. Cada poco miraba por la ventana de nuestro piso, a ver si aparecía la camioneta blanca de mi padre. Pero la memoria tiene estas cosas: ahora la echaba atrozmente de menos. Rememoraba mi infancia, y una congoja insoportable me agarrotaba la garganta. No dejaba de soñar con ella. Por las noches me despertaba, lleno de una horrorosa ansiedad. Intenté explicárselo a Pacheco, pero habrás comprobado que la sicología no es su fuerte. Para complicar las cosas, recientemente había coincidido con una estrella del tecno francés en una discoteca. Después de mi actuación se había acercado a felicitarme. Y, unos días después, me llamó al estudio proponiendo producirme un disco. Como imaginas, eso habría supuesto un reconocimiento internacional que empezaba a tentarme después de muchos años de *underground*. Pero Pacheco no habría dejado nunca su trabajo para subirse conmigo a París: le gusta demasiado eso de ir por la vida con una pistola al cinto. Y a mí, si te soy sincero, tampoco me importaba demasiado renunciar a ello. Pero necesitaba una mínima contrapartida emocional: follar y ponerse está bien durante un tiempo, pero no puedes quedarte en ello toda la vida. Yo acabo de cumplir los treintayocho y nunca he pretendido que se case conmigo. Pero, *fuck, man*, al menos pillar un piso decente juntos. De hecho vimos un *loft* precioso, aquí cerca. Su propietario, el editor de una revista *gay*, que emigraba por cuestiones sentimentales, pedía un pastón. Aun así, juntando nuestros salarios y lo de mi madre habríamos podido llegar. Sólo que Pachi se negó, y tuvimos una pelotera de antología. Casi

llegamos a las manos. Luego él desapareció todo el fin de semana. Y el lunes, a las nueve de la mañana, vino a cambiarse de ropa. Y, como no quise abrirle, se puso a gritar desde la calle que le tirase las llaves del portal. Me pareció el colmo de la falta de delicadeza: mi madre recién enterrada y este salvaje, no sólo no es capaz de mostrar el más mínimo sentimiento, sino que encima se tira fuera dos días dejándose empalar por el primero que encuentra. “¡Lárgate, hijodeputa!”, le grité desde la ventana, hecha una furia. “¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Esto es tuyo…! ¡Y esto!”. Tiré sus zapatos, los cómpacts, todo lo que encontré a mano. Hasta la pipa. “¡Y ahora piérdete, desaparece de mi vida!”. “¿Y tú qué miras, gilipollas?”. Pacheco se había encarado con el cotilla de la librería, que no pierde ojo de lo que pasa en la plaza. Y se quedó abajo, todavía zombi, recogiendo sus cosas. […]»

7

«Luego Duarte paró su coche, un Peugeot 306, en mitad de Gravina. Ahí, junto al bar», Roni señala hacia donde un gordinflón barre la entrada del Truco, el garito que hace esquina. «Y ése es mi edificio, en la otra acera, el que da a San Gregorio». Hace menos de una hora lo has visto cruzar la plaza, camino de su casa, con unos discos bajo el brazo. Habría sido difícil saber qué era más llamativo: los pantalones a cuadros, las gafas de ciclista o la camiseta plata sin mangas que le deja al aire los hombros puntiagudos y tatuados. Al principio te ha mirado con reticencia. Pero luego le ha hecho gracia el tema. Y cuando, tomando unos pinchos en el bar de la plaza, has dicho que piensas cambiar los nombres, ha sonreído con picardía: «Por mí puedes contar lo que quieras. Será incluso gracioso verlo publicado». Al salir de la cervecería apunta, con las gafas en la mano, hacia la fachada de su edificio: entre los aparatos de aire acondicionado hay letreros de protesta contra el ruido y alguna banderita con los colores del arco iris. Chueca ya no tiene nada que ver con el prado de jeringuillas que habías conocido en su momento. Y menos de día, cuando la invaden todas esas palomas, y cuando la frutería, la pescadería y el mercado de San Antón toman el relevo de los locales nocturnos. Estando allí resulta fácil imaginarse a Duarte saliendo del coche, mientras Pacheco, en el bordillo, se quita las Puma y se calza los mocasines. «Macho. Acaba de entrar un caso. No puedes dejar el móvil desconectado y obligarme a venir…». Pacheco, que terminaba de recoger sus cosas sobre una camisa, deshizo el improvisado petate y enseñó su aparato partido en dos. «¿Qué cojones buscas ahora?», preguntó Duarte, abriéndole el maletero. «El desodorante, coño». Pacheco se enchufó el *spray* bajo cada brazo, por dentro de la camisa, y dirigió una última miradita a las contraventanas cerradas del segundo. Cuarto de hora después aparcaban sobre una acera, en la calle de

San Andrés, a pocos metros del Dos de Mayo. Allí todas las miradas convergían en la esquina del café Mahón, al otro extremo de la plaza, donde junto a la zona acordonada ya estaban la ambulancia, el monovolumen de la comisión judicial y un par de zetas con el rotativo encendido. Desde uno de los balcones más altos, el fotógrafo de la Científica ametrallaba el lugar. Algunos vecinos se asomaban a las ventanas. Otros habían bajado y rondaban en torno al bulto cubierto por la manta térmica. Al ver que llegaban, les salió al paso el agente que precintaba la zona. «Pacheco y Duarte. De Homicidios». Le enseñaron la placa y se acercaron hasta donde una pelirroja grandullona y cariancha conversaba, junto a la ambulancia, con el forense. «Muy buenas». Era Esther Manquillo, la jueza de instrucción, una funcionaria puntillosa y prepotente, con una merecida fama de prusiana. Ella dividía el mundo entre quienes acatan la legalidad y quienes no y asumía que su trabajo consistía en castigar a unos para proteger a los otros, cosa que hacía con un afán que no dejaba de granjearle enemigos dentro y fuera de la profesión. «Cuando llegó la ambulancia ya estaba muerta. Ha caído de cabeza», indicó, echando una ojeada al cuerpo. En el portal, otro agente tranquilizaba a una vecina que repetía alterada que lo había visto todo. «Dile que suba a su casa, Pacheco. Ahora la vemos». Duarte se agachó para apartar la manta. La chica estaba bocabajo. Su brazo derecho permanecía pegado a la cabeza, como protegiéndose del golpe. El otro, a lo largo del cuerpo, tenía el codo doblado hacia fuera y la palma de la mano hacia arriba, en pronación. La postura despatarrada, con las piernas separadas y la derecha semidoblada hacia el interior, le hizo pensar en una estrella de mar arrojada a la playa. La cabeza, cubierta por una maraña oscura y mojada, se había abierto como una sandía reventada: una sustancia blanquecina se derramaba sobre la acera, formando grumos brillantes en el charco de sangre. El albornoz blanco, subido hasta la cintura, quedaba arrebujado a un lado. Casi parecía la cola de un vestido de novia. Y en los glúteos rollizos que descubría se apreciaban algunas contusiones. «Para alguien tan preocupado por su imagen, no ha quedado demasiado presentable», comentó la Manquillo, que también se había agachado. Se puso en pie, estirando la falda sobre sus piernotas. «Pobre chica. Acababa de ganar un premio», y se recolocó la melena por detrás de la oreja, un

tic que tenía. «Mi sobrina me había recomendado su libro. Decía que escribía muy bien, que era una de las jóvenes promesas de nuestra literatura…». Duarte ojeó la plaza, a su alrededor. En el corrillo de curiosos más cercano, una mulata permanecía hipnotizada por el cuerpo. Al encontrar la mirada del policía, agarró el cochecito con el niño y desapareció entre la gente.

8

«Te digo que sólo se llevan un diez por ciento. Echa cuentas. Donde ganan dinero es con los artículos y conferencias». Vosotros seguíais a cuatro patas, por el suelo, buscando con el mechero. Desde esa altura la fiesta era una sucesión de pantalones, faldas horteras, pantorrillas y sandalias estilosas, converses de lona, adidas de corte indi, zapatos de tacón y hasta chanclas, que volvían a estar de moda. El tamboreo proveniente del balcón abierto ahogaba la suave música electrónica. «¿Lo has encontrado?», preguntó Tino, cansado de gatear. «No…». Y es que resultaba más interesante la conversación de las propietarias de dos pares de larguísimas piernas. La más cercana llevaba sandalias y las uñas de los pies pintadas de azul metálico. Cada poco se ponía de puntillas y los talones se despegaban de las suelas como dos bocas entreabiertas. «Mira, el trepa de Juan Chacón. Lleva un rato intentando abordar a Gema Serrano, la mandamás de Planeta. A ése acaba de enchufarlo Pepe Herrero en la tele. Su programa de cotilleo literario no ha despegado, pero en cuanto lo coloquen en una buena franja horaria, arrasa seguro, verás…». «Pues ése es otro, el que está liándose un yoin en el sofá. Un jeta. Se presenta en las agencias de viajes exigiendo viajar por el morro a cambio de mencionarlos en sus libros…». «Calla, ¿y has visto a ésas…? Si no se pueden ni ver. ¡Y mira cómo se besan…!». Karen acababa de emerger entre unos grupillos, en mitad del salón. Saludaba efusivamente a una periodista del corazón que no perdía ocasión de ponerla a parir en sus crónicas. «Ya he encontrado la china», anunció Tino, dejándose caer a tu lado. «Y qué pinta, hija. Parece un marimacho…». «¿No dicen que es lesbiana?». «¿Y quién no, hoy en día…? ¡Ahora se entiende el achuchón!». «Ése también me suena…». El presentador de *Noches sin fin* volvía a abrirse paso por la fiesta. Lo seguían un operario de sonido cebolleta en alto y una mulata, con un

espectacular peinado afro, que no paraba de anotar en un cuadernito. «Son los miembros de su equipo técnico. A veces salen en el programa, un detalle muy Godard», comentó Tino, empezando a deshacer la china en una mano. «Siempre terminan en algún club de intercambio de parejas o así. Un concepto muy contemporáneo de telebasura. He escrito un artículo sobre ellos…». «Pero bueno, cariño. ¡Si es Ramiro! Eso sí que es una estrella, y no los plumíferos que hay por aquí. ¡Qué pasada de programa! ¡Vamos a hablar con él…!». Más allá la anfitriona señalaba con entusiasmo a su alrededor, perseguida por la cebolleta: «*Aquí todos. Del primero al último. No hay nadie que no sea amigo mío…*». En cuanto se alejaron las cámaras, la mandamás de Planeta aprovechó para dejar a la persona con la que hablaba y se adelantó para abordarla. En ese momento las conversaciones a su alrededor bajaron de tono. Pero no hacía ninguna falta. La propia Karen se estaba encargando de proclamarlo a voces: «*Pues claro que comemos cuando quieras, Gema, cariño. Pero si es para hablar de vuestro premio no sé si es el momento. De verdad que hace un año me habría puesto de rodillas para poder negociar contigo una cosa tan golosa. Sólo que en estos momentos tengo que pensar en si le conviene a mi carrera. ¿Te parece si esperamos a ver qué tal me va con la nueva novela? ¿O prefieres llamar a mi agente…?*». La editora, una tipa estirada, de gesto arrogante, pareció como si se acabara de beber un lingotazo de aceite de ricino. Y Karen la dejó para irse con Ramiro, que ya se había deshecho de su cámara y volvía con dos copas de champán. «Para eso sirven estas fiestas», filosofó Tino, encendiendo el extremo prensado del porro. Entretanto Ramiro se llevaba a Karen hacia el pasillo. «¡Pero qué trapos te has puesto, niña, por favor!», exclamaba, toqueteándola con confianza. Su camisa abierta colgaba muy suelta sobre sus pantalones campanudos de color violeta. Tenía el pecho depilado y reluciente de sudor. «Que pareces una marimacho y no el premio Nobel que vas a ser, Karencita… ¡Que te vas a comer el mundo! ¡Que te lo estás comiendo ya! Deja que te dé otro besito, corazón…». «Perdona, Ramiro…». Una de las modernillas le cogía del brazo y sonreía, segura de agradar: su fisonomía, tan ordinaria, desmerecía bastante de las piernas. Pero el presentador, al girarse, estaba tan serio que daba miedo. «¿No ves que estoy charlando con una amiga? ¿Nos puedes dejar solos un

momento, plis? ¡Gracias!», y se volvió hacia Karen. «La gente es que no tiene ninguna clase… Dame algo de beber, vida. Y si puedes algo de… ya sabes», se rozó la punta de la nariz con una sonrisa desvergonzada. «¿No se me habrá escapado ningún famosillo, verdad nena…?».

9

Aunque empezaban a hacerse comentarios en la Brigada, lo cierto es que Pacheco cumplía con su trabajo y el Jefe, por el momento, prefería cerrar los ojos. Ahora, a ver quién le explicaba eso a alguien como la Manquillo. Ya al despedirse en el portal, al percibir el olor a trasnoche había contenido la respiración, arrugando muy expresivamente nariz. Y mientras hablaban, ni siquiera había mirado al agente jovencito que mantenía la puerta abierta con deferencia. Era normal que luego en los Juzgados le tuvieran tanta manía, reflexionó Duarte, que se alegró cuando vio que por fin se marchaba, meneando sus cartucheras. «*No dejes que conviertan el barrio en una jungla. Si te molestan los tambores, llama a la policía*», se leía en un papel pegado en el portal. «Esta zona. Ya se sabe», comentó el agente, cerrando a sus espaldas. Duarte amagó una sonrisa afable y siguió a Pacheco escaleras arriba. En el rellano del quinto quedaban varias bolsas de basura llenas a rebosar y un par de cajas repletas de botellas vacías. Pacheco empujó la puerta de entrada y volvió a dejarla entornada. La mirilla era circular, de un palmo de diámetro, dos planchas de latón superpuestas con triángulos diáfanos que permitían ver a través. «No parece forzada…», soltó una tosecilla poco sana. Dentro el fotógrafo, un tipo borde, de trato difícil, seguía en el salón. Era todo lo contrario que su compañero, Romero, a quien apodaban «el Piraña», debido a su parecido con el personaje de una antigua serie de televisión. Un gordito chistoso que piropeaba a Julia cada vez que la veía, y que andaba hablando por el móvil, probablemente con un superior, por el tono. Al terminar, se les acercó con guantes de látex para ambos. «Muy buenas. Y cuidado con lo que tocáis, que acabamos de empezar». Presidiendo el salón, una ampliación coloreada en tonos violentos del retrato de la muerta los observaba con un aire

sosegado y sonriente. Los muebles seguían pegados a las paredes, con algunas copas de plástico repartidas por encima; y el suelo, muy pisoteado, mostraba las huellas de la noche anterior. «Es como si hubiera pasado una manada de búfalos». El fotógrafo acababa de agacharse a su lado para enfocar los trozos de un billete de avión en el suelo: estaban junto a un canapé reseco y espachurrado al pie de la mesita del teléfono. Cuando se alejó, Duarte recogió los fragmentos y antes de meterlos en una bolsita de plástico, los recompuso. Era un billete a nombre de Antonia del Corral. Un vuelo a Miami, para ese mismo día, a las 13:40, con escala en Filadelfia y llegada a las nueve. «Y justo antes va y se tira por la ventana». «O la tiran…», matizó Pacheco. El piso era espacioso. Ciento cincuenta metros cuadrados recién reformados, casi podía olerse la pintura fresca. Además del salón, otras dos habitaciones, estudio y dormitorio principal, que comunicaban entre sí, daban a la fachada. En el cuarto de baño, incorporado al dormitorio, quedaban trazas de humedad en la bañera. Y al otro lado del pasillo, en una habitación interior, un antiguo cuarto de plancha, vieron una silla pegada a un armario empotrado. Las puertas del altillo estaban abiertas. Debajo había unos cuantos libros caídos por el suelo. Duarte se subió a la silla: arriba había más novelas, en ediciones baratas y envejecidas. «Romero, no te olvides del pomo del altillo». «A sus órdenes, mi general», contestó una voz guasona desde algún lugar de la casa. De vuelta en el estudio, una pantalla plana de ordenador reposaba sobre la mesa de trabajo, ante unas ventanas abiertas a la plaza. A un lado había una pluma Mont Blanc color granate sobre un cuaderno de anillas junto a un par de diccionarios y varias novelas de Doris Lessing. Las estanterías, que llegaban hasta el techo, albergaban, además de los libros, fotos de la escritora con diversos personajes del mundo de la cultura. También había traducciones de su novela a media docena de idiomas; y en varias contraportadas aparecía reproducida la imagen del salón. «Era bastante fotogénica, ¿no te parece?», Duarte pasó un ejemplar a su compañero, que ya se había acomodado en la silla y encendía el ordenador. Al fondo de la habitación, un arco abierto en el tabique comunicaba con el dormitorio. La cama, un mueble colonial de madera oscura; con un dosel del que colgaba una gasa blanca, una especie de mosquitera, bastante cursi, seguía sin hacer. Junto a

la almohada había un teléfono móvil Siemens sobre una camisa con manchas amarillentas en la pechera. Y en el suelo, a un lado, andaban tirados un pantalón de terciopelo negro y unas bragas, también negras. Una cómoda de caoba se apoyaba contra la puerta que daba al pasillo; seguramente para que no entrara gente durante la fiesta. A su lado había dos maletas grandes, cerradas con llave. Duarte tanteó su peso: se iba para una buena temporada, pensó. Sobre la mesilla de noche, al otro lado de la cama, una antología de una poetisa surrealista estaba abierta junto a un espejito con restos de un polvillo parduzco. Y dentro del cajón, revueltos con los klínex y algunas joyas baratas, encontró una pequeña agenda de tapas verdes llena de nombres conocidos, la chequera, un paquete de condones, dos cajitas de Lexatin y otra de Prozac.

10

«[…] Mis premisas, como puede ver el Tribunal, son irrenunciablemente narratológicas. Me sitúo en la tradición aristotélica que tan brillantemente ha retomado en los últimos tiempos Kate Hämburger. Entiendo que puede establecerse una distinción clara entre lo que el eminente crítico Gerard Genette denomina "dicción" y la "mimesis" aristotélica, a la que en adelante llamaré ficción. Y pienso, siguiendo al filósofo griego, que esta última es el campo de la poesía por excelencia, y que el poeta es un artesano de historias, más que de versos, una toma de posición categórica que justifica tanto la expulsión de la poesía lírica, satírica o didáctica del territorio de la poética, como la necesaria inclusión de los novelistas. Con ello queda, pues, superada la clásica y tendenciosa disyuntiva de Mallarmé entre "lenguaje poético" y "lenguaje prosaico", cuya hipóstasis, como todo el mundo sabe, es la teoría lingüística de Jakobson. Quienes trabajamos en este campo somos perfectamente conscientes de que en teoría literaria existe una frontera radical entre los incondicionales de una poética "ficcionalizante" y los defensores de una poética "poetizante", y un crítico, tarde o temprano, se ve obligado a tomar partido. Yo he optado por posicionarme de entrada y sin ambigüedades. Y una vez expuestas estas premisas, paso al análisis narratológico de *El desamor*. Nos hallamos ante un relato o novela corta con tanta "diégesis" como "mimesis"; lo que, traducido a la terminología jamesiana, significa que hay tanto "*telling*" como "*showing*". No se trata de un texto secuenciado, que abuse de la focalización externa, sino que su estructura formal es episódica, discursiva y tradicional. La narración extradiegética y con "focalización cero" es, como bien apunta Genette, una "multifocalización" donde la tercera persona gramatical, aunque generalmente restringida al punto de vista del

protagonista, Gabriel, de vez en cuando fluctúa para permitir a la autora entrar en otros personajes. Tras el arranque, que retrata el momento de la primera ruptura de Gabriel con Mamen, casi todos los demás capítulos forman parte de una analepsis que explica y justifica el desencanto que sentimos en esta pareja. En resumidas cuentas: si llamamos MIMaG al momento inicial, PaMaG al pasado en el que arrancan los amoríos entre Mamen y Gabriel, PbMaGIC al que concierne a la relación de ambos con Icíar y Carrasco, la otra pareja, FaMaC al futuro, con respecto a nuestro punto cero, que narra el romance entre los dichos Mamen y Carrasco, y por último FbMaG al porvenir de la pareja original que augura el epílogo, aplicando números para explicar su relación cronológica (1 precede a 2 en el tiempo, y 2 precede a 3), podría representarse la sucesión temporal de la novela mediante la esclarecedora fórmula: MIMaG3-PaMaG1-PbMaGIC2-MIMaG3-FaMaC4-FbMaG5. […]»

11

«Por aquí. Perdonen el desorden…». La vecina era una mujer seria y poco agraciada que trabajaba como funcionaría en el Ministerio de Hacienda, en la calle de Alcalá. Su piso era el cuarto, justo debajo del de Karen, y la salita de estar a la que los llevó correspondía a la habitación de invitados, arriba. La ventana daba al patio de luces, donde varias cuerdas de tender se cruzaban de una pared a otra. «Siéntense, por favor». Sobre la mesa camilla, cubierta por un tapete de ganchillo, había fotos con sus nietos, casi ado lescentes, y unas gafas de vista cansada. El reluciente y bien cuidadito mobiliario olía a Politus; y desde su urna, en la pared, una virgencilla clavaba en ellos su mirada de escayola. Junto a ella estaba el retrato, en blanco y negro, del marido, vestido de militar. Según parecía, en las reuniones de vecinos era de las que se llevaba a matar con los jóvenes del edificio, y en particular con Karen. Había subido la víspera a protestar por el ruido de la fiesta: no había podido pegar ojo en toda la noche, dijo quejosamente. Y por la mañana, a primera hora, la oyó discutir con un hombre. «¿Pudo oír lo que decían?». Repuso que no tenía costumbre de fisgonear y, como insistían, los condujo hasta el salón. Explicó que cuando hacía bueno desayunaba en una mesita con ruedas que colocaba junto al balcón. Desde allí había oído las voces. Según salía al rellano, volvió a oír gritos por el hueco de la escalera. Y mientras cruzaba la plaza, camino del Metro, la sobrecogieron el alarido y el golpetazo contra la acera. Cuando volvía a casa, para llamar a una ambulancia, la puerta de la calle se había abierto y la había arrollado un individuo de unos treinta años, con el pelo teñido de rubio. Salía llevando al hombro una mochila color caqui y tapándose la nariz, que sangraba. La había mirado con ojos desquiciados antes de salir corriendo por Daoiz, donde, nervioso como iba, había tropezado con la jardinera de hormigón de la

esquina. «Vestía camiseta negra, botas y pantalones militares. De esos que se llevan ahora, amplios y llenos de bolsillos. Muy bajos, enseñando los calzoncillos…». «¿Es alguno de éstos?». Duarte le enseñó unas fotografías que se traía de arriba. Ella se puso las gafas e inclinó la cabeza. Entornó los ojos. Una era un retrato de grupo: una docena de personas junto a la barra de una discoteca, todos achispados y lanzando los brazos hacia lo alto. Las caras, con los ojos rojos por el flash, se veían mal. La apartó para quedarse con un plano medio de un chico descamisado, de complexión delgada. Se apoyaba en el fregadero, mirando a la cámara con una media sonrisa engreída: su hombro derecho lucía un tatuaje de un dragón en colores. En la siguiente, Karen besaba en la mejilla a otro rubio teñido con gesto agresivo de rapero. Tenía el pelo más largo, indumentaria deportiva, y le sacaba una cabeza. «No sabría decir», la mujer pasaba, preocupada, de una a otra. «Podría ser cualquiera de los dos. No vi bien su cara…», casi se excusaba. Unos minutos después Pacheco se la llevó a firmar su declaración en la Brigada; y mientras tanto, Duarte aprovechó, por su cuenta, para acercarse al Instituto Anatómico Forense. Éste estaba en un semisótano adosado a la facultad de Medicina, a espaldas de la plaza Ramón y Cajal, en plena Ciudad Universitaria. Tras aparcar en la acera de enfrente, bajó por las escaleras hasta la entrada, donde el perillita de seguridad le confirmó que los padres estaban dentro. En la sala de espera una mujer atendía al público tras la ventanilla y algunos carroñeros, empleados de empresas funerarias, aguardaban la llegada de nuevos clientes. Uno acababa de sacar unos papeles de su maletín, para enseñárselos a un rumano que, soltándose de su mujer, alzaba la vista, indignado: «¡Pero si han escrito mal su nombre!». Duarte se detuvo junto a la máquina de café y ojeó rápidamente la lista de ingresos. La chica ya aparecía. Eso la convertía oficialmente en un cadáver que se alojaría durante unos días en la cámara de la morgue, con un numerito colgando del dedo gordo del pie, pensó. Instantes después se abrían las puertas batientes, al fondo, y apareció la médico forense, acompañando de vuelta al matrimonio Del Corral. La madre tenía los mismos rasgos que su hija, sólo que en soso, con una mirada algo bobalicona. No se maquillaba, y la única joya que se permitía era la alianza de casada. Los cuellos de su camisa de florecitas asomaban por el pico

del jersey, a juego con la faldita austera. Ésta es del Opus, seguro. Duarte esperó hasta que la forense se hubo despedido; luego se acercó. «La madre está peor, pero con él se puede hablar…», explicó ella, lanzándoles una mirada de soslayo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la bata y tenía una expresión serena, casi de aburrimiento. Era joven, pero buena profesional. Mejor, en cualquier caso, que su predecesor, Sarmiento, que en los últimos tiempos sólo pensaba en jubilarse. Duarte la dejó para abordar a la pareja. Se presentó y les pidió unos minutos. «Por el momento me basta con hablar con usted», le indicó al padre, viendo el aspecto agotado de la mujer. «Aunque no tiene por qué ser necesariamente hoy. Si lo prefiere, podemos hablar cualquier día de esta semana…». Del Corral pareció considerarlo. Al cabo, dijo: «Prefiero acabar con esto lo antes posible», miró a su mujer. «¿Dónde quiere que hablemos…?».

12

La cafetería estaba en el ala este de la facultad de Medicina, no muy lejos del museo de antropología forense del profesor Reverte. Era una antigua aula universitaria con las persianas medio bajadas y unos cristales polvorientos con escritos a dedo que nadie se preocupaba de limpiar. Había varios corrillos de estudiantes, con librotes bajo el brazo; y junto a uno de ellos, el dueño de una funeraria, un chulángano de pelo ensortijado, intentaba ligarse a una moza de autopsia. Sus risas despreocupadas hicieron que Del Corral se toquetease nerviosamente los gemelos de la camisa. Viendo que se le venían las lágrimas a los ojos, Duarte buscó una mesa retirada y lo dejó para ir a pedir a la barra. Al volver, con dos cafés, repitió que entendía que todo esto le resultase doloroso, pero que era necesario. El hombre vació el sobrecillo de azúcar en el vaso. Explicó que la última vez que había hablado con su hija había sido el domingo por la mañana, por teléfono, para despedirse antes de su viaje a Miami. Dijo que últimamente se veían menos, que desde el premio andaba muy liada y la invitaban a dar conferencias en universidades de medio mundo. «En un año había viajado más que yo en toda mi vida. Pero nos llamábamos a menudo…». «¿Y cuál era su estado de ánimo el domingo?». «Muy bueno. Estaba encantada con la perspectiva del viaje… Quería pasar unas semanas en casa de un amigo productor de cine. Pensaba recargar pilas antes de que saliera su segunda novela, que estaba prevista para el otoño. Por eso no lo entiendo…». Era la frase que más iba a repetir en los próximos días. Se iba a hartar de pronunciarla. «Me parece increíble… y menos ahora, que todo le iba tan bien… Ella era una chica desbordante de energía, disfrutaba como nadie de la vida…». «No lo pongo en duda. Aun así, he visto que tomaba antidepresivos…». Entraban en un terreno delicado, y el hombre se puso a la defensiva. «Hay mucha gente que necesita la ayuda de la

química y no por ello se tira por el balcón». «Entiendo que le duela», Duarte procuraba mostrarse comprensivo. «Pero es importante esclarecer el asunto. Su hija, entonces, estaba bajo medicación». «Efectivamente», asintió Del Corral, controlándose, aunque le costaba. «¿Y desde hace cuánto estaba en tratamiento?». «La primera vez fue hace unos diez años, a su vuelta de Londres, donde estuvo como *au-pair*… Es curioso, porque siempre había sido una niña muy tranquila, muy normalita. Nunca dio problemas, ni con los estudios ni con nada… Pero volvió muy cambiada… Y rompió con su novio para instalarse con una amiga, Pilar Segura, lo que tampoco ayudó a estabilizarla… Fue cuando se cambió el nombre. Habrá visto que en realidad se llama… se llamaba Antonia, como su madre… Desde entonces no había vuelto a tener problemas, al menos que yo sepa, hasta que publicó *El desamor*, y tuvo una recaída, a causa de la presión mediática… Pero era feliz, porque trabajaba en lo que quería… Si es que no se entiende…». La emoción le embargaba la voz y Duarte esperó unos momentos antes de preguntar si estaba al tanto de las relaciones sentimentales de su hija. Del Corral dijo que hacía tiempo que no le conocían novios fijos; que tenía sus historias, pero que él hasta que las cosas no eran formales prefería quedarse al margen. «El único con quien yo y mi mujer tuvimos cierto trato fue con Daniel Mancilla, con quien había empezado a salir desde muy jovencita. Siempre pensé que terminarían casándose… Pero lo dejaron definitivamente hace cosa de un año…». «¿El chico va teñido de rubio?». Del Corral lo miró con extrañeza. «No. Al menos que yo sepa, ¿por qué…?». «¿No tendrá su número de teléfono, por un casual?», preguntó Duarte, haciéndose el sueco. «Creo que sí…», Del Corral sacó una agendita con tapas metálicas del bolsillo de su chaqueta. «A no ser que se haya mudado, vive en una calle a espaldas de Raimundo Fernández Villaverde. Cerca de Castellana». «¿Y sabe si su hija tenía problemas económicos? Deudas, por ejemplo…». «Creo que no. Pero francamente, no lo sé… A ese nivel era muy independiente. Desde que marchó de casa, nunca pidió una peseta… Y con el premio, si acaso, tenía otros problemas… con la fama surgen amigos hasta debajo de las piedras y andaba gastando bastante en proyectos artísticos… iba a producir un corto… Y luego tenía el piso… los donativos a organizaciones como Greenpeace, Amnistía

Internacional… Le tiraba lo humanitario… Yo le decía que se anduviera con tiento, que llegarían las vacas flacas. Pero Antonia era muy impulsiva, nunca he entendido muy bien de dónde le venía eso…». Del Corral meneó la cabeza, abatido. Acababa de entrar una mujer vestida de negro, que se apoyaba en una hija jovencita. Viéndola pareció como si se avergonzase de su propio desánimo. Clavó la mirada en Duarte y dijo que su hija había tenido que encajar críticas durísimas, pero que ella tenía ambiciones. «Queda mal que lo diga yo, pero en su literatura había algo realmente auténtico… No era mera "literatura rosa", como dicen sus enemigos… Era irregular, pero trabajaba duro para estar donde estaba… Y ahora que lo había conseguido, quién iba a pensar que fuera a tirarlo todo así por la borda…». Una gota de sudor acababa de deslizarse por su frente. Se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta. Unos minutos después, Duarte se levantaba para irse. «Ya he abusado bastante de su tiempo. Muchísimas gracias. Le tendré al corriente, si surge cualquier cosa». Mientras se dirigían a la salida intercambiaron tarjetas. Duarte se lo quedó mirando desde la puerta mientras el hombre cruzaba el patio universitario, camino de los taxis. No podía evitar pensar en todo lo que le quedaba todavía por pasar: la autopsia, el entierro, vaciar los armarios, deshacerse de los muebles y los libros, cerrar las cuentas del banco. Eso sin contar los artículos y cotilleos que publicaría la prensa a propósito de su hija, y sus propias visitas, posiblemente con alguna que otra sorpresa desagradable. Pero ya habrá tiempo, se dijo.

13

«[…] Dado el éxito de las primeras jornadas, habían querido repetir la experiencia, y a ser posible con un plantel más representativo de autores. Volvía a ser un evento a puerta cerrada, organizado por el director de la Fundación Camilo José Cela: Antonio Cabanillas, un voluminoso señor especialista en la generación del 27 y con pocos méritos más, aparte de haber sido amigo personal del difunto. Al igual que la otra vez, nos alojaron en el Hostal de los Reyes Católicos, en Santiago. Y cada mañana teníamos un autobús esperando para llevarnos a Iria Flavia, que está pegadito a Padrón. Allí la Fundación ha adquirido tramo por tramo la antigua Casa de Canónigos, un edificio alargado, frente a la colegiata de Santa María de Adina, donde lo han metido todo. La biblioteca, ediciones de sus libros en todas las lenguas, su epistolario completo, fotos de sus viajes, galardones. Vamos, que aquello es un auténtico mausoleo, un culto a la egolatría más desaforada. No puedes escaparte de Cela ni en los retretes, donde lo tienes en dibujos, por las paredes, con los pantalones bajados en la taza del váter, y no es broma. De hecho uno de los primeros días tuve una discusión con Cabanillas, cuando me preguntó qué pensaba del personaje y le dije que podía ser un escritor grandísimo, pero que para mí no dejaba de ser un delator franquista, por mucho Nobel que le hubieran concedido. Se me ofendió muchísimo, de verdad. […] Generalmente nos metían en la Sala de Juntas. Y allí, bajo un retrato entogado de nuestro ubicuo anfitrión, discutíamos acerca de conceptos como "generación", las influencias comunes o si estábamos en una coyuntura favorable al florecimiento literario: todo temas así, obviando cuestiones tan esenciales como el progresivo sometimiento del sector a la lógica del ultraliberalismo y la fusión de las editoriales en grandes Grupos, propietarios además de los medios de comunicación. Pero desgraciadamente hoy nadie lee ni a Marx ni a Gramsci, y ningún

escritor allí tenía el aparato crítico necesario para abordar con solvencia asuntos así. Yo con Karen tuve enseguida un encontronazo la primera noche, en el hostal. Nada más llegar Pilar Segura con sus maletas, se le echó al cuello. Y en cuanto la otra le dio la espalda, nos explicó que andaba sacándole los cuartos a un viejo que tenía que chutarse con Viagra para poder acostarse con ella y que su novela era tan soporífera que ella la hojeaba cada vez que tenía problemas para coger el sueño. Oyendo aquello Cabanillas, que nos acompañaba, soltó una carcajada. “Mujeres…”, le metió un codazo a su amigo Chinchón. “¡Como las gallinas!”. “Tú lo que eres es un machista y un falócrata”, le dije, y eso le cortó la risa. Contestó muy serio que efectivamente él, como Baudelaire, daba gracias por no haber nacido ni negro ni judío ni mujer: se lo habría oído a Cela, porque empleaba hasta la misma entonación. Estábamos ya en la barra, y Karen, que se iba calentando con el whisky, se puso de mi parte. Pero yo se lo dejé claro: “No te equivoques, niña. Que antes de conocerte no me caías muy allá. Y ahora sigues sin entusiasmarme”. Y ella soltó el trapo, y espurreó el whisky sobre la alfombra. La pobre estaba desquiciada. […] Mirad. La última mañana tocó debatir sobre los premios literarios y Chinchón centró el debate en torno a su función, que era, según dijo, ser las oposiciones a escritor. Luego quiso empezar con la experiencia de los premiados. Y a Karen, que estaba apagada y como ida desde que su novio la había dejado para irse la víspera a Vigo, le cogió por sorpresa que le pasasen la pelota tan pronto: se había colocado en el extremo de la mesa, arrebujada en un abrigo de pelo largo azulado que parecía, de verdad, si hubiera desollado a un chucho callejero. Tras trabarse bastante, contó que para ella había sido una experiencia horrorosa. Que todos los críticos la habían puesto a caer de un burro y que a veces se sentía como si existiera una conjura universal en su contra. La supuesta *enfant terrible*, y no hacía más que quejarse, la pobrecita. En su actitud había cualquier cosa menos rebeldía. Y tuvo la suerte de no llegar a la cuarentena, porque, visto cómo iba, no sólo habría acabado asimilada totalmente por el *establishment*, sino que se habría convertido en una de las escritoras más rancias del país. Yo, con eso, no pude callarme. Y cuando pedí la palabra, ella me miró como si por habernos tomado cuatro copas juntas fuésemos ya amigas de

toda la vida y la estuviese traicionando. Dije que había que acabar con esas puerilidades. Que resultaba intolerable el que alguien que ganaba tantos millones y que podía dedicarse exclusivamente a la creación tuviese la desfachatez de quejarse porque le hacían cosquillas unos cuantos reseñistas. Y más cuando hoy en día está requetecomprobado que la crítica apenas tenemos incidencia en las ventas. “Te recuerdo, de paso, Karen, que algunos de los que estamos sentados a esta mesa, tenemos que robarle horas al sueño para poder escribir…”. Y remaché el asunto aclarando que, en mi opinión, los críticos siempre aciertan al apuntar los defectos. “Si acaso, se les puede achacar que se olviden de mencionar las virtudes del texto, pero nada más…”. “¡Ejem…!”, intervino Molina, que se había sentido aludido, con esa voz rasposa que tiene. Yo tengo debilidad por sus reseñas pero como persona es insoportable. Es un maniático, no para de morderse las uñas. “Sé que vosotros os quejáis de la exigencia de mis reseñas”, dijo, ojeándonos con desconfianza. “Muchos me criticáis por ello. Entre ellos el profesor Chinchón, aquí presente…”, recalcó con mofa lo de “profesor”, porque ellos se llevan a matar. Justo antes acababan de cruzarse varias cartas abiertas acusándose mutuamente de incompetencia, una rencilla que había continuado, de refilón, durante algunas de las primeras mesas redondas. “Pero sin esa exigencia los noveles con éxito mediático os volveríais autocomplacientes y os malograríais… Las malas críticas, os guste o no, os hacen más bien que mal…”. Y ahí la niña bonita, que llevaba un rato haciendo muequecitas, se levantó y abandonó sin mayores explicaciones la mesa. Todos, por lo que se dijo entonces, lo achacaron a los medicamentos, algo que a mí, de todas maneras, nunca me ha parecido razón suficiente para justificar tanta recurrente salida de tono. Es verdad que no estaba al corriente de sus problemas con su novio heroinómano. Pero de haberlo sabido —os puedo parecer dura, pero así es como lo siento—, tampoco creo que me habría comportado de manera distinta. […] Porque al final apareció su chico: por eso se vinieron juntos a la despedida del congreso, en la casa rural que os digo. Y como el otro andaba contento y se estaba portando bien, para variar, a ella se le olvidaron sus penas como por arte de magia. Había que verlos a los dos, ay. Parecían un par de rockeros desfasados. Y ella lo miraba, tan embelesada como el

personaje de Shakespeare con el asno, mientras él, que no se quitaba la chupa ni para dormir, nos animaba con ojos brillantes a que brindáramos por las cosas más absurdas, como el gore y no sé qué. Esta niña en su estado lo último que necesitaba era beber. Pero su amiguito Velasco no dejaba de llenarle el vaso de Albariño. Y al llegar a los postres, estaban ya muy pasados. Era la última comida y reinaba ese ambiente de falsa cordialidad de las despedidas, gracias en buena medida al alcohol, cuando oímos llegar un coche y apareció Ferrater en la puerta, despeluzado, como si no hubiera dormido, y en el silencio que se hizo se oyó la carcajada de Karen. […]»

14

La agencia inmobiliaria quedaba en uno de los raros números bis de la calle Juan Bravo, en pleno barrio de Salamanca. A Duarte se la había recomendado su cuñado Manolín, empeñándose de paso en que preguntara por una amiga a la que al final no le habían visto ni el pelo. Con Manolín solía ocurrir. Cuando apareció por allí, a última hora, se topó con la misma vendedora a la que había dado plantón esa mañana. Una rubia de bote, con la piel tostada como si acabara de pasar quince días en Ibiza. O, más probablemente, en una sesión intensiva de rayos UVA, pensó. Estaba junto a la recepcionista y al verlo en la puerta se apresuró a tragar el último bocado de un pequeño sándwich. «Buenas», Duarte esbozó una sonrisa de disculpa. Él odiaba llegar tarde. Pero, con el follón del caso, se le había ido el santo al cielo. «Lo siento. No he podido pasar esta mañana. He tenido un día muy liado…». «Otra vez será», ella tenía una voz ronca que le recordaba a una conocida cantante de los ochenta. Había cogido su bolso de cuero y se giró hacia el interior de la oficina, donde se oían voces femeninas en plena discusión. «Si vas a algún lado, te puedo acercar en coche», se ofreció el policía. «No hace falta, gracias…». «No es ninguna molestia, de verdad». Al final se encaminaron juntos hacia el coche y Duarte se pasó el trayecto intentando entablar conversación. Tras dejarla en un paso de cebra de la plaza de Cataluña, se la quedó observando mientras ella cruzaba Príncipe de Vergara y se encaminaba, Pradillo abajo, moviendo la grupa con andares de buena yegua. Como para compensar, en la incorporación a la autopista se encontró con un atasco monumental que sobrellevó gracias a una cinta de Joaquín Sabina, su cantautor preferido. Al llegar al párking de su edificio, en el sector norte de Tres Cantos, eran pasadas las diez y anochecía. Duarte cogió los papeles de la oficina y se encaminó hacia el portal. Se le venía encima el

cansancio de la jornada. Su piso era el noveno, el penúltimo del edificio. Nada más entrar, dejó el dossier sobre la mesa del salón y se dedicó a abrir puertas y ventanas. Mientras subía el toldo en la terraza, se abrió la puerta de entrada y apareció Paloma con la niña enfurruñada de la mano. «Que te he dicho que cuando hay que subir, se sube. ¿Te enteras…?». «¿Qué pasa…?». «Nada, que esta niña es muy tonta, cuando se pone…». María dirigió una mirada enrabietada a su madre y corrió a encerrarse en su cuarto. «Déjala, tiene que aprender a aguantarse». «Nena…», Duarte llamó a la puerta de su habitación con los nudillos. «Tienes que hacer caso a tu madre. Venga, abre. ¿Quieres que te lea un cuento…?». «¡No!». Pero al final la persuasión paterna surtió efecto. Y mientras picaban algo en la cocina, ya después de acostar a la niña, Paloma le puso al día de las incidencias de su segundo embarazo. Era un tema de conversación inagotable. Después comentó que habían vuelto a hablar por televisión del caso de la escritora. «Me ha llamado Manolín, que era fan suyo», le pasó una lonchita de lomo. «La novela se la había regalado Ana. Dice que es fantástica, que tenemos que leerla…». Duarte, que desconfiaba de los gustos de su cuñado, explicó que hoy tenía trabajo, posó la servilleta sobre la mesa y la dejó recogiendo. Cuando entró ella, al cabo, todavía seguía en el sofá. Ojeaba la sección de cotilleos literarios de un suplemento cultural: «*Una conocida escritora, recientemente galardonada con un importante premio, intentó acabar con su vida el pasado fin de semana. Tras llamar a amigos y conocidos, echó mano de las pastillas de dormir que guardaba en su mesilla. Sólo un oportuno lavado de estómago en las Urgencias del Clínico pudo deshacer el desaguisado. Esta chica parece no haber digerido su fama. ¿O se trata, acaso, de una nueva estrategia de marketing…?*». Paloma recogió un libro de cuentos y varias ceras de colores esparcidas por el suelo y se sentó sobre el brazo del sofá, a su lado. «¿Qué lees?», preguntó, mirando por encima de su hombro y pasándole la mano por la calva. «Un dossier de prensa sobre la Del Corral», gruñó Duarte. «Me lo han enviado de su editorial…». La entrevista en cuestión había aparecido en una revista femenina del grupo Zeta. La acompañaba una foto de Karen, en una vistosa cafetería. Su imagen se multiplicaba en varios espejos de pared a sus espaldas. «Hay qué ver qué romántica. Mira

esto», indicó Paloma. Se la quitó de las manos y leyó en voz alta: «*Yo de joven era timidísima. Pero enseguida entendí que para triunfar en sociedad hay que construirse un personaje. Que nadie sepa cómo es una en realidad. Ser siempre Otra de la que creen…*». Paloma comentó que la había visto hacía poco en una tertulia televisiva sobre feminismo, uno de esos debates vocingleros tan de moda. «Me pareció muy mal hablada, pero tenía algo de entrañable», dijo. En ese momento les interrumpió una vocecilla proveniente del pasillo: «¡Mamá!». «No te levantes, voy yo», se ofreció Duarte, viendo que su mujer chasqueaba la lengua.

15

«[…] *Esa sensación le resultaba cada vez más insufrible. Cada mañana, al sonar el despertador, seguía esperando encontrar a su lado a su novia de toda la vida, a la mujer alegre con quien había compartido tantos años felices. Sin embargo algo iba mal desde su regreso y Gabriel, tan desgraciado en amores, no acababa de entender qué sucedía. Cobarde como era, se sentía incapaz de tomar una decisión. Tan sólo acertaba a refugiarse en la rutina de su trabajo, a dejar que los días pasaran, uno tras otro, uniformados en su monotonía. Nada más entrar en el baño, enchufó la maquinilla de afeitar. Algunas canas prematuras le recordaban que el tiempo pasaba. Pero interiormente su reloj emocional parecía detenido; era como si nada pudiese llenar aquel abismo de indiferencia. A través de la puerta entreabierta contempló a Mamen sobre la cama: su alborotada melena le ocultaba parte del rostro, desparramándose sobre su hombro desnudo. ¿Por qué había dejado de quererlo?, se preguntó. ¿Cuál era la razón de ese rechazo tan tangible en su mirada? Seguramente un hijo habría facilitado las cosas. Pero Mamen, desde que había vuelto, no quería ni hablar de asuntos uterinos, y él empezaba a preguntarse si no sería mejor rehacer su vida con otra persona. Entristecido por todo aquello, se acercó a la cama para besarla en la frente: Mamen permaneció insensible al contacto de sus labios, y el momento de ternura dejó paso a la sombría conciencia de que era hora de ir a trabajar. Fue una jornada dura, ese lunes. A mediodía tuvo una comida de negocios con un productor, y luego se quedó hasta tarde trabajando en la oficina. Cuando volvió a casa eran las nueve y veintiocho minutos*

en punto. Parado ante el portal tuvo la ingrata sensación de que nada lo esperaba dentro salvo el hastío y la angustiosa presencia de Mamen que se pasaba el día delante de la televisión en pijama. Entró, suspirando. Y mientras ella preparaba de mala gana una ensalada, la miró de reojo. Por fin, haciendo acopio de valor, rompió el silencio. "Por qué no lo dices de una vez", empezó penosamente. "No estoy ciego, Mamen. Desde tu vuelta, te sientes encerrada aquí… Esto no funciona… Me gustaría que fueras feliz conmigo, pero si no lo eres…". Ella cerró el grifo y se giró. Dos ojos pardos lo observaron fijamente. Era la primera vez en días que sonreía. "Yo no quiero retenerte", siguió Gabriel. "No quiero que te sientas prisionera de mis sentimientos…". Ahora Mamen lo miraba casi con pena. Me tiene lástima, pensó. Es lo único que siente por mí. "Piénsatelo bien", terminó con un nudo en la garganta. "Entretanto voy a dar una vuelta…". "No hace falta. Ya he tomado una decisión", repuso Mamen. Su voz temblaba ligeramente. "He hablado con Icíar Cornuda. Pienso instalarme con ella mientras empiezo a buscar trabajo…". Gabriel asintió y se dirigió hacia la puerta. Momentos después salía a la calle y se encaminaba Castellana abajo. Era casi la medianoche cuando se refugió en el Archy, una discoteca que frecuentaban algunos colegas del trabajo. Acodado en la barra, pidió un Bourbon con agua y se obligó a sonreírle a la camarera. Con dos copas más se acercó a la pista de baile: hacía meses que no salía, y había cantidad de mujeres apetecibles. La música zumbaba en sus oídos, con un ritmo machacón. Sin saber muy bien cómo, se encontró a sí mismo charlando animadamente con una cuarentona simpática. La mujer vestía un provocativo vestido rojo y no dejaba de reírle las gracias. El olor de su perfume y su alegría artificiosa le encandilaron lo suficiente para que aceptara acompañarla a casa. "¿Tomamos un taxi?". Ella no perdía el tiempo y se dedicó durante el camino a acariciarle el miembro. La faena se remató en el dormitorio de un elegante piso del barrio de Salamanca, donde, al eyacular en el interior de aquella estrecha vagina, Gabriel sintió ganas de llorar. "¿Estás enamorado de tu mujer?". Gabriel ya se

vestía para irse. No contestó, y ella suspiró. “No te preocupes, ya estoy acostumbrada”, dijo, tendiéndole un papel con su número de teléfono. “Toma. Por si quieres volver a verme…”. Cuando volvió al piso, ya clareaba el día. Mamen lo esperaba despierta, y no dijo nada. Tan sólo lo ayudó a desnudarse, recogió su ropa y, mientras dormía, posó sobre la mesa el papel arrugado que había encontrado rebuscando en sus bolsillos […]».

16

La última vez que había entrado en el Círculo de Bellas Artes había sido hacía casi un año, para asistir a la presentación de un libro de Ernesto Leyva. Él y Ramírez habían coincidido en el País Vasco, en uno de los peores momentos, y desde entonces mantenían buena amistad pese a que, de vuelta en Madrid, sus caminos se habían bifurcado. Leyva, tan meticuloso y trabajador, había llegado sin problemas a comisario, justo antes de que sus contactos personales lo llevaran de vuelta a Galicia; y en los últimos tiempos, ya afianzada su carrera policial, había sentido la necesidad de hacer sus pinitos en la poesía. Una fundación le había publicado un libro de poemas, *La voz de la calle*, que tuvo cierta repercusión, quizá por la novedad del sujeto. A Duarte le había hecho gracia la seriedad con la que sus compañeros escucharon, en uno de los anfiteatros, al ex ministro del Interior presentando el perfil humano del «comisario-poeta». Y luego, durante el cóctel, todo habían sido felicitaciones, aunque Duarte seguía convencido de que ninguno se había leído el libro. Él había hecho un esfuerzo, y se le habían quedado pegados al oído unos versos: «*El muerto matado siempre ha intrigado / al hombre tranquilo y al criminal, / al chorizo y al que sostiene el látigo, / amo y conciencia del Monstruo Social*». Los entendió, aunque vagamente, al igual que el resto. Era como si la nuez nunca acabase de abrirse del todo. Pero supongo que por eso es poesía, pensó, según llegaban. Ese mediodía Pacheco ya se había recuperado y andaba más operativo que el lunes. Como era verano, habían instalado una terracita fuera, adosada al bar, en pleno Alcalá: un lugar agradable y cubierto por un aparatoso toldo, con las mesas todavía vacías a esas horas calurosas. Duarte empujó la puerta acristalada y penetró en el vestíbulo. Allí hacía más fresquito. Más allá el camarero, que colocaba la bollería, los vio

pasar junto a las hojas vencidas de las palmeras pegadas a las pilastras que flanqueaban el acceso al salón. En el techo abovedado, sobre sus cabezas, un coro de ángeles asomaba entre nubes en torno a una lámpara isabelina grande como una bañera. Los policías se detuvieron junto a la escultura de Moisés de Huerta, en medio del local. La figura, echada sobre un lecho de mármol, representaba a una mujer recién despeñada. Pero la delicada poesía que emanaba de la estatua, con esa postura tan llena de gracia y la serenidad de su expresión, distaban bastante de las crudas imágenes que podían traer ellos en mente. Desde una mesa al fondo, un hombre corpulento acababa de levantar la mano. «Es él, vamos». Aquel día Josep Ferrater lucía una chaqueta color burdeos y una camisa negra que disimulaba a duras penas su tripilla de *bon vivant*. Según llegaban, se levantó, para tenderles la mano. Era, les habían dicho, un hombre torpe aunque voluntarioso que a fuerza de cabezonería había ido ascendiendo peldaño a peldaño el escalafón editorial hasta que a esas alturas ya podía mirar atrás para comprobar cómo otros editores más brillantes pero con menos tesón que él se habían ido quedando por el camino. De hecho su editorial acababa de ser comprada por un gran Grupo, y era de los pocos directivos que mantenían el puesto: últimamente los altos cargos rotaban de una empresa a otra como en el juego de las sillas. «Tengo algo menos de una hora», explicó, según se sentaban. «Vamos a presentar la novela de uno de nuestros nuevos autores. Juan Chacón. Igual os suena…». Les enseñó unos libros que traía en una bolsa con el nombre de su editorial. «Francamente, tenemos poco tiempo para esas cosas, aunque mi mujer sí lee bastante…», dijo Duarte, que habría cogido el libro, si se lo hubieran ofrecido. Pero eso era sobreestimar la generosidad de los editores. Pese al solazo fuera, las lámparas sobre sus cabezas permanecían encendidas. Las cristaleras, que cubrían la pared entera, dejaban ver la circulación de Alcalá sin oírla, como en una película muda. El editor llamó a una camarera que limpiaba la mesa vecina, y mientras Pacheco ojeaba el artístico menú, pidió una cerveza sin alcohol. Al alejarse la chica, le preguntaron su opinión sobre lo sucedido. «Karen tenía muchos altibajos y estaba pasando una mala racha», Ferrater fijó la vista en la mesa. «Pero nunca pensé…». Pacheco le aclaró sin mayores rodeos que estaban al tanto de su relación con ella, que en su ordenador había numerosos e-

mails y algunos bastante explícitos. Ferrater se removió, incómodo, en su silla. Sonrió a la camarera, que le traía el botellín. «Entiendo que resulte difícil para usted. Pero puede contar con nuestra total discreción». Al oír aquello, el editor soltó una risa nerviosa. «Lo siento», dijo. «Pero dentro de poco lo sabrá todo el mundo… lo cuenta todo con pelos y señales en su nuevo libro… Son los inconvenientes de tratar con escritores…». Y explicó que se habían conocido hacía unos años, cuando Karen organizaba los actos culturales de la Fnac junto con Pilar Segura, otra novelista en ciernes. Antes de una presentación, se le había echado encima. «Me dijo que la acompañara a su despacho. Yo pensé que tenía que ver con el acto. Pero me sacó un manuscrito y me pidió que se lo leyera… "¿Sólo me has traído aquí para eso?". Me hizo gracia, aunque no me hice ilusiones: estoy acostumbrado a leer obras de noveles y de cada cien igual encuentras una o dos publicables. Sin embargo resultó ser un texto muy atractivo. La llamé… Y así empezó todo. Aun así tardamos en publicarla. Últimamente ocurre mucho: te interesas por una novela y cuando vuelves a contactar al autor ya tienes delante a un agente… Con Karen enseguida se metió por medio Juana Barrendero, lo que dificultó bastante las cosas. Pero al final llegamos a un acuerdo…». «O sea que la relación al principio fue puramente profesional». «Bueno», matizó Ferrater. «Hay que entender que para un editor no hay nada más gratificante que descubrir a un escritor. Su éxito es en parte tuyo, y esto fue un auténtico flechazo en ese sentido. A mí me gusta el contacto personal con los autores y nos telefoneábamos a diario… Además con ella salió todo redondo. Empezamos corrigiendo su obra; había que retocarla y la orientamos en ese aspecto. Y cuando estuvo lista, la lanzamos con nuestro premio, y yo me mojé hasta el cuello…». Ferrater había luchado por ella incluso en contra de la opinión de los dos novelistas, los miembros con más peso del jurado. Había tenido que hacer filigranas, a la hora de la votación. Pero el esfuerzo había merecido la pena. «Pese a las malas críticas, la apoyamos con una gira por toda España, casi librería por librería. La impusimos en grandes superficies. Y funcionó. ¿Por qué? Pues porque el público está cansado de escritores sexagenarios. La literatura española ha cambiado mucho en los últimos tiempos y Karen, con su imagen, ha marcado un punto de inflexión muy

importante», dijo. «No os podéis imaginar la cantidad de cartas de admiradores que recibía».

17

«[…] Yo venía de una reunión donde había discutido con mis nuevos jefes sobre la necesidad o no de contratar más espacios exclusivos para nuestros productos en librerías: últimamente la cosa anda revuelta y yo procuraba hacerles entender que una editorial no se gestiona sólo a golpes de talonario, que no se puede prescindir del contacto personal con los libreros. Son gente, tú lo sabes, que impone sus gustos entre los clientes, creando uno de esos espacios en los que mejor subsistimos quienes carecemos de la capacidad de los mastodontes del sector. Y mientras rumiaba lo dicho, entré en el despacho y sentí que algo se hacía añicos bajo mi zapato. Me agaché: era una foto enmarcada de mi mujer y mis hijas en la playa de Cadaqués. Y viendo el ordenador encendido, y con el correo abierto, entendí lo que pasaba. Tras recoger la chaqueta, la colgué del respaldo del sillón giratorio y me senté, nervioso, a analizar la situación. Lo primero fue llamarla al móvil, pero estaba desconectado. Al salir del despacho, me crucé con Raimón, el editor de la colección de ensayo. Raimón se apresuraba por el pasillo con unos faxes en mano y me recordó que tocaba comer con un autor, que había reservado donde siempre. Yo repuse que tenía que solucionar un asunto personal, pero que estaría, y bajé a por un taxi. En casa, la chica me explicó que la señora había hecho las maletas a toda prisa y que se había llevado a las niñas con mis suegros. Al rato llamaba al timbre y me abrió ella. “¿Se puede saber qué está pasando?”, le espeté. Desde la entrada podía ver a mi suegra con las dos niñas, en la cocina: les estaba leyendo uno de esos libros de cuentos que solía traerles de la editorial. Las persianas seguían bajas. Un ventilador de pie giraba en la esquina. Mi suegra cerró el libro. Dijo que se llevaba a las niñas a dar un paseo, que estaríamos más tranquilos. “¿Qué pasa abuela?”, la mayor le tiraba de la manga, asustada al ver cómo nos estábamos

encarando sus padres. En cuanto quedamos a solas, Montse me soltó que cómo había podido hacerle esto y yo hice como si no entendiese. “No me parece nada gracioso, Montserrat”, me defendí, cuando se me rió en la cara. A ella le sentaba fatal que la llamara por su nombre completo. “No lo entiendo. Llego a la oficina y me dicen que te acabas de ir hecha una furia. Y en casa me informa la chica de que has sacado a las niñas del colegio para traértelas aquí. ¿Te importaría darme una explicación mínimamente racional?”. “Josep, no seas cínico”, me dijo. “No quiero remover más el asunto”. “Pues yo sí. Haz el favor de explicarme qué demonios pasa…”. Pero no me dejó acabar. “¡Sinvergüenza! ¿Me vas a decir ahora que no te acuerdas de lo que me prometiste hace dos meses…?”. Era cuando había ido a utilizar mi móvil y se había encontrado con un mensaje muy cariñoso de Karen. Yo le había jurado que había sido un flirteo de una noche, que no volvería a repetirse. “Me has mentido otra vez y no quiero volver a verte”, le salió uno de esos gallos que se le escapaban, cuando se alteraba. Empecé a protestar, pero me quedé sin voz. Podía haber buscado mil excusas, incluso indignarme porque hubiese entrado en mi correo, como traía pensado. Pero de repente entendí que con eso sólo conseguiría empeorar mi situación. Yo habría preferido que no lo supiera así, pero le dije que no me arrepentía. En esos momentos, me acuerdo, la encontré muy atractiva: con esa falda estrecha, a media pierna, y la camisa entallada con dos botones abiertos. De joven Montse había sido un poco mosquita muerta, pero con la cuarentena y el éxito profesional ha ganado mucha presencia. “Ahora sólo te queda insultarme”, dijo apartando la vista y llevándose la mano a la frente, como si tuviera fiebre. “Creo que voy a aceptar la oferta de Madrid”, me miró con dureza. “Y por supuesto, me llevo a las niñas”. Repuse que ya habría tiempo para hablar de eso, y ella aclaró con voz temblona que si quería hablar de algo, que lo hiciera con su abogado. Encajé la puñalada sin pestañear, incluso le rogué que no me amenazara, que intentara comprenderme, era una pena terminar así. “Efectivamente, es una pena”, repitió, muy seca. […] Cuando pisé la calle, seguía sin creérmelo: tanto tiempo dudando y en un cuarto de hora ya estaba, tú. De repente Barcelona me pareció el lugar más hermoso de la tierra. Viendo las adelfas en flor que bordeaban la Meridiana bajo

un esplendoroso sol primaveral, me entraban ganas de brincar de alegría. Me quité la chaqueta, sintiendo la espalda pringosa de sudor, y dirigí una mirada hacia la rotonda, camino del Jardín Botánico, por donde mi suegra solía llevarse a las niñas. Luego crucé la calle y paré un taxi. Mientras circulábamos, todavía me sentía eufórico, lleno de energía positiva: era como si la bronca me hubiese liberado de una rutina que llevaba años aprisionándome como una armadura. En el restaurante había mesas fuera, en el jardín, pero los otros habían preferido sentarse dentro, para estar más tranquilos. Me excusé por el retraso y mientras me traían otro menú, reconocí a una de las estrellas extranjeras del Barça cenando con una rubia despampanante, en una mesa vecina. Me levanté a saludarlo, y el hombre esbozó una sonrisa de circunstancias. Pero su siliconada acompañante me ninguneó sin disimulos. Y eso, en aquel momento, me sentó como una bofetada. De repente miré el cabezón desgreñado de Raimón, con esas cejas pobladas asomando por encima de las gafas, y sentí auténtica vergüenza: le estaba recomendando al autor la especialidad de la casa, y pedía un vino carísimo para compensar lo poco que le íbamos a pagar. En un impulso, me puse en pie y me dirigí hacia la salida. Cuando me giré, desde la puerta, casi me entra la risa al ver cómo me miraban Raimón y el autor, con su labio belfo. Raimón debió de llamar al Gran Jefe, porque, según andaba calle abajo, sonó mi móvil. Lo cogí, y antes de que me dijera nada, le solté a bocajarro que mi mujer acababa de abandonarme. “Bueno, pues tómatelo con calma”, me recomendó con voz de circunstancias, cuando a mí por dentro me entraban ganas de reírme a carcajada limpia. Te juro que era la primera vez que hacía algo parecido. Yo mismo no entendía muy bien qué me ocurría. […] En casa, le di unos días libres a la chica y desconecté el fijo. No sabía muy bien qué hacer. Tras comer de sobras en la cocina, di vueltas por las habitaciones vacías, ojeando fotos de las niñas. Por fin me metí en el garaje, a escuchar música en el Mercedes. Me quedé dormido, y cuando espabilé, fuera ya anochecía. Estaba aburrido, así que saqué el coche hasta la calle y me di unas vueltas entre los escaparates bien iluminados de la Diagonal. Al cabo me encontré cruzando la Gran Vía y saliendo a la nacional dos por Creu Coberta. Y sólo entonces caí en la cuenta de que sabía perfectamente a dónde me dirigía. Me aflojé el nudo de la

corbata y apagué el móvil, sonriéndome a mí mismo. Me sentía como un niño haciendo campana. En la guantera encontré una cajetilla de cigarrillos mentolados. Encendí uno y paré en el arcén. Eché un vistazo al plano. Serían cerca de las diez, aunque todavía había luz. A partir de ahí la carretera discurría entre campos coronados al fondo por un disco de fuego que se hundía en el horizonte. Era una barbaridad. Más de mil kilómetros. Pero no tenía nada que hacer ahora mismo en Barcelona. Al final puse unos cedés antiguos que llevaba en el coche y conduje a ciento ochenta, aporreando el volante y desgañitándome con viejas rancheras. Hacía años que no me sentía así, tú. Por fin, cuando me bajó la excitación, empecé a pensar en buscar un lugar para dormir. Era de madrugada y cada cierto tiempo, a orillas de la carretera aparecía el anuncio luminoso de un club. Normalmente no habría parado bajo ningún concepto en uno de esos antros. Pero en aquellas circunstancias los luminosos empezaban a resultarme extrañamente tentadores. Me estaba acordando de Raimón y el de prensa, que siempre aprovechaban los viajes a Madrid para irse de cachondeo. Alguna vez me habían propuesto acompañarlos, pero yo siempre me negaba con aire de santurrón. Y al día siguiente, cuando comentaban entre risas los detalles de la juerga y me acercaba, pasaban, muy serios, a cosas profesionales. Resultaba humillante. Pero ahora, por primera vez en mucho tiempo, estaba libre. Y otra vez ganó ese demonio que se me había metido en el cuerpo: frené en el arcén y eché marcha atrás hasta aparcar, junto a un camión, al otro lado de la bionda. […] Era una casa aislada y relativamente moderna. Un cartelón con luces de colores chillones anunciaba desde lo alto: "*EL PARAÍSO*". Me abrió una tipeja hombruna, en vaqueros y con una desgastada sudadera deportiva, que antes de hacerse a un lado me miró de arriba abajo con cara de sargento. Estuve a punto de irme, pero al final algo en mi interior me obligó a pasar. Por dentro, el lugar estaba oscurito. Había mesitas bajas y silloncitos de eskay por los rincones. Pero, quitando a una negra en una esquina, andaba literalmente vacío. "No hay mucha gente hoy", le comenté a la celestina de la puerta, que se había metido detrás de la barra para soltarme un chorro de licor. No había mudado de expresión. Era la simpatía encarnada. La negra ya se me acercaba a preguntar si la invitaba a un trago. Dije que claro y cogió un

taburete. Sus ojos maquillados brillaban, en la penumbra, con la avidez de una madre en una cola de racionamiento. “¿Fumas?”. Aceptó un pitillo mentolado y mientras le daba fuego, ojeé discretamente los pechos abultados que resaltaba su body negro. Más abajo, un michelín le desbordaba la cintura de la falda de cuero. De pronto me dio por imaginar la sórdida vida que debía llevar. Tendría un hombre, quizá su propio hermano, que la chuleaba y la maltrataba. Y unos niños que la esperaban en su país o en una casa miserable del pueblo más cercano. Uno podía imaginarse cualquier novela naturalista. En cuanto a mí, ¿qué demonios pintaba allí un hombre de mi posición? ¿Qué narices hacía este catalán tiquismiquis y bien nacido en aquel tugurio? La madama, pensando algo parecido, no me quitaba el ojo de encima mientras la otra intentaba agradarme, en esperas de que me decidiera a subir con ella por las escaleras del fondo. “No hay mucho negocio entre semana”, apuntó cuando me sorprendió buscando la salida con la vista. “Bueno, corazón, ¿no quieres decirme cómo te llamas…?”. Se llevó el cigarrillo a la boca carnosa y me miró de hito en hito. Parecía un torero a punto de entrar a matar. “Josep. ¿Y tú…?”. “Josefa”, se rió. Tenía una voz cálida. Su deje sudamericano me recordó a una novieta venezolana que tuve de joven. “Qué gracioso, ¿verdad?”. El licor me quemaba las entrañas. Vacié el resto de la copa de un trago y oí cómo mi risa se fundía con la suya. […]»

18

«Al principio no era una relación diferente de la que mantengo con otros autores. Pero luego degeneró en lo que no debía. Son muchas horas en contacto; se comparten buenos y malos momentos. Y ella era muy directa, os habréis hecho idea. En cualquier caso, era la primera vez que me pasaba de casado… Yo supongo que me atraería esa extraordinaria vitalidad que tenía… Pero aquello no podía durar. Sobre todo porque ella tenía otros amigos íntimos, algo que nunca me ocultó… Hacía ya un tiempo que no nos veíamos…». El local empezaba a llenarse de risas. Entraba una ruidosa comitiva de cuarentonas que atrajo el ojo de Duarte. La última del grupo se giró para dirigirles una mirada impertinente: eran los únicos machos del lugar. «Y esos otros amigos íntimos…». «Bueno. Estaba Alfonso Velasco, un aspirante a realizador, un antiguo novio. Y a veces salía con un profesor de universidad, Constantino González. También estaba en su fiesta. De lo demás, no sé nada…». «¿No le molestaba la situación?». «Pues no… La nuestra era una relación sin obligaciones, eso quedó claro desde el principio. Y a mi edad uno ya no se deja engañar por sentimentalismos». «Dice que dejaron de verse. ¿Ella cómo se lo tomó?». Ferrater se rió, aunque nervioso: «Si es por eso no os preocupéis. Os puedo asegurar que Karen no se ha tirado por mí. Fue ella quien lo dejó…». «Y usted después asistió a su fiesta…». «Naturalmente. Seguíamos siendo amigos. Karen me llamó. Quería que estuviera…». «¿Y a qué hora llegó?». «Serían las doce. Y me fui como a la una». «No se quedó mucho tiempo». «Digamos que paso todos mis días con autores. No me apetece, además, verlos por la noche». «Así que no discutieron en la fiesta». «¿Por qué íbamos a hacerlo? Seguíamos manteniendo una buena relación. Ella me saludó en la puerta, cuando llegué. Pero eso fue todo. Era la anfitriona. Tenía que atender a todos…». «Y no volvieron a hablar en toda la noche». «Pues no». «¿Y tampoco por la

mañana?». «Tampoco». «¿Y después de la fiesta…?». «Busqué un taxi y volví directamente al hotel… Cuando vengo a Madrid, me alojo en el Palace», precisó. «¿Hay alguien que pueda confirmarnos que pasó la noche allí?». «Supongo que el recepcionista. Pero vamos, todo esto me parece bastante fuera de lugar…». «Lo siento», dijo Duarte, a quien le costaba reprimir la antipatía instintiva que le provocaba el editor. «No podemos descartar ninguna hipótesis. Y esa noche, ¿no estaba acompañado…?». «Por desgracia, últimamente duermo solo», repuso Ferrater con algo de ironía. «Ya», siguió Pacheco. «Y al día siguiente, entre siete y nueve, más o menos, ¿dónde se encontraba?». «Debí de abandonar el hotel como a las nueve. Pasé por la nueva sede de mi grupo, un palacete rehabilitado en Castellana. Estaba en una reunión importante cuando entró Arián Álvarez, la encargada de prensa, a darnos la noticia. Se había enterado por la radio. Me costó creerlo. Aunque, por otra parte… Muchos artistas tienen una sensibilidad extrema, y Karen era lo que los franceses llaman un *ecorché vif*… Perdonad…». Esta vez se le quebró la voz. Calló irnos momentos antes de decirles que si no les importaba, le gustaría dejar de hablar del asunto. «Desde luego», Duarte procuraba sonreír. «La cosa no urge. Pero es posible que tengamos que volver a verle. ¿Hasta cuando está en Madrid?». «Cojo el puente aéreo esta noche… Ahora, si no os importa…». Acababa de aparecer en la puerta un joven larguirucho, con una camisa de cuadros suelta y cara de avispado. Ferrater esbozó una sonrisa de disculpa. «Por cierto», dijo, cogiendo la bolsa de libros de la mesa, según se levantaba. «Me acabo de enterar de que la editorial que publica la segunda novela de Karen ha enviado el texto a la imprenta. Al parecer tienen pensado organizar aquí mismo una lectura de fragmentos, a modo de presentación. Va a coordinar el acto Constantino González, que está terminando una tesis sobre ella. Igual os interesa».

19

«[…] Salí de allí, resacoso y con la chaqueta al hombro. Fuera ya amanecía y el cielo tenía una claridad rosácea. Con la ropa arrugada y sin afeitar, pensaba en la noche que acababa de pasar y me daba asco a mí mismo. Al mismo tiempo me sentía vagamente satisfecho, dos sensaciones que curiosamente se mezclaban bien y que al rato resultaban tan indisociables como el desodorante y el olor a axila. Era increíble, pero sí: me sentía orgulloso de haberme pillado una descomunal borrachera en un patético antro de carretera y de haberme acostado con una mujer a quien en la vida real me habría avergonzado dirigir la palabra. Luego me subí al coche, con el cuerpo todavía revuelto, y ya no paré hasta llenar el depósito en un área de servicio. Cuando me refresqué la cara en el lavabo, estaba blanco como un fantasma, tú. Y por más que me lavara las manos, seguían apestando a sexo. […] Pasado Ponferrada, el paisaje se hacía más agreste. Al borde de la carretera empezaban a verse grupos de mochileros a pie y en bicicleta. Pensé en telefonearla, pero luego preferí darle una sorpresa. Con la distancia, mi mujer casi empezaba a parecerme como parte de otra vida, un capítulo definitivamente cerrado. Raimón, cuando hablamos, al rato, me acuerdo que estaba alarmado: "Tú verás lo que haces, pero no sé si los jefes van a entenderlo…". Le pedí que buscara el programa del Congreso, y al poco me llamó de vuelta diciéndome que el grupo se alojaba en el Hostal de los Reyes Católicos. Yo ya me incorporaba a la autovía, donde me sorprendió que los retamares, en la mediana, tuvieran un color tan lisérgico. […] Llegué a eso de las tres. Dejé el coche en un aparcamiento, cercano al parque de la Alameda, y eché a andar por una de las callejuelas empinadas que llevan a la plaza del Obradoiro. El día había ido despejando y el sol quedaba a espaldas de la catedral. Tuve que hacer visera con la mano para apreciar la fachada, que me

pareció magnífica en su barroquismo alucinado. Era una sinfonía en piedra, uno de esos grandilocuentes delirios del imaginario religioso que tanto fascinaban a Karen, habrás leído sus artículos. Mientras seguía allí, un flujo intermitente de turistas de todas las nacionalidades entraba y salía por las puertas enrejadas. De pronto, unas campanadas huecas y solemnes resonaron desde lo alto, rompiendo la melodía de un gaitero, y recordé que Montse había querido que nos escapáramos diez días sin las niñas, el verano pasado, para hacer un tramo del camino. Eso me llenó de una súbita desazón, pero enseguida la aparté de mi mente. […] En el Hostal me explicaron que los del congreso comían en una casa rural, a pocos kilómetros. Me sacaron un mapa para explicarme cómo llegar: estaba pasando Milladoiro, por la carretera de Pontevedra a Galanes, y tardé un momento en encontrarla. Cuando lo hice, una señora se asomó a la ventana del segundo piso para vocearme en gallego que aparcara al final del camino de gravilla, bajo un tejadillo que sujetaban dos columnas románicas. En ese justo momento Pilar Segura salía al porche con una cortecilla de escritores. Me acerqué y me saludaron todos menos ella, que no me perdonaba el que le hubiese rechazado en su momento el manuscrito de su novela. Se los notaba extrañados, pero nadie se atrevió a hacer ningún comentario sobre mi aspecto, y en cuanto pude, me encaminé hacia la entrada, donde la dueña me recibió con su simpatía mercenaria. Por dentro habían modernizado las estancias de la casa, aunque respetando algunos elementos originales que me señaló según pasábamos. Los demás estaban en una galería acristalada, en la otra fachada. Los habían instalado en torno a dos grandes mesas, cubiertas por manteles de hilo blanco, y hablaban animadamente, entre el humo de los cigarrillos y los puros. A Karen le chispeaban los ojos. Se estaba llevando a la boca una porción de tarta de Santiago, y al verme, casi se atraganta. "*¿Pero qué haces aquí?*", se tapó la boca con una mano. El otro, a su lado, también comía enfundado en su chupa. Me miraba con esos ojos rientes y esa sonrisa cínica que tanto me desquiciaba. "*Cuánto tiempo, Yusepe*", saludó, tan tranquilo. "*Siéntate, hombre. Llegas a tiempo para el postre…*" […]».

20

«[…] Soy, por principio, reacio a salirme del territorio textual. No obstante, a la vista del fragmento con el que abro esta tesis estimo que el conocimiento de las vivencias que han servido de trampolín a la fantasía kareniana resulta una ayuda inestimable a la hora de comprender su proceso creativo. Si queremos entender cómo funciona su personal alquimia ficcional, resulta indispensable analizar la transformación a la que somete a las personas al pasarlas de un lado a otro del espejo. Tomaré como primer ejemplo a Icíar Cornuda, la gélida y antipática pintora rubia, el personaje más retorcido del cuarteto de *El desamor*. Estoy seguro de que todos los que conocíamos a Karen y a su entorno hemos podido reconocer en ella muchos rasgos de la escritora Pilar Segura. Si nos detenemos en las modificaciones, apreciamos de entrada un poco sutil cambio de la tonalidad de cabello. Ello sirve a la autora: a) como tosca argucia camuflatoria para protegerse de posibles acusaciones de la propia Segura, quien de hecho ha reaccionado con dureza a su "retrato" en *El desamor* (más adelante citaré algunas reflexiones de su recién publicado diario); y b) para subrayar el antagonismo entre ambas mujeres recurriendo a una simbología clásica del cine: rubia cerebral y manipuladora versus morena pasional y auténtica. Pero también hay una segunda manipulación, esta vez sicológica e involuntaria y, consecuentemente, más profunda. Recordemos que la propia autora concibió en un principio el personaje de Icíar como "*una pija pretenciosa y desocupada, que dedica su tiempo libre a la pintura. Y al final se me hizo una artista. Pero así salió la rosa. O la prosa, vamos*". ¿Por qué, entonces, esta transustanciación del personaje, sobre todo teniendo en cuenta que Karen despreciaba sin tapujos la limitada creatividad de su amiga Pilar Segura? Pues sencillamente porque a través de la pintura se encontró con una

artista. Y eso la llevó a identificarse también con un personaje al que añade esa dimensión intelectual de que carece Mamen y que trasciende así las limitaciones de su modelo real para convertirse en otro alter ego de la autora. Podemos, pues, afirmar que Karen, al desdoblarse en sus personajes, otorga a Icíar la frialdad analítica de su yo artístico en clara contraposición con el romanticismo visceral de Mamen, las dos facetas más destacadas de su desequilibrada personalidad. Icíar Cornuda se convierte, de esta manera, en un personaje infinitamente más potente e interior que si hubiera sido una mera copia de la Pilar Segura real y se enlaza con su antagonista en una esquizofrénica mazurca intelectual de enorme interés sicológico. Hay, en efecto, pocas cosas en el arte que resulten tan fascinantes como el dejarse llevar de la mano por un creador que va descubriendo a golpes de intuición su propio territorio síquico. […]»

21

«[…] Fue en el festival de cine independiente de Gijón. Me habían premiado un cortometraje en alguna edición anterior y esta vez me invitaban de jurado. La cosa empezó mal. Perdí el primer vuelo y las chicas del aeropuerto me enviaron al hotel equivocado, con lo cual para cuando aparecí por el teatro ya habían hecho la presentación del Jurado y a la mañana siguiente en la portada del periódico local iba una foto de todos, sin mí. Es la historia de mi vida. Pero al menos llegué a tiempo para la primera proyección, una película de amor en tiempos de guerra que me pareció interesante. Sin embargo cuando le pregunté a Larrañaga, mientras salíamos, él la sentenció: “Demagógica, mal filmada… Basura”. Fue tan perentorio, el jodido progre, que a ver quién le llevaba la contraria. A las puertas del teatro nos esperaba una camioneta para llevarnos a una escanciada. Y según me agaché para entrar me esperaba una sorpresa: Pilar Segura permanecía apoyada contra la ventanilla del fondo. Iba embutida en un abrigo largo, con el cuello subido y las manos metidas en los bolsillos en una pose algo artificiosa, a lo Marlene Dietrich. La melena azabache la llevaba recogida en un moño abollonado y sujeta con un prendedor de concha. Nada más verme, sus ojos azules me acuchillaron. “Hola”, dijo, gélida. “Hola”, repuse, sorprendido. Y al terminar la escanciada, me acerqué a preguntarle si tenía algún mal rollo conmigo. Dijo que en absoluto. De paso mencionó que había visto mi último corto, en los Renoir de Plaza de España. “Está muy bien, de verdad”. Estábamos en la barra de un bar de copas, tocaba un grupo retro pretencioso y la música nos obligaba a hablarnos al oído. Ella, que ya se había ido relajando con el alcohol, empezaba a sonreír. Comentó que me veía mucho mejor, porque la última vez que nos habíamos cruzado, después de que me dejase Karen, había perdido quince kilos. Y cuando me preguntó que por qué no pasaba

a verlos, le expliqué que no quería encontrarme con Karen, que había salido muy escaldado de todo el proceso de ruptura. Al mencionarla, noté que algo se le atragantaba. Y con la siguiente copa me confesó que se había enterado, hacía pocos meses, de que Velasco se estaba pinchando y comprendí que empezaba a vislumbrar lo que yo siempre había dicho: que nunca sería más que una fugaz promesa, uno de esos artistas con talento difuso que brillan un momento y luego desaparecen para siempre. Ella le había advertido que o cambiaba y se tranquilizaba, o ya se podía ir buscando otro piso. Y Velasco había contestado que de todas maneras tenía pensado irse, aunque entretanto seguía yendo a cenar y a dormir allí, muy en su línea. Al final le sacó los bártulos al descansillo. Y Karen se puso del lado de la víctima. Dijo que no era para tanto, que se estaba pasando. Y al día siguiente le soltó de sopetón que Velasco se quedaba a dormir con ella. Pilar todavía no se lo podía creer. "¿Cómo me ha podido hacer esto, después de lo que la he ayudado?", estaba casi más ofendida que dolida. "Empiezo a pensar, y perdona Daniel, que se vino a mi piso, sólo para quitarme el novio…". Te puedes imaginar cómo me sentó aquello. Desde que cortamos esa primera vez, yo sólo quería olvidar a Karen: habría dado cualquier cosa por no enterarme. Pero ya era tarde para eso. Y me bastó que Segura me lo dijera para entender de golpe y porrazo por qué Karen nunca había sido natural con Velasco. Por lo visto él había vuelto a casa tarde, bastante colocado, y se había pasado el resto de la noche escuchando música. Pilar no había podido pegar ojo, y por la mañana se los había encontrado a los dos en la cocina, desayunando en paños menores. "Y él, que siempre se burlaba de Karen a sus espaldas…", seguía, sin mirarme. Desde entonces estaban viviendo los tres juntitos, porque Pilar consideraba que no le correspondía irse a ella, y los otros decían que no encontraban piso. Yo le ofrecí venirse a mi estudio, pero me dijo que no creía que fuera necesario. "Y si no hubiera más remedio", sonrió, "tengo con quién, no te preocupes". Ya estaba saliendo con Raúl Cortés, lo cual, por otra parte, explicaba su presencia en aquel Jurado. Como te puedes imaginar, yo me había quedado bastante jodido. Y cuando me preguntó si seguía enamorado de Karen, no supe mentir. Ella se fue a pedir copa y ya se estuvo en la barra discutiendo con el canijo prepotente de

Larrañaga, que ya sabes cómo es: un ex maoísta millonario; se tiró toda la semana con la misma camisa a cuadros raída, dándonos lecciones a los demás. De todas formas era quien más entendía de cine, y Pilar se anduvo con él hasta que se le puso tan pegajoso, que volvió a optar por mi compañía. Era la primera vez que nos veíamos sin los otros dos de por medio y resultaba agradable pasear con ella, entre película y película, bajo la lluvia, por las callejuelas del centro o junto a la playa, donde sólo había abuelos paseando a los perros. Pilar tenía una conversación inteligente y, a diferencia de Karen, gana cuanto más la conoces. La última mañana, que salió despejado, nos dio incluso tiempo a ir a ver la escultura de Chillida que han instalado en la colina más cercana, dominando el mar desde un acantilado al noroeste de la ciudad. A todo esto yo todavía guardaba las distancias. Pero luego llegó la deliberación final, en uno de los restaurantes del puerto. Ya habíamos visto la totalidad de las películas, y los miembros del Jurado coincidíamos en que la mejor era una china. Pese a ello yo argumentaba que un festival de rock no podía premiar a una obra de música clásica y apoyaba una rayadura vanguardista que no convencía a nadie. "No te compliques la vida", me decían los otros. "Nos piden que elijamos la mejor película, nada más. Y ésa, lo dices tú mismo, es la china". Yo me emperraba, y las deliberaciones empezaban a llegar a un punto muerto, cuando de repente Pilar, que hasta ese momento apenas había participado, anunció que ni hablar de la china, que la mejor película era la que decía yo. "Vamos, pero sin lugar a dudas. Yo estoy con Daniel. ¿Y tú, Txetxu?". Larrañaga ya había votado. Pero una mirada azul fulgurante bastó para que chaqueteara. "Estoy de acuerdo. La mejor película de este festival es la independiente", declaró, impertérrito. "¡Pero Txetxu!", los demás se llevaban las manos a la cabeza. "¡Si acabas de votar por la china!". Pero él se mantuvo en sus trece, y así fue como salió aquel palmarés, que fue una sorpresa absoluta, una de las decisiones más controvertidas del festival. Yo imagino que después Larrañaga intentaría cobrarle a Pilar el servicio, aunque, conociéndola, no se comería ni un colín. Y en cuanto a mí, entenderás que ya no podía negarle el favor que me pedía. […]»

22

La Gran Vía alternaba fachadas imponentes con coloridos cartelones anunciando los estrenos de la temporada. Clasicismo y modernidad parecían porfiar con la misma naturalidad con que se mezclaban por sus aceras la peor morralla con los guiris y oficinistas de la zona. Más abajo en Callao, un cartelón que cubría el chaflán entero de la Fnac promocionaba la última película del más internacional de los directores españoles, «nuestro paleto universal», como lo llamaba Manolín, el intelectual de la familia. «¿No te estarás subiendo un poco a la parra?», le había dicho Duarte. Y más abajo aún, por los escaparates de Preciados se veían pilas de *El desamor* junto a fotografías a tamaño natural de la autora. Dentro de la tienda, la chica que los atendió en Información señaló a su jefe, un tirillas con gafas de intelectual que bajaba en ese instante por las escaleras mecánicas. Los policías lo siguieron al salón de actos, en la misma planta, donde dos hombres y una mujer se encaraban al público desde el estrado. A ambos lados de la mesa había paneles publicitarios con la foto sonriente del escritor argentino: «*Tostón te transporta a un mundo de emociones impagables*». El tirillas se había quedado de pie, en un lateral. Señaló a Pilar Segura, que, con el chalequito de la empresa, permanecía pegada a la mesa, pendiente del público. «Ahí, con los micros…». Al verla, mientras se acomodaban al final de una fila, entendieron la sonrisilla que se le había escapado a Ferrater al mencionarla. La Segura tenía una belleza de rasgos perfectos, y todo en su pose daba a entender que era muy consciente de ello. Una orgullosita, pensó Duarte, catalogándola al primer vistazo. Al rato su jefe se le acercó a susurrarle algo al oído y unos ojos zarcos empezaron a buscarlos entre los asistentes. «… Y ya para terminar esta presentación», seguía, desde la mesa, un hombre elegante, de pelo plateado,

«repito que esta obra es un canto a una universalidad y a un cosmopolitismo que mi generación ha defendido con uñas y dientes y que es posiblemente lo más estimulante que pueda ofrecérsele al público en unos tiempos en los que vuelve un realismo costumbrista que muchos creíamos definitivamente superado… No olvidemos que la novela policiaca ha sufrido un proceso de transformación irreversible y que ya no puede considerarse la parienta pobre de la novela "blanca"», entrecomilló la palabra con los dedos. «La modernidad le ha insuflado un dinamismo y una calidad digna de todo respeto. Y basta con remitirse al experimentalismo narrativo de un Taibo o a las obras del propio Washington Tostón, para constatarlo…». Tras aquello, agradeció al público su atención y pasó la palabra a su compañero de mesa. Éste se acodó sobre ella, toqueteó el micro y le dirigió una sonrisa empalagosa: «Gracias a ti, querido Raúl…». Dijo, con un gracejo seductor, que iba a explicar cómo veía él el «aburrido» pero «inevitable» debate sobre el género. En su opinión, éste nacía de la constatación de que quien vive no sabe escribir y viceversa. «Para unos Dios creó la novela negra y para otros la blanca. Sólo que con el tiempo los escritores "serios"», entrecomilló la palabra con gesto idéntico al de su presentador, «han entendido la importancia de la vida y nosotros la de la escritura. La prueba es que hoy la diferencia entre unos y otros es tan nimia como la de la izquierda y la derecha democráticas. Si hasta hace nada la novela blanca nos sacaba cierta ventaja "poética", eso es hoy cosa muy muy pasada. Y ahora querría explicarles muy brevemente por qué, en un momento de una barbarie cultural generalizada en un mundo cada vez más globalizado, donde el índice de ventas es el único criterio para la publicación, y donde la calidad literaria es menospreciada sistemáticamente, se necesitan escritores como sho…», fricó voluptuosamente la i griega. «Mi obra, ya habrán entendido ustedes, es una defensa de una tradición fantástica que también tiene cabida en el género. Si pudiera tomarse una pizca de Kafka, algo de Borges, y perfumásemos la mezcla con unas gotitas de Irish y Paul Auster, la pócima resultante sería de alguna manera equiparable a…». La cosa continuaba de esta guisa hasta que la mujer que completaba el terno de la mesa, la editora Montse Fernández, estimó que era el momento de intervenir. «Igual podrías

hablarnos del meollo de la cuestión, Washington», dijo con una pronunciación marcadamente catalana. Ella parecía más sensata. «Tu relato, para que el público lo pueda entender, es, y corrígeme si me equivoco, una sátira del mundo editorial, sólo que en clave de novela negra y con algo del género fantástico, pero que retrata a la perfección y con una lucidez admirable los entresijos de lo que se cuece anualmente en los pasillos de Frankfurt, en esa “feria de vanidades”, como la llamas…». Duarte vio cómo una chica, delante de él, asentía. «Bueno. No es sólo eso», protestó el escritor, molesto con la interrupción. «Yo entiendo que el argumento y las triquiñuelas narrativas son las argucias, casi diría que la máscara, que un escritor utiliza para exponer sus opiniones sobre ese fascinante enigma que es la naturaleza humana…». «El argumento a ti a lo mejor no te importa, pero al lector seguramente sí», le corrigió ella, poco acostumbrada a ceder terreno. Su intervención había vuelto a despertar el interés de los asistentes y no parecía dispuesta a que se apagara aquella llamita. «Y hoy en día, como sabemos todos, un escritor escribe para sus lectores. De hecho se ve perfectamente en tu libro a través del protagonista, Segismundo Pérez, un autor de best-sellers reconocido planetariamente que parece más interesado en comprarse un Rolls Royce que en desentrañar los misterios del alma humana…». E ignorando las tímidas protestas del argentino, cerró su intervención para pasarle la palabra al público. Tras algunas preguntas de escaso interés, miró la hora y dio por terminado el acto recordando que el autor firmaría ejemplares de su obra y que participaría en un nuevo coloquio en la Feria del Libro, en la caseta de su editorial, a partir de las seis de la tarde del día siguiente. Una treintena de manos descargó algunos aplausos. Pacheco y Duarte se levantaron con el resto de los asistentes y se acercaron a Pilar Segura, que seguía recogiendo los micrófonos.

23

«[…] Sin embargo Karen era tan influenciable que bastaba juntarla con cualquier persona para que se le pegara todo. Ése era el secreto de la vida que insuflaba a sus personajes. Que era capaz de olvidarse de sí misma. Que creía en ellos y se emocionaba con ellos, mientras que Pilar es tan egótica que jamás abandona su coraza. Tiene un centro de gravedad sicológico demasiado pesado, cuando ser novelista es más ser satélite que planeta, tú lo sabes bien. Hielo y fuego, día y noche, recta y curva, Beatles y Rollings. Declínalo como quieras y tendrás las dos caras de la moneda mirando cada cual hacia su lado. Eran sensibilidades antagónicas e irreconciliables que nunca coincidían en sus gustos y que estando juntas proyectaban puntos de fuga totalmente opuestos sobre cualquier asunto. Lo mejor de Pilar siempre ha sido su capacidad de observación. En sus novelas salta a la vista que espacializando es cien veces más precisa que Karen. Yo he visto los retratos que hizo mientras cursaba Bellas Artes y tenía una facilidad de dibujo envidiable. Sólo que, antes de que su vocación se definiera, Velasco la convenció de que podía abrirse camino como actriz, una idea que obviamente abandonó en cuanto se dio cuenta de que en los cástings sólo le ofrecían contratos para ser azafata de programas televisivos. Y por fin, un buen día, "decidió" que iba a ser novelista. Probablemente se le metió en la cabeza a base de frecuentar a alumnos de esa escuela de letras a la que se había apuntado. De hecho fue ella quien le contagió a Karen, que hasta entonces se conformaba con escribir poesía, las ganas de ponerse con la narrativa. Mientras vivían juntas, la incitó a leer a autores contemporáneos y la puso en contacto con profesores de algunos talleres literarios que luego animaron a Karen a seguir escribiendo. Eso no debió de sentarle muy allá. Desgraciadamente, ciertas cosas no se "deciden": a mí siempre me ha gustado la música y soy

incapaz de distinguir un mi de un la, mientras que entiendo las imágenes sin esforzarme. Y Pilar es sorda para las palabras; no hay forma de que las engarce de manera mínimamente eufónica. No tiene gracia, ni ligereza. Leerla es como ver correr a alguien con pesas de quince kilos en las piernas. Tiene ideas muy claras, pero le falla el talento, la magia del verbo. Y ya puede echarle horas que la chispa no salta. Por otra parte Karen tenía talento pero unas ideas francamente confusas. ¿Te acuerdas de esa película de Woody Allen?, ¿cuando el protagonista llega a la conclusión de que puede funcionar en el arte pero no en la vida? Pues a Karen le pasaba eso y a Pilar Segura lo contrario. Y ya puedes imaginarte los roces que surgieron cuando empezaron a trabajar juntas. No se podían haber juntado dos elementos más reactivos. Luego a Karen la traicionó su carácter. Al terminar los actos solía juntarse en el bar con los invitados y, como no sabía contenerse, se ponía a largar carrete sobre cualquiera. Una tarde puso verde a un escritor delante de su novio, y eso le llegó al interesado, que publicó una columnita devastadora en *El Mundo*. La reacción de la empresa fue fulminante: la despidieron de un día para otro. Hay quien dice que Pilar tuvo algo que ver con el tema, yo no lo creo. En cualquier caso aquello, que coincidió más o menos con nuestra reconciliación, fue lo que le dejó a Karen el tiempo libre suficiente para escribir a diario. Y no quiero ni imaginarme la cara que tuvo que poner Pilar cuando premiaron *El desamor*, viendo además que su propia novela la habían rechazado ya varias editoriales, la de tu amigo Ferrater inclusive. ¿Recuerdas el famoso autorretrato de Frida Kahlo, donde se le ve la columna rota y unos clavos hundidos en cada punto de dolor? Pues la columna rota de Pilar era su relación con Velasco, y esos clavos cada uno de los éxitos de Karen. […]»

24

Para Pilar aquel congreso de Iria Flavia había sido algo más que un interludio vital y, tras una semana sin trabajar y sin tener que ocuparse de nada aparte de sí misma, el reencuentro con su nueva realidad estaba resultando cuanto menos complicado. No sólo tenía que tolerar las tonterías de la hija de un divorciado, en pleno pavo, sino que encima el propio Cortés se ponía pesado con eso de tener otro hijo, un nivel de compromiso que ella no estaba de ningún modo dispuesta a asumir. Hasta el momento podía decirse que la relación la satisfacía tanto por la holgura económica que le proporcionaba como por la intensa vida social que le permitía llevar, tan llena de actos culturales, cócteles y cenas privadas con políticos y personajes importantes. Pero últimamente empezaba a sentirse como encerrada en una jaula dorada. O, como escribiría en su diario, «*en un jardincillo perfectamente cuidado, donde no faltaba nada, salvo la fantasía torrencial de la naturaleza*». Era una sensación de estancamiento muy parecida a la que la había llevado en su momento a salir con Velasco. Y es que ella necesitaba que la sacaran de su jardín y que le ofrecieran una vida de emociones que era incapaz de llevar por sí misma. Como tampoco podía dársela el exquisito y civilizado Raúl Cortés. Por eso en su diario reconoce que le debe a Karen alguna de las experiencias más intensas y dolorosas de su vida. Y consecuentemente tenía respecto de su muerte sentimientos muy encontrados, y algunos difícilmente confesables. Según entraban al bar de la Fnac, con la excusa de comprar tabaco se había acercado a la máquina, aprovechando para ordenar sus ideas. Y mientras se agachaba para recoger la cajetilla, Duarte comprobó que la estilosa blusa ceñía una cintura casi adolescente a fuerza de disciplina. «¿Fumáis…?», se volvió, quitando el celofán. «Gracias, pero no». Pilar Segura se encendió un

pitillo. Explicó que habían compartido piso durante años, aunque la relación se había enfriado cuando Karen había vuelto con su novio de toda la vida y ella se había instalado con su nuevo compañero en una urbanización de las Rozas. «La llamé, en su momento, para felicitarla por su premio. Pero teníamos ya un trato bastante distante que nos convenía a ambas. Ella siempre había sido narcisista. Pero últimamente ya se pasaba de rosca con que si había salido en tal portada, si la ponía mal fulanito o se enrollaba con menganito. De hecho tuvimos unas palabras, a principios de año, cuando vino a visitarnos… Estuvimos aquí mismo, tomando un pincho», echó la ceniza en el cenicero de la barra. «¿No tomáis nada?». «No, gracias». «Pues se le acercó un fan a que le firmase una revista que la sacaba en portada. Y ella se tiró media hora con él, sin preocuparse de que nos tenía esperando. ¿Te acuerdas, Paco…?». «Hombre que si me acuerdo», dijo el camarero sin dejar de secar concienzudamente unos vasos. «Era imposible no fijarse en "Antonia", cuando llegaba». «Aquello me sentó fatal y le dije un par de verdades. A Karen le gustaba hacer bailar a todo el mundo al son que ella tocaba. Pero yo la conocía demasiado, no me cortaba a la hora de decírselo». «¿Y ella cómo se lo tomaba?», preguntó Pacheco. Duarte se lo quedó mirando. Su expresión dejaba claro que aquella conversación era cosa suya. Pilar también clavó los ojos en el rubio, intuyendo que su encanto femenino no funcionaba con él. Seguro que es marica, pensó. «Karen no era tonta», dijo. «Si le decías una verdad, la asimilaba. Al final me llamó excusándose. Nos reconciliamos cuando coincidimos en el congreso organizado por la fundación Cela hace algo más de un mes. En Iria Flavia». Era difícil resistir su mirada celeste y Pacheco acabó apartando la vista. «¿Estuviste en la fiesta que dio el domingo?». «Me invitó, pero no fui». «¿Sabías que tenía pensado irse a Miami?». «Algo me han contado, sí». «¿Y conoces a su editor, Josep Ferrater…?». «Claro. Es el marido de Montse Fernández, que estaba hoy en la mesa. Se están separando… Ya se ha ido», añadió viendo que Duarte miraba hacia la puerta. El salón de conferencias quedaba al otro lado del vestíbulo. «¿Y estabas al tanto de la relación que mantenía Ferrater con tu amiga?». «¿Que le estaba poniendo los cuernos a Montse…?», ella mantenía con facilidad el contacto visual. «Lo sabía todo el mundo. Pero no es lo que yo llamo una relación. Karen

nunca se comprometía. Seguía siendo una pobre niña pegando bandazos: lo suyo era un continuo “culo veo, culo quiero”, como dicen los críos…». «Ferrater estuvo en la fiesta que dio tu amiga el domingo, y ella le hizo un desplante en público con otro. ¿Eso lo sabías?». «No me extraña. Karen nunca ha valorado lo difícil que es contar con el apoyo de un editor. No apreciaba su suerte». Duarte volvió a asentir. «Por lo visto, varios testigos vieron salir del portal, justo después de la caída, a un hombre de unos treinta años, delgado, teñido de rubio. ¿Se te ocurre quién puede ser?». «Vista la gente que frecuentaba, vete a saber…». Pilar se encogió de hombros, aunque Duarte habría jurado que hacía un esfuerzo por mantener la indiferencia: su mirada acababa de fijarse en el extremo encendido del pitillo. «De todas formas, no estoy al corriente de lo que hacía o dejaba de hacer últimamente. Francamente, no sé por qué habéis venido a verme a mí», dio una última calada al cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero. «Pues porque su padre nos ha dicho que eras su mejor amiga», dijo Pacheco. «Exactamente: “era”. Mirad, compartimos piso una temporada. Pero todo eso queda muy atrás». «Desde luego», retomó las riendas Duarte, calmando la cosa. «¿Y cómo os conocisteis?». «Mi novio de entonces era amigo del suyo de toda la vida», suspiró Pilar, que empezaba a cansarse. «Karen acababa de volver de Londres. Era una chica muy extrovertida y graciosa. Estaba dejándolo con Daniel y no quería volver a vivir con sus padres, así que le propuse compartir piso. Estuvo unos meses dando clases particulares de inglés, hasta que la recomendé para trabajar aquí, que fue donde empezó a entender cómo funcionan las cosas y donde hizo los contactos imprescindibles. Sin eso, nunca lo hubiera conseguido», concluyó, convencida. «Ya. ¿Y qué pasó, para que dejarais de hablaros?». Ella dudó un momento. Luego admitió que Karen le había quitado el novio, pero que era agua pasada, un asunto olvidado. «No tiene ningún interés para vosotros». «Es posible. ¿Y cómo se llamaba el afortunado?». «Alfonso Velasco». Duarte le enseñó la foto del descamisado apoyado en el fregadero. «¿Es éste?». «Sí. Perdonad… Parece que me buscan». Pilar ya miraba hacia la entrada. La salvó la campana, como quien dice. Cortés se les acercaba con una sonrisa amable: «Pili, ¿te falta mucho…?». «Claro. Ya hemos terminado», dijo Duarte, y le pidió a

Pilar el teléfono de la mujer de Ferrater y la dirección de Velasco. «Pobre chica», exclamó Cortés, mientras ella escribía por detrás de una tarjeta. Duarte tuvo la impresión de que a la Segura no le gustaba demasiado que aquella mano se posara de manera tan posesiva sobre su hombro. «Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía la cabeza llena de pájaros. No había sabido digerir su éxito. Pero quién podía pensar que fuera a hacer esto…». «Eso es lo que tenemos que comprobar. Que nadie la ayudó a caerse», dijo Duarte.

25

«[…] *Gabriel, desde que Mamen lo había dejado, no sabía qué hacer solo en casa. No paraba de dar vueltas. A cada momento esperaba que sonara el timbre y apareciese ella explicando que había sido una broma. Lo que fuera, él se lo perdonaría todo. Pero algo muy dentro le decía que no volvería. Además empezaba a imaginarse por qué se había mudado precisamente con Icíar Cornuda y con Carrasco. Escarbaba en su memoria, y de repente muchas anécdotas adquirían un sentido nuevo. Rememorando, su humor negro convertía a Mamen en un ser mezquino y traicionero. Se acordó de su mirada, la primera vez que habían visto a Carrasco en aquella exposición, de sus risas compartidas. Al final sacudió la cabeza: no, ¡ésa no era ella! Encendió la luz y comenzó el proceso inverso: se arrepintió de haber pensado mal. Recordó cuánto debía de haber sufrido ella, viviendo con él sin quererlo. Y volvió a ver a Carrasco rodeado de chicas, en su última fiesta. ¡Si es que sobraban razones para preferirlo! Era guapo, y llevaba una vida mucho más excitante que la suya. ¿Y sexualmente? Gabriel era un aburrido monógamo más, sin ninguna inclinación por los juegos eróticos. No la ataba, no la pegaba, ni siquiera era amigo de las posturitas, mientras que Carrasco seguro que tenía todo tipo de experiencias que ofrecer: ¿cómo no iba a preferirlo? Además, ¡qué diantres!, si ella lo escogía, debía de respetar su decisión. Lo mejor era olvidarla de una vez por todas. Pensar en que, más adelante, cuando pasase lo peor, volverían a ser amigos. Cavilando sobre aquello, ya no le echaba en cara su actitud: había sido necesario probar la hiel del desamor para comprender que la separación les ahorraba una*

larga agonía. Era una forma de clemencia. Sí, era lo mejor para ambos. Casi se le saltaban las lágrimas. Y cuando oyó que sonaba el teléfono, se abalanzó sobre él. "Siento llamar tan tarde, pero no puedo dormir. Me está costando mucho… Duele ¿verdad?". Santo cielo, ¡era ella! Gabriel sintió que se le derretía el corazón. Le hizo falta un esfuerzo sobrehumano para controlarse. "Es más duro de lo que pensaba…", seguía la voz telefónica. "Me siento tan sola… Gabriel, ¿por qué no vienes esta noche…?". A él se le hizo un nudo en la garganta. Era lo que más deseaba en el mundo y sin embargo se encontró a sí mismo diciendo: "Mamen, no creo que sea lo mejor. Esto sólo hará las cosas más difíciles… Si sigues decidida…". "Lo estoy intentando. Pero es que… Hoy no puedo dormir sola. ¿Por qué no vienes, Gabriel? Sólo por esta noche. Por favor…". Momentos después él se ponía la cazadora de cuero y metía en una bolsa de deportes la muda para el día siguiente. Cuando ella le abrió la puerta de su nuevo piso, sólo llevaba encima una camisola negra. Gabriel entró, mirando nerviosamente a su alrededor. "No te preocupes, no están… Me alegro de que hayas venido. Cómo son estas cosas… ¿Quieres tomar algo?". Compartieron una tila antes de acostarse y, después del coito, él se sintió como si lo hubieran violado. Durmió mal y notó que ella tampoco dormía, por su respiración irregular. Sin poder evitarlo, volvió a odiarla por lo que estaba haciendo con él y a despreciarse a sí mismo. No soy más que un muñeco entre sus manos, pensó lúgubremente. "¿No duermes?", preguntó, al cabo. Le tocó el hombro. Pero ella se echó a un lado, dándole la espalda […]».

26

Un viejo café posromántico con divanes de gutapercha, grandes espejos, escalera metálica de caracol, cerilleros a la antigua y camareros clásicos. Así lo describía un conocido cronista madrileño durante la posguerra. Medio siglo después, salvo los cerilleros, que han desaparecido, son pocas las cosas que han cambiado. Al Café Comercial, en la glorieta de Bilbao, lo siguen vistiendo los mismos espejos murales, las mismas lámparas de bronce que lo alumbran día y noche. Y sigue teniendo una clientela heterogénea que se va renovando a lo largo del día. Tú lo conoces de quedar a la hora de las tertulias, antes de ir a copear por el Dos de Mayo. Pero a las once de la mañana es la hora del café, cuando los oficinistas de la zona se mezclan con los jubilados que llevan desde primera hora jugando al ajedrez o leyendo el periódico. Tú tomas asiento a una mesa de mármol al fondo, de cara a la entrada, pides una cerveza y extiendes delante de ti las reseñas que has ido recopilando. Son textos aparecidos en *Babelia, El cultural* y otros suplementos. Pasado el impacto de su muerte, la crítica ha acogido con bastantes reservas la publicación de *El mundo de K*. Con la excepción de Aureliano Chinchón, que habla en términos vagamente positivos de «*una contribución más al nuevo realismo*», y del también escritor Juan Chacón, que evoca el «*universo atormentado de una novelista rota con talento innato para el pathos*», la tónica general es más bien negativa. Molina, el reseñista más temido, que ya masacró en su momento *El desamor*, esta vez ha optado por un significativo silencio. Y entre sus detractores, el más duro es Raúl Cortés, que denuncia «*la insoportable acumulación de emociones insignificantes en un texto sorprendentemente soporífero*». Lo califica de «*inaceptable bluff posromántico*» y lo compara de pasada con el también recién aparecido diario de Pilar Segura,

modelo, según él, de contención y elegancia, «*en las antípodas de la logorrea kareniana*». Pese a ello *El mundo de K* sigue en los primeros puestos de las listas de ventas y se perfila ya como uno de los éxitos del próximo Frankfurt. Te han comentado, además, que la editorial anda negociando con los propietarios de los derechos para publicar una recopilación de textos autobiográficos y poemas inéditos. Tu propia reacción, a estas alturas, sigue siendo ambigua. Te estás acordando de lo duro que fuiste, hablando con Irene, el día de su fiesta. La habías tratado de farsante, y ahora parecía que detrás de toda aquella frivolidad había un fondo de desesperación genuina. Tras ojear alguna reseña más, vuelves a darle vueltas a lo que te ha contado Duarte. Han sido más de dos horas de conversación en una cervecería, a espaldas de la comisaría, y por fin empiezas a entender los matices de esta historia. Ahora se trata de abrir los poros, de esperar a que el relato que germina en tu mente se empape de las impresiones reales. Casi puedes ver a Daniel Mancilla esperando en la barra, ese viernes por la mañana. Eran pasadas las doce, cuando los vio entrar por la puerta giratoria. Duarte delante, con la revista del corazón que le había encargado su mujer bajo el brazo. La forense le acababa de asegurar que el cadáver tenía la musculatura contraída, lo cual indicaba que seguramente había habido un forcejeo previo a la caída. Y Pacheco lo seguía, hablando por el móvil. Al verlos, Mancilla, que como les había dicho llevaba una camiseta colorada del Plus, apuró su cortado. «¿Nos sentamos?», preguntó, nada más acercarse, echando una ojeada nerviosa a su alrededor. Los espejos del fondo reflejaban sus figuras de pie estorbando el paso. Mancilla era el más alto y rozaba prácticamente los dos metros pero andaba medio encorvado como si se avergonzara de su estatura. Pacheco, apagando el móvil, abarcó el local con una mirada. «Será mejor subir al piso de arriba», dijo. Instantes después, acomodados a una de las mesas del primer piso, Mancilla les relató cómo la había conocido en la universidad, antes de cambiarse a Bellas Artes. «Karen cuenta otra cosa, pero fue ella quien me entró un día por los pasillos. Me pidió un pitillo y empezó a hablar de los profesores y a preguntarme qué me parecía cada cual. Yo me hice el remolón, porque tampoco era una top-model, que se diga», bromeó. «Pero me cayó simpática. Empezamos a hablar de garitos que frecuentábamos, por lo visto me había visto

alguna vez en el Rockola, que estaba a punto de cerrar ese año, y me pidió que la invitara a tomar algo. Pasé a buscarla esa noche misma». Es uno de los fragmentos más logrados de su primera novela. Karen describe la satisfacción de Mamen cuando sus vecinas la ven montarse en la Lambretta embellecida con decenas de espejos: «*la mirada de los demás lo era todo para ella*». «Yo es que era mod. En esa época todavía estábamos aquí con eso». Aquel periodo, el mejor de su relación, había durado hasta que Karen se fue a Inglaterra de *au-pair*. «Luego ella decidió quedarse un año más, pero volvía regularmente y nos telefoneábamos cada dos por tres. Parecía que todo iba bien y sin embargo volvió decidida a hacer la guerra por su cuenta. Al cortar esa primera vez, se mudó al centro con Pilar Segura y Velasco. Yo pillé una depresión de caballo, pero no dejé que me paralizara en lo profesional y me involucré al máximo en la Plataforma de Jóvenes Realizadores que había montado con unos colegas…». «Parece que la ayudaste con su primera novela», apuntó Pacheco. «Desde luego. Prácticamente la escribimos a medias. Ahora que está muerta, pienso reivindicarlo…». «Ya estamos al tanto», Duarte sacó un recorte doblado del bolsillo. Lo desplegó sobre la mesa. «Es una de sus últimas entrevistas. Cuenta que querías llevarla a los tribunales y acusarla de plagio si no reconocía públicamente tu participación. Dice que llegaste a llamarla amenazándola de muerte». «¿Puedo echarle un vistazo?». «Claro…». Mientras Mancilla leía con el ceño fruncido, Duarte se giró hacia el camarero de chaqueta blanca que se acercaba preguntando si querían algo. «¿Tú quieres algo…?». Mancilla negó, sin levantar la cabeza. La sala seguía vacía. Se oía el trajineo de abajo. «Qué estupidez». Les devolvió los artículos. Los miró a uno y otro a la cara, meneando la cabeza con incredulidad. «Vamos a ver: la amenacé una única vez, cuando me dejó, después del premio. En esas circunstancias uno dice cualquier cosa. Aunque lo único que conseguí fue animarla a seguir tirando por su camino. Tenía un espíritu de contradicción tremendo. Pero no podéis tomároslo en serio, por favor», sonrió, dolido. «¡Lo ha novelado todo! Karen era mi Mona…». «¿Tu qué?». «La mujer de Henry Miller, una fabuladora nata. Para que os hagáis una idea, cuando la conocí, iba de lesbiana sólo para hacerse la interesante. Decía que nunca lo había hecho con un tío. Que yo era el primero… ¡puf! No

os podéis imaginar la cantidad de películas que se montaba… A mí no me importaba demasiado, al menos al principio. Porque luego ya no me parecía tan normal que con treintaytantos años siguiera con esas historias». Volvió a menear la cabeza, sonriéndose, y se cubrió la cara con la mano. «Sólo acordarme y me da vergüenza ajena…».

27

«[…] Velasco y yo nos conocíamos de la Plataforma de Jóvenes Realizadores. A mí me parecía gracioso lo que hacía, y un día me llamó diciendo que se instalaba en Malasaña y que organizaba una exposición privada con sus fotografías. Yo se lo dije a Karen, Pero ella prefería ir al concierto de unos amigos en el Rockola. Me costó convencerla, ironías que tiene la vida. ¡Ojalá no le hubiera insistido! Porque cuando lo vio aquello fue amor a primera vista. Velasco nos abrió tan emporrado que le costaba tenerse en pie. Llevaba los ojos maquillados y una camisetilla a rayas tan corta que le hubiera valido a un niño de doce años. Cada vez que estiraba el brazo, se le veía una culebrilla rubia subiéndole al ombligo. Menudo pájaro. Era un seductor nato y, al ver a Karen, se inclinó para besarle la mano con una sonrisa burlona. "*Bienvenida al infierno*", dijo, haciendo una reverencia teatral al tiempo que clavaba en ella esos ojos penetrantes de granuja. Aquello produjo un efecto electrizante en Karen, que tuvo la impresión de haberse encontrado poco menos que con la reencarnación de Jim Morrison. La única pega era que tenía novia, y al verla debió de caérsele el alma a los pies. Pilar, que andaba haciendo de relaciones públicas, se dedicaba a pasear por las habitaciones a un galerista neoyorquino que se extasiaba delante de todas esas imágenes de mendigos medio muertos, travelotes obscenos y yonquis pinchándose en plena calle. "*Oh, marvellous! Oh, fabulous!*". Yo tenía que habérmelo olido, porque Karen, por una vez, estaba muy calladita. Pero sólo caí mucho después. Además Velasco enseguida me arrastró hasta la habitación de uno de sus compañeros de piso. Quería enseñarme un minúsculo altar con una figurilla de Buda, una horterada que pretendía meter en el corto que habíamos quedado en rodar a medias. El argumento era suyo: un pintor heroinómano en fase terminal le pide a su hermano

budista que lo mate de un tiro para acabar con su suplicio. Él iba a interpretar al protagonista y ya te imaginas quién se encargó de guionizar, dibujar el *story-board*, colocar la cámara, etcétera. Lo he vuelto a ver recientemente, por curiosidad. Teniendo en cuenta la falta de medios, no está tan mal. Pero, en lo humano, fue una experiencia desastrosa: Velasco aparecía siempre tarde y a veces de un humor execrable, sin haber dormido. Se empeñaba en romperme el guión y en improvisar. Teníamos que "*captar la vida*", decía. Ya has visto sus cortos: era un romántico y un chapucero, como ella. Al final acabamos prácticamente a hostias y nos perdimos de vista hasta que coincidí con Pilar en ese famoso festival de Gijón. [...] Digamos que para entonces su triángulo amoroso había degenerado, y yo era algo así como la cuarta pata que convertía el taburete en una silla más o menos estable. La primera vez que me llevó Pilar al piso, lo pasé fatal. Ella y Velasco llevaban tiempo sin dirigirse la palabra. Pero conmigo de por medio empezaron a cruzar frases sueltas. Se iban diciendo cosas, aunque nunca cara a cara. Y yo, que no soy rencoroso, retomé el buen trato con Velasco. Supongo que la herida empezaba a cicatrizar y que casi me alegraba de poder vernos todos en plan amigos. Pero a Karen aquello no le hizo la más mínima gracia. No soportaba que siguiera existiendo aquella complicidad entre ellos. Y cada vez que llegaba del turno de tarde para encontrarnos a los tres en el salón, comentando los planos de cualquier película gore, que era lo único que podías ver con Velasco, lo llamaba fuera y le montaba una escena. En esos momentos Pilar procuraba reprimir su satisfacción, y a mí me entraba complejo de marioneta. Karen también se picaba cuando me encerraba con Pilar para ayudarla: "*¿Otra vez con la novelita?*". "¿Y a ti qué te importa?". "*A mí nada. Es cosa vuestra…*". Pero un día me pilló repasando unas notas, en la cocina y me anunció que estaba a punto de completar un libro de cuentos. "*¿Podrías echarles un vistazo?*". Empecé a leerlos ahí mismo. Eran todas esas historias que había estado escribiendo por su cuenta. La mayoría tenían una heroína atada de alguna manera trágica a un hombre que no la correspondía. Algunas decidían abandonarlo, otras matarlo; pero generalmente acababan siendo aún más desgraciadas sin su hombre que con él. El conjunto tenía ese tono introspectivo y onírico que nunca me ha convencido. Pero, con todos sus defectos, era

indudablemente mejor que lo de Pilar: los personajes funcionaban, y cada relato tenía un tempo y una atmósfera propia que enganchaban desde la primera frase. "*Bueno, ¿qué piensas?*". Me tomé mi tiempo antes de decir que no estaba del todo mal. Sin embargo no quise ayudarla. Y de hecho no volví a caer en sus redes, hasta lo de la sierra. [...] Ese día habíamos quedado en subir a una casa que se andaban construyendo mis padres cerca de la Pedriza. La parcela estaba pegada a una espadaña medio derruida desde la que se dominaba todo el valle. Como habíamos parado en un bar cercano, veníamos los cuatro comidos y bastante cargados. Velasco, nada más llegar, se encaramó a la espadaña y se puso a hacer visera con la mano. La vista le parecía perfecta, dijo: la mañana se había anubarrado y la luz serrana atravesaba los borreguillos grises, cayendo al bies, sobre la tierra. La idea de venir había sido suya porque, a todo esto, él también acababa de terminar un guión que quería que le financiásemos los de la Plataforma y andaba buscando localizaciones. Karen, que ya venía rara, se había quedado en el asiento trasero del coche. Y cuando le dijimos que pensábamos subir un trecho a pie, hacia la Maliciosa, se arrebujó en su chaquetón y salió refunfuñando. Monte arriba, por un sendero bordeado de jaras, todavía iba silenciosa y huraña, con la otra, detrás. Al poco cambiamos de pareja, y Velasco, malhumorado, le dijo algo que la hizo saltar. Cuando me giré, ella estaba fuera de sí. "*¡Te odio!*", exclamaba. "*¡Si tanto te gusta, vuelve a follártela, cabrón...!*". Se le había echado encima y se estaban liando a manotazos. Tuvimos que separarlos, porque Velasco empezaba a devolverle los golpes. Sólo se contuvo cuando me metí por medio y empecé a sujetarlo. "*Eres una pobre tía. No sabes colocarte sin montarla*", le espetó, y pasó por la puerta de una valla que cortaba el paso. Pilar se fue tras él, y yo me quedé consolando a Karen, que había estallado en sollozos, como una chiquilla. "No puedes continuar así. Esta situación es ridícula", le dije, cuando los otros estuvieron lo suficientemente lejos. Ella me miró, deshecha en lágrimas. No atinaba a decir palabra. "*Abrázame...*", musitó. Y de las lágrimas pasamos allí mismo a los besos y a los abrazos. Todavía no sé qué me hizo más daño: si presenciar cómo le levantaba la mano Velasco, comprobar lo encoñada que estaba ella o sorprender la miradita envenenada de la Segura. Había demasiada mierda

acumulada allí, y se lo dije. De vuelta en Madrid, pasó la noche en mi apartamento. Y a la mañana siguiente me explicó, muy seria, que había comprendido que lo de Velasco tenía que acabar de una vez por todas, que había decidido hacer una cruz definitiva en su relación y que quería que la acompañara al piso a por sus cosas. […]»

28

«A eso me refería cuando la amenacé. Mientras estaba en mi casa encontró un guión en el que yo relataba de forma muy autobiográfica nuestra primera ruptura y decidió reescribir la historia a su manera. Pero el original está registrado a mi nombre, y puede probarse. Así se ha dicho que la sicología masculina está clavada. Ahora la ponen de novelista nata, cuando lo suyo eran las narraciones cortas, la poesía, el brío. Ya veréis la segunda novela: una sucesión de escenas sin ninguna articulación narrativa. La *gran* novelista, ¡y una mierda! El novelista, si lo hay, soy yo, y pretendo que se reconozca la parte que me corresponde. Encima la muy perra me aguantó en tanto que le fui útil, para luego dejarme tirado como a un condón usado», dijo. «En cuanto Juana Barrendero le consiguió su primer adelanto, se metió en el piso del Dos de Mayo y yo me lié a reformarlo, pensando que iba a ser nuestro nido. Sólo que enseguida me dio el golpe de gracia. Eso sí que no me lo esperaba. Porque hay que ver lo cariñosa que estaba, mientras que la ayudaba con la novela. Y cuando ganó el premio, que lo celebramos con champán, y que luego ella salió la noche entera de farra con sus amigos. El Ramiro y demás. Anda que no la he dejado campo. Y total para que, en cuanto las ventas se disparan, va y me anuncia que me deja. Así, sin más. No niego que últimamente pasábamos días enteros sin vernos. Costaba hablar con ella. Pero yo lo achacaba al follonazo de la promoción. Francamente, no me lo esperaba. Además le rogué que se quedara y nos acostamos una última vez en mi apartamento: resultó tan bien, que pensé que se le había pasado. Sin embargo nada más terminar, va, se fuma un pitillo, se viste y me dice: “*Daniel, tú y yo somos como hermanos más que otra cosa. Esta vez va en serio. El piso ya está listo y me mudo sola. Necesito tiempo para reestructurarme…*”. Al principio

lo encajé bien, incluso dije que bueno. Empezaba a acostumbrarme. Y ella me besó en la mejilla: “*Me alegro de que no te lo tomes a mal*”. Pero en el instante mismo de cerrarse la puerta, perdí la cabeza. Fui tras ella y montamos un guirigay bochornoso en plena calle. La seguí hasta su piso, pero no me dejó entrar: fue cuando la llamé desde una cabina y la amenacé, sí, aunque nunca como lo cuenta ella… Mira que tenía que haberme imaginado lo del editor. Llevaba semanas hablando de él, salía demasiado en sus conversaciones… Y pues eso: mis gritos no sirvieron de nada. A las primeras de cambio me dejo para ir con el vendelibros. Y yo que pensaba que con todo esto podría empezar a financiar mi primer largo… Pero hostia, no quiero contaros mis penas. No sé muy bien qué más queréis saber…». «¿Estuviste en la fiesta de despedida de Karen?», preguntó Pacheco. «Me llamó. Pero yo ya me negaba a ser sencillamente “un buen amigo”. Supongo que se entiende…», Mancilla ya se iba calmando. «¿Y sabes de alguien que pudiera tener motivos para matarla?». «Más que yo, creo que pocos», sonrió con amargura. «No lo sé…», añadió más en serio. «Karen era lo suficientemente vanidosa para tirarse: se tomaba por la Virginia Woolf de su generación. Ahora, tampoco me extrañaría que haya sido un accidente. Sobre todo vista la gentuza que frecuentaba desde que estaba metida de lleno en el faranduleo. Últimamente si no eras una nenaza o un drogadicto descerebrado no le interesabas… De todas formas ella no era ninguna víctima, como piensa la gente: Karen *provocaba* esa violencia en los que la rodeaban. Ella sabía hacerte daño donde más te dolía. Era muy intuitiva para eso, como para lo demás…». Sacó del bolsillo un klínex y se sonó. «Eso es todo lo que puedo deciros. Hablad con Alfonso Velasco, que ha seguido mucho más de cerca las últimas peripecias de mi amiga Antonia… Yo intento olvidarla. Todavía tengo esa espina clavada y me cuesta… me va a costar superarlo. Es verdad que la amenacé, pero poneos en mi lugar: todos estos años de relación, me como toda la mierda, la dejo hacer su vida, irse a Inglaterra, libertad para encontrarse a sí misma… Le doy cobijo cuando lo necesita, la ayudo a arrancar, le doy todo… Y ahora que por fin llega el éxito… Ni dos meses aguantó», lanzó una mano al aire. «¡Claro que duele! Conmigo ha sido una aprovechada. Pero yo nunca habría podido hacerle daño, mis amenazas sólo eran

palabras… Nunca he sabido ir más allá de las puñeteras palabras».

29

La plaza de Barceló mostraba una cara muy distinta a la de la noche, cuando centenares de jóvenes organizan allí su botellón antes de descender en oleadas hacia los garitos de Malasaña. De día la reconquistaba la gente del barrio y, gracias a que los coches evitaban las angosturas de sus calles, la circulación era menos agobiante que en la vecina glorieta de Bilbao. Era la hora de comer cuando los policías pararon bajo las acacias, delante del paso de cebra, no muy lejos de la fachada convexa de la discoteca Pachá. Como el sol caía a plomo sobre sus cabezas, Duarte empezaba a sentir la piel del cráneo irritada. Venía pensativo, con su revista del corazón bajo el brazo. «Pobre hombre, lo que ha aguantado», decía refiriéndose a Mancilla. Y Pacheco, que se había sentido reconocido, explicaba algo así como que estos «buenos chicos» luego saltaban, y que encima lo hacían con un sentimiento de asquerosa superioridad moral. «Es como ir cargando una tarjeta de crédito que al menor descuido te cobran de golpe». En cuanto el semáforo se puso en verde, cruzaron la calle. En la plaza, al otro lado, quedaban los residuos de la marea alcohólica del jueves por la noche. Alguno dormía la mona en los bancos, roncando bocarriba junto a la algarabía infantil del parque. Pacheco y Duarte, que seguían con lo suyo, continuaron por Fuencarral, y unas manzanas más allá se detuvieron en Santa Bárbara, una de las perpendiculares. El que buscaban era de los primeros números. En los balcones las persianas de tablillas verdes estaban bajadas por fuera de las barandillas de forja, para que corriese el aire. Abajo, una cuña de madera mantenía abierta la puerta de la calle. Dentro, echaron un vistazo a los buzones de chapa. «Éste es», Pacheco toqueteó uno lleno de publicidad, con la cerradura rota. El apellido aparecía escrito a boli en un papel cuadriculado pegado con celo sobre la ventanilla para el nombre. Poco después llamaban con los nudillos a una de las

puertas del segundo. En la otra mano se oía una discusión acalorada. Una pegatina gastada, sobre el timbre, representaba una calavera, partida en dos por un hacha. Lo hicieron sonar un par de veces, sin que nadie contestara. «Pregunta enfrente, a ver». La agarrada de los vecinos había bajado de tono. Tras unos aldabonazos, oyeron pasos y la puerta se abrió de par en par. «¿Qué coño queréis?». El joven que se los encaraba no pasaba de los veinte. Era un jevilongo, con muñequeras de pinchos y camiseta negra de Metálica. Tenía la piel grasienta, cubierta de marcas de acné, y una melena lacia, con la raya al medio, bien colocadita tras las orejas puntiagudas. No parecía muy feliz. «¿Quién es…?», preguntó, desde dentro, una voz cascada. «¡Cierra el pico, abuela!». Duarte consideró que era el momento de mostrar la placa. «Buscamos a tu vecino, Alfonso Velasco», dijo. «¿Sabes dónde puede estar…?». «¿Ése? Ni puta idea», repuso el otro, torciendo el labio en una mueca desdeñosa. «Andará por ahí, de fiesta. Con peña así no hay manera de saberlo, que mejor… Es un pesao», los observó con intención. «Siempre poniendo esas películas, con sus colegas, y todos, ji ji ji», imitó tontamente. «Un día les voy a enseñar yo gore de verdad…». Duarte había sacado una tarjeta de su billetera. «Si lo ves, haz el favor de decirle que nos llame a cualquiera de estos números», se la tendió con dos dedos. «Es importante», dijo.

30

«[…] Eso resulta más que evidente si lo comparamos con sus relatos anteriores, donde la autora ha optado siempre por puntos de vista agresivamente femeninos. Lo original aquí es lo que Del Corral llama en alguno de sus escritos el "*travestimiento narrativo*". Evidentemente, a los lectores de sus cuentos nos sorprendió, conociendo el feminismo combativo de esta autora, que hubiese decidido bucear de manera tan directa "*en la esencia de ese Otro que es lo masculino*". Pero, como manifiesta ella misma, en una entrevista concedida a *La Vanguardia*: "*Ya había experimentado con alter egos femeninos y sentía la necesidad de abrir una ventanita a ese mundo desconocido. Una novelista debe de ser capaz de meterse en la piel de cualquier personaje, sea éste mujer, perro u hombre…*". Ello requiere mucha empatía y talento para que no se resienta la verosimilitud, y el Tribunal estará de acuerdo en que la autora ha cumplido brillantemente con su designio, pues a estas alturas ya son legión los lectores que confirman que la inseguridad masculina está perfectamente plasmada. Pese a ello, conviene relativizar el logro recordando que en *El desamor* la autora se sirve del héroe macho como de un mero objetivo fotográfico para retratar a la verdadera presencia de esta novela, que es la de Mamen. Algo parecido ocurre con Miguel Delibes en *Cinco horas con Mario*, donde la óptica femenina sirve para resaltar el perfil del personaje varón. Ello, como es obvio, no le resta mérito a la novela, sino muy al contrario: al revés que en *El mundo de K*, de la que ahora hablaré, la autora se obliga a tomar distancia consigo misma, y eso dota a su relato de una inconfundible textura de ficción, a diferencia de lo que ocurre en ciertos pasajes de su segunda obra donde de tanto apegarse al yo ha

llegado a incurrir en la autobiografía. La novela, como deberíamos saber todos, es un “estriptis invertido”, donde el escritor tiene la obligación de disfrazarse lo más posible, porque renunciar a esa estrategia, para presentarse desnudo, equivale a morir como novelista […] ».

31

Ahora recuerdas cómo habías pasado toda la mañana deambulando por el centro y pensando en Karen. Habías leído todos los artículos aparecidos, incluso estuviste tentado de escribir uno, aunque al final no lo habías hecho. Igual porque el periodismo quema las ideas muy rápido y estabas reservando tus impresiones para algo más importante, te dijiste. Casi sin pensarlo, fuiste subiendo desde Cibeles hasta donde vivía tu amigo, en la calle Ibiza, a dos manzanas del Retiro. Sentados en el portal había una pareja, casi unos niños. Se habían estado magreando y se acababan de apartar, viendo que llegabas. Él estaba en chándal, lo que contenía a duras penas su erección. Unos empezaban, y otros… Sacudiste la cabeza, apartando las ideas mórbidas, y llamaste al interfono. La puerta se abrió, casi de inmediato, con un zumbido. Por dentro el portal era pequeño. Lo revestía un friso de azulejos con motivos florales, como los de los bares castizos. «¡Por aquí!». Se acababa de encender la lámpara antigua que coronaba el hueco de la escalera. Más arriba, la cabeza de Tino se asomaba desde el primer rellano. «Muy buenas», dijo, según llegabas hasta él. Hoy tenía una barba de una semana, clarita y sin tupir. Eso le endurecía algo la expresión. «No me ha dado tiempo ni a afeitarme…». A través de la puerta, abierta a sus espaldas, se proyectaba una luz diagonal sobre el rellano. «Pasa», añadió, y te dio la mano, rascándose con la otra la cara, algo disgustado. Más allá una bombilla iluminaba la entrada del apartamento, un cuchitril interior, lo único accesible en este barrio para un sueldo de profesor. En la única habitación los exámenes sin corregir se apilaban sobre la mesa redonda de la esquina, sobre las sillas, sobre el sillón de eskay raído, sobre las sábanas revueltas del sofá-cama abierto, por el suelo y hasta sobre el cubrerradiador. Tino era un desastre para todo lo que no tuviera que ver con las ideas. Las

baldas vencidas de las librerías contenían centenares de libros de crítica en doble y triple fila. Les echaste un vistazo. Había autores de todas las nacionalidades, sin orden ni concierto. Te fijaste en uno de los trabajos, de un checo, *Literatura y crítica: dialéctica entre la bella y la bestia*. A su lado había otro estudio, *La ficcionalización contemporánea del yo español*, firmado por alguien con apellido vasco. ¿Hacía falta todo eso, para entender la literatura? «Perdona el follón», Tino aprovechó para desalojar dos sillas. «Tengo un montón de cosas atrasadas que corregir además de la puñetera tesis… Y me han llamado de la editorial de Karen para que les prepare una presentación en Bellas Artes: quieren que seleccione unas lecturas morbosas y que me busque actrices que estén dispuestas a dramatizarlas por dos duros. Si se te ocurre alguien, me lo dices… Estoy que no paro», posó las gafas sobre la mesa y se restregó los ojos. Los tenía irritados del ordenador. «Trabajo como un negro, y ni siquiera estoy muy convencido de lo que estoy haciendo: me está saliendo excesivamente académico… Pero cuéntame. ¿Qué tal la novela esa en la que estás trabajando?». Tú te habías sentado al otro lado de la mesa. Te cruzaste de piernas. «La tengo abandonada…», dijiste. No habías vuelto a tocarla desde tu visita a la comisaría. «No puedo dejar de pensar en todo esto…». Tino comentó que era curioso, porque tampoco la habías conocido tanto, aunque entendía que te pudieras sentir identificado. Su tono dejaba ver que no tenía demasiadas ganas de hablar de ello. Pero tú querías saber más sobre Karen. Querías que te contara cómo había vivido su brutal exitazo, cuando habían salido juntos, y si eso podía haberla condicionado, en el caso de que se hubiera tirado. «Claro que la afectó. ¿Cómo no iba a hacerlo?», repuso Tino. «Las personas, como las plantas, necesitamos oscuridad para brotar. No hay nada tan destructivo como una exposición prematura. De todas maneras yo que tú no le daría más vueltas. Con actos así uno nunca termina de entender si ha sido por lucidez o por debilidad o por lo que sea». Él parecía dar por sentado que se hubiera tirado. «Al adentrarse en el fango de las motivaciones, todo se convierte en pura subjetividad especulativa. Ya has visto lo que se está escribiendo. Karen se ha convertido en una especie de espejo en el que cada observador se proyecta y lee lo que lleva dentro. Y lo gracioso es que nadie podrá nunca entender exactamente lo que le

ha podido pasar por la cabeza», se encogió de hombros. «Lo único incuestionable es que ha muerto joven. Por las razones que sea, ha abandonado la carrera a medio camino y nos han arrebatado en el aire la moneda sin que podamos ya saber qué cara habría salido. Podía haber terminado siendo una mediocridad lamentable, como piensan unos, o llegar a la meta, alcanzando la plenitud artística. Pero, una vez más, ya lo ves, todo queda en especulaciones en torno a un enigma sin respuesta, y es estúpido agotarse en ellas…». Estaba casi irritado, lo que no era frecuente en él. Tú lo miraste. «Aun así quiero saber lo que piensas tú. Al fin y al cabo erais íntimos y te quedaste esa noche allí, cuando me fui de la fiesta…». Tino, en eso, chasqueó la lengua. «Mira. Yo pienso lo que todos. Que era una persona desequilibrada que no pudo superar el éxito. Punto final. No le des más vueltas. Nadie la empujó». Lo dijo de tal manera que te quedaste sorprendido, y los dos guardasteis un silencio tenso. Al cabo, Tino resopló con cansancio. Se tocó la mejilla irritada y masculló que la policía se había acercado a interrogarlo. Aquella semana se había ausentado miércoles y jueves. Había tenido que acercarse al Archivo General Militar de Segovia, para una de sus clases sobre la novelística de la Guerra Civil, y a su vuelta se encontró con dos mensajes en el contestador de la Universidad. Devolvió la llamada y el viernes mismo Pacheco y Duarte se habían acercado a verlo a última hora. El manuscrito anillado de la segunda novela de Karen seguía encima de la mesa. Viendo que Pacheco reparaba en él, se lo tendió. «*Para , otro buscador de absolutos*

C. G.

», decía la dedicatoria en una letra apresurada. Tino comentó que la había conocido a través tuyo, que ella te había enviado un corto en su época, y que eso os había inspirado para escribir una continuación a cuatro manos: era mediados de los noventa, cuando parecía que todo estaba en ebullición. Salían grupos nuevos hasta debajo de las piedras y las salas de arte y ensayo no paraban de estrenar películas independientes. Karen os había presentado a su novio, Daniel Mancilla, que ya había dirigido alguna cosa y trabajaba para una televisión privada. Y Daniel, que entendía de guiones, os dejó claro que era un texto excesivamente teatral, aunque, como habíais congeniado, prometió echar una mano si

conseguíais financiación. «El proyecto nunca vio la luz. Sólo que a partir de entonces empecé a frecuentar a Karen. Daniel le aportaba la estabilidad que necesitaba para escribir, y ella andaba trabajando duro en *El desamor*. Desde el principio me aclaró que yo no le atraía físicamente, pese a que yo ni consideraba la posibilidad, visto que estaba con Daniel… Ella me iba pasando los capítulos y quedábamos en el Café Comercial, para comentarlos. Daniel le encajaba el aspecto narrativo, y yo, además de leerle fragmentos que le escamoteaba a su novio, le hacía una crítica más textual. Apuntaba defectos de sensibilidad, sugería vocabulario y descartaba efectos mediocres que manchaban el texto: anacolutos, expoliciones innecesarias y pleonasmos a los que era muy dada en sus primeras redacciones…». Después no era infrecuente que acabaran en alguna fiesta: Karen conocía a medio Madrid y tenía invitaciones para todo. Por fin, durante el concierto de un famoso grupo de *trip-hop* en la sala Revólver, se habían comido unas pastillas. Y mientras los hipnóticos ritmos de Bristol golpeaban sus sentidos agudizados por la química y el negro del grupo empezaba a cantar una versión de un clásico de los Doors, ella se le acercó a susurrarle al oído: «*Tengo unas ganas de follar que no puedo con ellas. Daniel está de viaje, ¿te vienes al apartamento o vamos a tu casa…?*».

32

«[…] La primera vez que vino fue en Semana Santa, cuando fui a recogerlo al aeropuerto. Saliendo a la autovía, se veían, a lo lejos, los tejados de Vigo, y a mi hermano le entró la morriña. Él sólo mantenía relación con su cuadrilla del verano en Marino y con algún primo que estudiaba en Madrid. Pero por muy madrileño que se sintiera, echaba en falta el verde; y al adentrarnos tierra adentro, según desaparecían las casas y la carretera bordeada de pinares y eucaliptos se hacía más sinuosa, se fue entusiasmando. Él siempre decía que, si un día volvía, sería para vivir en una casa de campo, como hemos acabado haciendo nosotros. Cuando llegamos, las niñas estaban jugando en torno a la piscina vacía, cubierta por una red. Se acercaron corriendo, mientras Hugo bajaba de casa con el pequeño en brazos, y mi hermano se revolcó con ellas por la hierba. "*Pero bueno*", les alborotó el pelo. A él se le daban bien los críos. La mayor siempre me preguntaba cuándo iba a venir. "*¡Qué grandecitas estáis las dos!*". En la solana, Hugo le enseñó los dibujos que le habían hecho para el día del padre, que los había colgado allí, y mi hermano dejó la mochila en su cuarto e insistió en ayudar con la parrilla. Luego, después de cenar se salieron al porche a fumar un cigarro, cada cual con su copa de vino. Yo prefería no escuchar y me quedé recogiendo antes de subir a acostar a los niños. A mi vuelta seguían allí sentados, se habían puesto los jerséis y empezaban a oírse los ruidos del bosque alrededor. Mi hermano le había comentado lo de mi suegro, porque Hugo estaba muy serio. "*Hugo. Me piden que hable contigo, pues qué le voy a hacer. Pero yo estoy de tu parte. Es mi hermana, tío. ¿Quién cojones te la presentó?*". Se ponía demasiado legal. Sólo querían que supiéramos que estaban muy preocupados, decía. "*Ahí tienes el billete. Ahora vosotros hacéis lo que queráis. No quiero saber más del asunto. Y*

saca otra botella de este Albariño, que está de muerte". Pero no venía sólo para eso. Y mientras Hugo subía a calmar al pequeño, que lo llamaba, me entró en la cocina. Nosotros nos llevábamos bien, y eso que, desde que murió padre, nunca se ha preocupado por mí. Pero era tan egoísta, que no me extrañó lo que me vino a decir. Al volver Hugo, yo terminaba de aclarar los vasos. No se me da bien disimular, así que me sequé las manos y le di la espalda. Luego subí a acostarme, y ellos se acercaron a tomar una copa a Pontearras, el pueblo más cercano. A mí no me hacía ninguna gracia que volvieran borrachos y de madrugada por aquellas carreteruchas. Además, cuando me quedo sola, siempre me entra un miedo cerval a que se presente mi ex marido. Al final pasé la noche dando vueltas en la cama, y para cuando oí el motor del Rover, ya cantaba algún gallo. Mi hermano tenía el cuerpo más acostumbrado y no venía tan mal: se había agachado a acariciar al gato del vecino, que se le acercaba ronroneando. Pero Hugo traía muy mala cara y la camisa rasgada de alguna pelea. Al levantar la cabeza, me vio en bata y cruzada de brazos arriba de la escalera. Después, en la habitación, mientras se duchaba, discutimos lo del billete. Y al irse, mi hermano, que seguía levantado, empezó con sus zalamerías. Pero yo le dejé bien claro que las cosas habían cambiado. Le dije que se anduviera con ojo, que si se enteraba Hugo no le iba a gustar nada y que si veía a Fouciño era capaz de descerrajarle un tiro. […]»

33

«¿Y quién no lo ha hecho?», repuso Tino con tristeza. «Se ha debido de acostar con medio Madrid. Ella pensaba que dominaba al mundo cuando no era más que una marioneta sofisticada enredada entre tanto hilo. Se olvidaba de que una persona es más compleja y menos manipulable que un personaje. Y luego te podía telefonear veinte veces por día. O más, si no le hacías caso. Era muy agobiante, cuando se ponía, y al final tuve que hacerme una escapada a París», dijo. «Y a mi vuelta me llamó, más normal, aunque ya empezaba con eso de que iba a suicidarse. Pero yo había tenido una novia parisina que me salía con lo mismo, y había llegado a la conclusión de que los suicidas que avisan no suelen ser los que se comen todas las pastillas del bote. Se lo dije, y no volvió a repetir el numerito. Cuando nos llamábamos, ya después, me hablaba de cómo iba negociando con la editorial, de las fiestas, de gente que iba conociendo, de sus problemas con Daniel y Ferrater. Pero con mucha naturalidad, sin dramas. Y cuando ganó el premio, me alegré muchísimo por ella; aunque no esperaba que la afectara así, al menos en lo literario. Con todas esas colaboraciones en prensa había ido desarrollando un oficio de periodista que corría el riesgo de ahogar al verdadero escritor. En mi opinión, se estaba interesando demasiado por la realidad. Y empezaba a escribir para los "guays", los modernillos, toda esa gente medio alternativa y muy "in" que frecuentaba y que le aplaudía todo lo que hacía… Su primera novela era todavía muy fresca y al mismo tiempo muy trabajada. Pero después no quiso que nadie la ayudara, y así ha salido *El mundo de K*. Es demasiado autobiográfica y excesivamente caótica: ha querido meter todas sus experiencias de estos últimos años y atrapar el *Zeit-geist*, el espíritu de los tiempos», aclaró, viendo la cara de Pacheco. «Que igual lo ha conseguido, no

digo que no, pero a expensas del arte. Los de Espasa tienen a la imprenta trabajando a toda pastilla: quieren distribuirla cuanto antes, para que esté en los puntos de venta la próxima semana. A vosotros os puede interesar, porque ha metido su vida entera. Casi ni se ha molestado en cambiar los nombres…». «Llevamos unos días intentando localizar a Alfonso Velasco y no contesta al teléfono. ¿Tú lo conocías?». «Nos hemos cruzado alguna vez. Es un realizador de gore, no sé mucho más. Francamente, no puedo decir nada que no os pueda contar cualquiera que la haya frecuentado un poco…». Duarte, en eso, alzó la vista: «Tú estuviste en la fiesta del domingo, ¿verdad?». «Claro. Karen daba fiestas muy majas, sí…». «¿Y con quién anduviste?». «Ya sabéis cómo son estas fiestas. Con todos y con ninguno». «¿Y a ella, cómo la encontraste de ánimo?», Pacheco se había apoyado sobre el alféizar y echaba una ojeada distraída fuera. «Pues bien. Pero casi no hablamos… Andaba muy liada. Iba de unos a otros». «¿La viste discutir con alguien?». «No». «¿Y no se te olvida nada que debamos saber…?». «Bueno. Hubo un momento en el que se me acercó. Quería que la besara como si estuviésemos enrollados. Para librarse de su editor, que la perseguía por la fiesta». Ferrater permanecía a unos pasos, con la gabardina bajo el brazo. Momentos después daba media vuelta y se marchaba. «¿Y luego?». Karen, muy espitosa, lo había empujado dentro de su alcoba. Lo echó encima de la cama y empezó a quitarle la camiseta. El vocerío y la música, al otro lado del tabique, se embarullaban con el ruido machacón de los tambores. «¡Kareeen!», llamó una voz aguda. «¡Te necesito para grabar otra secuencia!». «*No te vayas muy lejos*», le había dicho, pasándole una mano insinuante por el pecho lampiño. «Después no volvimos a coincidir hasta el final de la fiesta, cuando subió una vecina a quejarse del ruido. Quería llamar a la policía. Así que nos bajamos a tomar unas copas en una terraza, estuvimos con Bololoco y Ramiro, el presentador de *Noches sin fin*. Y como a las tres, que empezaban a cerrar los bares, nos fuimos andando hasta el Rastafari, en Hortaleza». «¿Todos…?». «Sólo Karen y yo». «¿Y hasta qué hora os quedasteis?». «Hasta las seis y media o siete…». «¿Seguíais solos?». «Sí». «¿Y la acompañaste de vuelta a casa?». «Sí…». «¿Y subiste con ella…?». «La despedí en el portal…». «¿Seguro? No te hagas el estrecho». «Seguro», repitió Tino. «¿A qué hora la dejaste?». «Como tarde, a las siete y cuarto». «¿Y te cruzaste

con alguien?». «No». «¿Seguro que no te cruzaste con nadie?», insistió Duarte. «Segurísimo». Ellos ya tenían los resultados positivos de las pruebas. Y Karen no podía saberlo. Yo al menos nunca he creído que estuviera tan rayada. Pero me quedé a cuadros. De casi dos meses, ¿te das cuenta? Y a saber de quién, claro.

34

«[…] Era para que se fuera a Buenos Aires. El padre de Hugo había conseguido localizar a mi hermano. Habían quedado en una cafetería, junto a su oficina, donde se despachó a su gusto. No tenía nada contra mí personalmente, pero tres hijos de otro le parecían demasiados. Decía que Hugo, con su sueldo, no podría ni siquiera pagarles el colegio; y que las mayores ya tienen edad para acordarse de su padre, que además es un drogadicto, no lo escondo; pero como muchos de esos amigotes que tenía su hijo en Madrid, con camisas de Ralph Lauren y cuarenta masters, que tan bien le caen. Hugo ya le había explicado que somos mayorcitos y que tiene que dejar de meterse en nuestros asuntos. Pero a mi suegro ya se le puede explicar mil veces que yo siempre le he dejado la puerta abierta a Hugo y que nunca lo he forzado, que él sigue viéndome como una náufraga agarrada a la balsa económica de su niño. Soy la bruja gallega que lo ha alejado de su familia para que hipoteque conmigo su futuro. Y mi hermano, que nunca me ha defendido, le seguiría la corriente. Él le caía bien a mi suegro, porque era muy espabilado, y lo habría invitado a algún pase de sus cortos. Sabía ganárselo con sus zalamerías, mientras que yo nunca he sabido dar coba. La única vez que Hugo me llevó a ver a sus padres, fuimos a un restaurante muy chic, en un centro comercial, y yo ya ni sabía cómo sujetar los cubiertos: me manché la pechera con las salsas y me trababa al hablar. Su madre, fina como es, y enjoyada como iba, no conseguía esconder su disgusto, y Hugo, a la vuelta, estaba furioso. Pero yo soy como soy, ya le había advertido, y a la gente que me hace sentir mal prefiero no tratarla. Pero en fin. Mi suegro pretendía que Hugo se convenciera de que estábamos haciendo una mamarrachada. Y había comprado un billete para que se fuera a Argentina y se quedara una temporada en la quinta de su abuelo, que acababa de morir, allí, en medio de la Pampa, mientras se

arreglaban los asuntos de la herencia. […]»

35

«[…] *Mamen parecía incapaz de contener aquel géiser de palabras. Y Gabriel había tenido que escuchar de su propia boca cómo se había desvivido por Carrasco, y cómo nunca antes se había involucrado tanto, decía, sin darse cuenta, en su egoísmo absoluto, de a quién se lo contaba. Ella había creído con todas sus fuerzas en el talento creativo de Carrasco. Había hecho lo imposible por abrirle puertas. Y él había respondido escupiendo, como un niño mimado, sobre las oportunidades que le presentaban en bandeja. Enconchándose, con una soberbia injustificada, en el convencimiento de su propia genialidad. La culminación de tantos esfuerzos había sido el contacto con una agente. Mamen le había hablado maravillas de sus cortos, y al cabo de unas semanas la gestión dio sus frutos. Consiguieron una entrevista con un importante productor nacional, y Mamen se tomó la tarde libre para anunciárselo en persona. Carrasco, por aquel entonces, andaba iniciando un rodaje en los alrededores de Colmenar. Y Mamen se había acercado, acompañada por la hermana lesbiana y tuerta de uno de los actores, que vivía en el pueblo. Cuando llegaron, acababan de terminar la toma. Carrasco compartía un botellón con el técnico de sonido y su nuevo actor fetiche, un iluminado obsesionado con la interpretación de De Niro en* Toro Salvaje*, al que había conocido una noche de marcha por Malasaña. Se había girado, con un gesto de fastidio, y había hecho una de sus típicas gracias con el revolver de atrezo: casi la había dejado sorda. No la había escuchado, ni se había dado cuenta de la importancia de aquello. La cita era para unos días después, a las doce de la mañana, y Mamen se pasó el día*

intentando localizarlo. Por fin recibió un telefonazo de la agente explicándole que acababa de hablar con el productor y que Carrasco había llegado tarde y muy puesto a la cita: "Le ha causado una pésima impresión. Me ha dicho que no le haga perder el tiempo con gente así. Entiendo que te duela, nena, pero estas cosas mejor una vez colorado que ciento amarillo: tu chico es un impresentable, y yo en tu lugar no perdería más tiempo con él, cariño" […]».

36

Desde Cangas se divisaba la ría apacible, al pie del accidentado paisaje. Las mejilloneras aparecían formando hilera, con ese aspecto precario de improvisadas balsas; y en la orilla de enfrente, las fachadas reflejaban la luz como espejos, punteando de blanco la colina por donde se desmigaban los arrabales de la ciudad. Haber nacido allí no significaba nada, absolutamente nada. Velasco se lo habría repetido mil veces. Pero ya podían correr los años, que aquella visión siempre le removía algo en las tripas. Cuando llegaron hasta el puente que cruzaba la ría, pararon delante de la barrera, y el Rata pagó refunfuñando las cuatro perras que costaba el peaje. «Ya podías haber avisado de que andabas sin blanca», gruñó. El Rata debía su apodo a que a su edad seguía sin rebasar el metro cincuenta, por haber pastilleado tanto en pleno crecimiento, lo que no había hecho sino incrementar su ya de por sí proverbial mala leche. Velasco seguía en contacto con él, más que otra cosa, por una afición compartida por ciertas sustancias, y cada vez que volvía solían correrse juntos alguna que otra juerga. Cuando había pasado a recogerlo, a media mañana, se lo había encontrado en la playa a la entrada de Marino, cubo en mano y con botas de caucho, rastrillando la arena mojada junto con otros mariscadores en busca de almejas y berberechos. La estampa tuvo que traerle recuerdos de otra época, de cuando veraneaba allí con su hermana y la familia de su padre. Parecía que hubiesen pasado siglos, pensaría, y tras ayudar a meter sus cosas en el maletero, lo acompañó a cambiarse en la casucha destartalada donde vivía, con su madre, a la entrada del pueblo. Después el Rata se pasó el camino berreando canciones: a ratos se cubría la cabeza con una camiseta, como los futbolistas, y se agitaba al compás de los redobles de uno de esos grupos radicales vascos que le gustaban. Y haciendo un alto, para fumarse unos porros, en una playa encarada con Vigo, al norte de Cangas, habían

recordado los viejos tiempos con una cuadrilla de la que sólo quedaban ellos; porque Luisiño y Fito habían palmado de sobredosis, Toño en accidente de coche y los demás o estaban casados o habían emigrado. «*Sólo los subnormales se quedan en esos pueblos*», decía uno de los protagonistas de sus cortos. Ahora pasaban las barriadas periféricas y, tras cruzar la vía férrea, llegaban a la rotonda de Rosalía de Castro y a Isaac Peral. En un desnivel a mano derecha, se veían las oficinas de *La voz de Galicia*, donde le había sacado una entrevista un amigo de Karen tras el estreno de su último corto, en una sala medio vacía. Y por Arenal, las grúas de los astilleros descollaban sobre las vallas publicitarias y sobre la retahíla de plátanos y palmeras de la acera. Ese día, el cielo estaba despejado y los termómetros del puerto rondaban los veinticinco. Tras meter el Ford Fiesta en el aparcamiento del muelle, pasaron junto a una cafetería, en el puerto, justo cuando arribaba a la dársena el ferry que enlaza Vigo con Moaña. En la otra acera, el viento agitaba las banderas a la entrada del hotel Bahía y las gaviotas sobrevolaban los tejados. Por una de las callejuelas que subían al centro, varios africanos exponían, en sus mantas, su mercancía de compactos piratas. «Mira el negraco, qué andará fisgando», dijo, en voz alta, el Rata. «Vuelve a África, mono. Qué tíos. Podíamos estar a cuarenta y seguirían con sus gorritos de lana. ¿Se puede saber qué miras, chimpancé…?». Velasco se rió. Conocía las marisquerías de la zona y aceleró el paso: uno de sus primos trabajaba por allí y no era plan encontrárselo. Habían quedado en una taberna, en pleno casco viejo, y, nada más entrar, se entretuvo, Ribeiro en mano, en burlarse de aquellos escritorzuelos con los que su «vaquita lechera», como la llamaba, pasaba la semana, en Iria Flavia. «Cómo eres, Velasquiño…», el Rata no dejaba de reírle las gracias. Al cabo, se abrió la puerta del local y apareció la esmirriada silueta de Fouciño. Traía una estrafalaria camisa de colores por fuera de los pantalones, su sempiterna chaqueta de cuero negro y esos náuticos desgastados que calzaba sin calcetines. Venía sin afeitar y con la pelambrera revuelta, como de costumbre. Dominaban su rostro anguloso unos ojos estriados, que nunca sonreían. Dentro de la jerarquía del vicio, su superioridad era manifiesta, y se percibía en cada uno de sus gestos, al encararse con ellos. «Un tinto, guapa», ordenó, con su habitual chulería, a la niña

que ayudaba a su padre en la barra. «Ahora veréis a las mías», se giró hacia sus compinches, sonriendo con picardía. «La mayor está potente… Cuando crezca un poquito más, huy ésa. Va a hacer estragos entre los chavaliños…». Ya lo habían pactado todo en Semana Santa. «De acuerdo, pero sólo si hay billetes por delante», había dicho Fouciño, bajando al bar de la esquina y encendiéndose, entre toses, un Ducados. Velasco tenía una parte del dinero, pero su ex cuñado quería más. Y cuando le recordó los contactos que le había conseguido en Madrid sus ojos brillaron con resentimiento. «Pero también le presentaste mi mujer a ese…», se había pulido el tinto de un trago y había posado el vaso con fuerza en la barra. «En una de éstas le arranco la cabeza. No sé a qué estoy esperando». Fouciño había pasado cinco años en la cárcel por acuchillar a dos hombres en una reyerta. Allí había conocido a su actual patrón, y tras su salida había ido cada vez a peor, hasta que su mujer lo dejó y se volvió a Marino, a vivir con la abuela. Fue cuando ella empezó a salir con Hugo, a quien conocía a través de su hermano, algo que Fouciño no olvidaba. Pero los negocios eran los negocios. «Que conste que lo hago por ti, y sólo por esta vez», dijo, bajando la voz. Su aliento alcoholizado le acarició la oreja. «Va a entrar un cargamento pronto. Una fariña de puta madre…».

37

Como los servicios de limpieza seguían de huelga, el Metro parecía una pocilga. Las papeleras rebosaban de periódicos, cajetillas de tabaco, latas y más porquería que el trasiego de gente iba empujando contra las paredes. Duarte tenía la impresión de encontrarse en un mundo a lo Mad Max. Según llegaban al andén apareció un tren, abriendo ruidosamente sus puertas. Durante el trayecto, agarrados a la barra, se fijaron en una chica con gafitas, que viajaba leyendo la novela de Karen, y no era la única. Estaban a miércoles de la semana después de su sonada defenestración. Duarte se había pasado el fin de semana visitando pisos con su mujer. Luego el lunes y el martes habían llamado como una decena de veces a la agente, que estaba más liada que un ministro. Pero al final habían conseguido quedar. Como su oficina caía cerca del Rastro, salieron por Tirso de Molina, junto a donde los domingos se ponían unos tenderetes de panfletos subversivos. Unos metros más allá, por Duque de Rivas, una sala X proyectaba *Ellas las prefieren grandes* y *Las devorahombres*. Y al final de la manzana, en la otra acera, había una tienda de mayoristas, «Confecciones XING DA». Definitivamente, la ciudad está llena de eso. Sexo e inmigrantes, pensó Duarte, según doblaban la esquina. Cascorro entrediario era una plaza apacible y despejada, casi irreconocible para quien sólo viniera al Rastro, y Maldonadas era de las primeras calles. «¿Lo ves? Podíamos haber salido en la Latina». Pacheco hizo gesto de que daba igual y paró ante el telefonillo. Le contestó una voz joven, y se presentó: «Somos de la policía. Hemos hablado esta mañana». Instantes después, en el rellano del primero los esperaba una chica de aspecto eficiente, delgadísima y rapada, que los hizo pasar a una salita llena de fotos firmadas de escritores conocidos. Había un retrato de Karen, en blanco y negro, con la melena alisada y un

vestido que le dejaba al descubierto el hombro derecho. Bajo el flequillo, que le cubría la mitad de la frente, miraba a la cámara con una sonrisa juguetona. «*Para que el mundo me recuerde siempre*», decía la dedicatoria. Duarte se giró, viendo que volvía la chica. A continuación siguieron su figura andrógina por una antesala con librerías repletas de obras de autores de la agencia. Más allá, la puerta semientornada daba a un despacho con pocos muebles donde el escritorio parecía un poco perdido en medio de la habitación. Al otro lado, una voluminosa mujer se levantó para tenderles, por encima de la mesa, una mano ensortijada. Su blusón, amplio y por fuera del pantalón, disimulaba unas redondeces no desagradables a la vista. «Sentaos, por favor», les indicó dos sillas. Barrendero, que rondaba la cincuentena, tenía el pelo corto, de un gris plateado, rasgos regulares, la voz bien modulada y unos ojos inteligentes y vivarachos. Su presencia entera denotaba un carácter enérgico. En esos momentos atravesaba un momento dulce gracias a que un puñado de best-sellers le había granjeado una cuota considerable de mercado. Recientemente, hasta la propia Carina Martinell, la agente más poderosa, había hablado mal de ella en una cena, lo cual, entre sus colegas, equivalía a una consagración en toda regla. «No puedo dedicaros mucho tiempo», hizo un gesto nervioso con la mano. «¿De qué queréis hablar exactamente…?». Tras escucharlos con impaciencia, explicó que sus relaciones con Karen siempre habían sido estupendas. «Fue uno de mis mejores fichajes. En el último Frankfurt los editores extranjeros me arrancaban su novela de las manos. A la literatura española le faltaba su *angry young woman*», pronunció en buen inglés. «Es una pena que se tomara tan a pecho el personaje, porque se estaba convirtiendo en un fenómeno…». Cuando le preguntaron cómo la había conocido, esbozó una sonrisa profesional: «Karen sabía moverse. Nos presentó un amigo común, después de un acto en la Fnac; y luego me trajo unos cuentos que le vendí. Yo tengo ojo para los noveles y no suelo dejar pasar oportunidades así…». Ella era muy consciente de que los cachorros de hoy serían las vacas sagradas de mañana y los cuidaba con el mismo mimo que pondría un jardinero en sus plantas más exóticas. Mientras hablaba sus dedos se movían, repiqueteando sobre el tablero de la mesa. «Los escritores nos necesitan», siguió. «Son como niños, seres desvalidos.

Están ahí arriba, en las nubecitas…», su mano revoloteó en el aire. «Gacelitas, pasto propicio para los editores. Pero afortunadamente para ellos, existe otra raza de leones que se dedica a defenderlos… Perdonad la imagen», se rió. «Esto de la literatura resulta contagioso…». Sin embargo Karen era otra cosa. «Hay escritores que se quedan en casa, quejándose de que no los dejas trabajar cada vez que llamas: son los que luego te lloran, cuando las ventas empiezan a tocar fondo… Pero con Karen no. Podías contar con ella para dar la cara y fajarse con la prensa en cualquier momento. Era una auténtica partener. Su segunda novela ha sido una de mis operaciones más provechosas. Se la vendí a Espasa, una editorial fantástica: están lanzando una nueva línea de narrativa y les coloco a todos mis autores por un dineral. *El mundo de K* será otro bombazo seguro. Ferrater quiso comprármela por dos duros jugando la carta de la pequeña editorial que arropa al autor y tal y cual. Pero contra la oferta de Espasa no tenía nada que hacer. Pobre hombre: su esposa se viene a Madrid contratada por la competencia, para alejarse de él, y se ha topado aquí con el mismo problema que quería dejar en Barcelona. Ay, el destino tiene estas cosas…», le salió un brillo malicioso en los ojos. «¿Sabía que Ferrater y ella habían terminado?». «¿De veras? No me extraña. Tenía posición y mundo. Pero no era el tipo de Karen. No habría sido capaz de domesticarla…». «¿Y tiene idea de cómo se lo tomó su señora?». «No la conozco lo suficiente, pero no me parece que sea plato de gusto el que te pongan los cuernos con una niñata, ¿no os parece…? Por otro lado, se libra de un peso muerto. Montse tiene por delante un gran futuro…», Barrendero ojeó su reloj de pulsera. Su piel era bonita y tersa, como la de las mujeres carnosas. Viendo que Duarte la miraba, le regaló, sin dejar de pestañear, una media sonrisa coqueta. «¿Usted, entonces, representaba a Alfonso Velasco?». «Sólo durante unas semanas, y para hacerle un favor a Karen. Fue un fichaje relámpago», se rió la agente. «Sus cortos eran tan buenos como los que se estaban viendo por ahí. Pero me dejó con el culo al aire una vez y tuve que decirle a Karen que no volviera a hacerme perder el tiempo. De todas maneras no se las apañaba mal, para lo desastroso que era: sigue funcionando, sobre todo en el extranjero y gracias a las relaciones que le iba consiguiendo Karen. Dicen que en Miami gusta mucho…». «¿Y qué

piensa de la relación que mantenía con Del Corral?». «Karen estaba coladita por él. En el fondo era una romántica, sólo que de su tiempo… Hace siglo y medio las mujeres no correspondidas montaban el numerito de la Dama de las Camelias. Y hoy saltan de cama en cama, lo que viene a ser casi lo mismo. No hay nada nuevo bajo el sol, ¿verdad…?». Duarte no estaba del todo de acuerdo, pero no era el momento de disquisiciones. «Y económicamente…». «Ella andaba muy bien. Y eso pese a que él la chuleaba lo que podía y más. No me extraña que Ferrater lo aborreciera». «*Juana, descuéntamelo de la próxima liquidación*», le había dicho ella, sentada en la misma silla que ahora ocupaba Pacheco. «*Me voy una temporada a Miami. Velasco conoce a un productor que nos deja su piso. Necesito recargar pilas para la promoción*». «No quería que diese sus señas a nadie. A mí me parecía bien, siempre que estuviese de vuelta y en forma para el lanzamiento del libro…». Barrendero se encogió de hombros. En eso sonó el interfono sobre la mesa y se inclinó para pulsar un botón. «Dile que espere un momento, Raquel», se encaró de nuevo con los policías. «Este Roy es estupendo. Un chico guapísimo. Vendo sus libros como churros. Ahora, si no tenéis más preguntas…». «Por el momento no», dijo Pacheco, poniéndose en pie. Juana Barrendero los acompañó hasta la puerta. En el antedespacho un melenudo enfundado en su chupa de motorista examinaba su propia foto en la pared: un plano tres cuartos con la melena cubriéndole media cara. En la otra, sobre el bigote recortado, un ojo se clavaba en el espectador cual boca de pistola. Nada más verlo, la rolliza señora lo acogió con los brazos abiertos. «¡Roy!», exclamó encantada.

38

«[…] Porque no se fiaba ni un pelo de Fouciño. Por eso se trajo a uno de la cuadrilla del pueblo de mi abuela. Eran todos pescadores y algunos muy brutos, aunque por lo general buena gente. A mi hermano le gustaba rodearse de amigos así, a los que podía manipular. Yo al Rata lo conocía de pequeño, cuando era monaguillo con mi tío. Tenía una oreja medio arrancada desde que el párroco lo cazó escupiendo en el vino y se lo llevó a rastras de un extremo a otro del pueblo. Mi hermano me había llamado la noche anterior desde Santiago. Estaba con su novia la escritora en un congreso y me previno que llegarían en un coche alquilado. Y al poco apareció mi ex marido, en su Kadett lleno de bollos. A esas horas las mayores acababan de volver del colegio. Una de ellas lo vio desde la solana: "¡Es papá!". Fouciño les hizo un gesto, sin bajarse, en tanto que mi hermano, que tenía llaves, le levantaba el portón del garaje. Yo me había dejado convencer, pero me acerqué, con el pequeño en brazos, y les previne, muy seria, que era la última vez que hacían allí sus chanchullos. Fouciño, que ni había mirado a su hijo, ojeaba con desprecio las herramientas colgadas por el garaje. Al fondo, sobre una mesa de carpintero llena de tarritos de cristal con ferralla, había un pasamanos de pino que Hugo andaba terminando de lijar. "Y tú, ¿qué?", posó en mí una mirada, como esa que te echan a veces los hombres, que parece que te desnudan. "¿Hasta cuándo piensas quedarte con ese puerco madrileño?". Escupió por el colmillo en el suelo, lo que me horroriza, pero no dije nada, porque venía con las pupilas dilatadas y con toda la pinta de estar pinchado. Quería el dinero, y mi hermano contestó que primero enseñase el material. "Siempre tan desconfiado, ¿eh?". Fouciño abrió el maletero: junto a la rueda de repuesto y unas redes que llevaba siempre, había una roca de un tamaño considerable envuelta en papel de periódico color salmón.

Fouciño deshizo el paquete y rajó el plástico con su navaja automática. “De lo mejorcito que entra en estos momentos. Los cambalaches que se trae mi jefe con los turcos. Pruébala, anda”, se lamió el dedo, restregándoselo por las encías. Yo me salí, porque las niñas empezaban a aporrear la puerta, cada vez más excitadas. Y me las llevé a casa, diciéndoles que su padre estaba ocupado, que luego iría. Momentos después oí que llegaba el Rover. “¿Qué coño haces aquí?”, exclamó Hugo, viendo a Fouciño por la puerta del garaje. Se había precipitado fuera del coche, remangándose la camisa. “Te dije que no volvieras a pisar mi casa”. Sacó el gato del maletero y se acercó amagando un golpe. Y Fouciño se encogió, como los perros cuando su amo levanta la mano. “¡Que son mis filias, maricón!”. Yo me agaché y abracé a mis hijas, para que no los vieran. “¿No te basta con el daño que les has hecho, pedazo animal…?”. Fouciño retrocedía de espaldas, pisando mis hortensias: tropezó con un triciclo y estuvo a punto de caer. A todo esto el Rata y mi hermano los miraban desde el garaje, sin mover ni un dedo. Y las niñas lloraban asustadas: “¡Mamá…!”. Al oírlas, Hugo giró la cabeza y se vino para empujarnos hacia la casa. “Meteos dentro”. Fue un error, porque Fouciño, recuperando el temple, aprovechó que le daba la espalda para cargar con un alarido. “¡Hugo!”, exclamé, viendo que llevaba la navaja abierta en la mano. Por suerte, Hugo consiguió esquivar la cuchillada y, según se giraba, le dio con el gato. Y cuando Fouciño cayó atontado al suelo, le retorció la muñeca, hasta que soltó el pincho. “¡Para, que lo vas a matar!”, grité, viendo que empezó a patearlo. Pero a Hugo ya se le había subido la sangre a la cabeza. Tenía la camisa por fuera del pantalón, manchada de sangre. Me apartó, con ojos de loco, y agarró a Fouciño para arrastrarlo hasta el garaje y empujarlo dentro del Kadett. Fouciño arrancó, sin pensárselo dos veces, y salió marcha atrás, con las narices chorreando. “Tú, esta noche te quiero ver en mi casa con el dinero…”, amenazó a mi hermano, por la ventanilla abierta. Y en cuanto su Kadett desapareció por el primer recodo de la carretera, Hugo se encaró con mi hermano y con el Rata: “Y vosotros, ahora me vais a explicar qué cojones hacíais aquí con ése.” […]»

39

Poco antes de las tres, Serrano los acercó en un coche K a Plaza de Castilla, y los dejó delante de los juzgados. «Date una vuelta y estate dentro de media hora», le dijo Duarte, según salían. A la entrada había una pareja de guardiaciviles, un vendedor de lotería y varios corros de gitanos que eran ya un componente cotidiano del paisaje judicial. Pasaron por la puerta de los profesionales y, una vez dentro, subieron en ascensor hasta la sexta planta. A esas horas todavía había un abogado entogado junto a un grupo de familiares, ante el juzgado cuarenta y uno. El de la Manquillo estaba al final del pasillo. Cuando se asomaron al despacho de los administrativos, una oficiala, una chica muy puesta y algo repipi, les dijo que «su señoría» andaba interrogando a un detenido, abajo, en calabozos, y que no sabía cuánto tardaría. Instantes después, como para contradecirla, aparecía por el pasillo la pelirroja. La seguían de cerca una pareja de letrados y un quinqui esposado con la pernera arremangada enseñando una herida de arma blanca. La jueza, ese día, iba informal: camiseta rojiblanca, pantalones encarnados y zapatos a juego. El efecto general, vagamente ridículo, lo redondeaban las gafas, demasiado grandes, el maquillaje azul de los ojos y una boca con el labio superior pintado por fuera, corrigiendo lo que debía de considerar un defecto. Hoy lleva pinturas de guerra, pensó Duarte. Ella les indicó que esperaran, y desde el pasillo la oyeron leyendo en un tono regañón sus derechos al detenido. «Bla bla bla», se burló Pacheco. Al cabo, se asomó para que un agente se llevase al preso, que salió mascullando. «Y ahora vosotros, venga». Pacheco, el último en pasar, cerró a sus espaldas. Dentro, los abogados seguían discutiendo. «Yo habría insistido en que el fiscal dictase una orden de alejamiento», decía el hombre en un tono sensato. «Sería mejor para la mujer…». «Lo he pensado. Pero es que Sanz se ha ido a comer», indicó la Manquillo. «Podíamos haber

empezado por ahí, y no hacernos perder el tiempo», el abogado se puso en pie, con un suspiro. «¿Vienes, Gutiérrez…?». Su compañera se levantó, estirando unas piernas larguísimas, y pasó junto a los policías con movimientos de jirafa linfática. «Suerte», musitó antes de salir. Sobre la mesa había un cuchillo oxidado, de un par de palmos. La jueza lo metió en un sobre, empujándolo con su estilográfica. A continuación se los encaró con esa mirada inquisitiva que tan bien conocían en los juzgados. Por la ventana, a sus espaldas, se veía el extremo sur de la plaza de Castilla, con el depósito de agua del Canal de Isabel II, en la otra acera. Una puerta entreabierta, a su derecha, daba a la desierta Sala de Vistas. La Manquillo se cruzó de brazos y apoyó las posaderas en la mesa. Cuando le enseñaron la solicitud de orden de registro, la examinó rápidamente. «Jolines…», exclamó, mirando la hora. Le tenía aversión a las palabras malsonantes. «No ha habido ni un solo día de esta semana que haya comido antes de las cuatro…». Era una queja retórica, porque el trabajo era su pasión, su droga dura. Enseguida cogió el teléfono: «A ver, Lola. Te va a tocar redactar un auto. Vente. Y tráete al Secretario, haz el favor…». Media hora después volvían a entrar en el edificio de Santa Bárbara. Los acompañaban el Secretario Judicial y, al poco, dos vecinas del bajo que subieron con ellos como testigos. Todo andaba bastante silencioso. Pero Duarte tuvo la impresión de oír algo dentro e hizo gesto a los demás de que callaran. Mientras llamaba con los nudillos, Pacheco se echó a un lado, desenfundando, y los demás quedaron a una distancia. Con la primera carga, la puerta cedió e irrumpieron en un cuartucho a oscuras donde alguien permanecía sentado de espaldas a la ventana entreabierta en medio de un característico olor a huevos podridos. Duarte palpó la pared, a su derecha. El interruptor no funcionaba y contuvo la respiración mientras atravesaba la pieza para subir unas destartaladas persianas. «Hostias», musitó Pacheco. El hombre tenía las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta por una bolsa de plástico transparente caída a un lado. Las moscas zumbaban a su alrededor; y el rostro, irreconocible, tenía los ojos globulosos velados por una telilla de moho. La cuerda le había lacerado el cuello; y el torso, descamisado y amarillento, estaba llena de magulladuras. Una bota sobre el parqué yacía junto a un pie descalzo, hinchado y

putrefacto, al que le habían arrancado algunas uñas. Más allá, sobre una mesa polvorienta se veían restos de comida, una cuchara chamuscada, un estuche escolar abierto, un móvil y un billete de avión. Pacheco salió al pasillo y se asomó a las habitaciones, que estaban peladas. En una quedaba una cama con las sábanas revueltas; en otra, un polvoriento colchón, de canto y apoyado contra la pared. En eso oyeron una exclamación asustada de las vecinas. Se precipitaron de vuelta al rellano y llegaron a tiempo de ver, por el hueco de la escalera, una mano deslizándose por el pasamanos, un par de pisos más abajo. Bajaron tras él y, al pisar la calle, vieron al fugitivo torciendo la esquina. Pacheco, que iba delante, estuvo a punto de atropellar a una mujer: trató de evitarla, tropezó y, al caer, se dio de morros contra un bolardo. Duarte siguió corriendo y cruzó la calle en pos del chaval. Ya pensaba que lo perdía, cuando, casi a la altura de Gran Vía, apareció por la última bocacalle un Seat Ibiza negro, dando un frenazo: «¡Paka!». El chico salió proyectado por encima del capó, pero siguió, arrastrando la pierna, y se giró con una mirada de animal acorralado. Duarte, casi exhausto, lo alcanzó. «¡Ven aquí, tipo listo!». Lo empujó contra el muro y lo cacheó, recuperando el aliento, entre toses. Tras ponerle los grillos, se lo llevó, a empellones, por la misma calle. De vuelta en el piso, Pacheco no dejaba de lamentarse: «Casi me dejo los dientes por culpa de este… cabrón», miró al detenido con ojos enrojecidos. «Ya puedes cantar la gallina, o te dejo peor que al amigo…». Habían hecho salir a los demás y lo habían sentado en una silla, a un metro del fiambre. El vecino ya no tenía la chulería del primer día. Bajo la descolorida camiseta de Iron Maiden, su torso se agitaba con cada jadeo. Unos mechones pringosos le cubrían la frente estrecha y perlada de sudor. Los ojos saltones, con mirada paranoica, parecían salírsele de las órbitas. El olor los obligaba a respirar por la boca; y los pósteres de películas gore parecían una broma comparados con lo de la silla. «Estás metido en un buen lío, o sea que contesta, y rápido». «Sólo quería sacarme unos taleguitos, ¡joder!». Duarte bajó la vista: junto al sofá raído, en un mueblecito, quedaban los raros vídeos caseros y mal etiquetados que no habían encontrado salida en el Rastro. «Y para robarle el videocasete, le has puesto la capucha. No me digas más…». «¡Que yo no he sido! ¡Lo juro por Dios! ¡Oí algo, pero siempre estaba con

esas películas y toda esa gente chillando!, ¿cómo cojones iba a saberlo…?». «Aclárate, que no nos estamos enterando de nada». Pacheco tenía los labios entumecidos por el golpe y le costaba hablar. Prefería no acercarse demasiado, no fuera que se le escapase la mano. «Haz el favor de tranquilizarte», dijo Duarte, sujetándose el pañuelo sobre la boca. «Piénsatelo bien, y después nos lo cuentas. A menos que quieras pasar la noche en el calabozo, claro». «¡Si os lo estoy diciendo, jobar! ¡Yo creía que era uno de sus vídeos! Y cuando los vi salir…». «¿A quiénes?». «Y yo qué cojones sé», el muchacho dirigía miradas asustadas a su alrededor. «Descríbelos». «Eran dos, pero no alcancé a verlos bien. Uno tenía acento gallego, y el otro suramericano…». «Sigue». «¡No hay más! Yo pensaba que era lo de siempre, las malditas películas. Fui a protestar, pero estos dos ya bajaban… Y la puerta estaba mal cerrada…». «Así que echaste una ojeada, y viste al amigo, aquí presente. ¿Y no se te ocurrió llamar a la policía? ¿Ni contárnoslo cuando vinimos? Mira que te dejé hasta la tarjeta…». «Pensé…». «Pensaste que podías hacer un negociete», musitó Pacheco entre dientes, volviendo a escupir sangre. «Vídeo, tele, cadena, ordenador y todo lo que pillaste por banda. No digas más: te va a salir redondo. Y como tu abogado no sea bueno…». «¡Pero si estaba muerto, ¿qué más le daba…?!». «Llama al Jefe, y que mande a alguien», mascculló Pacheco. «Yo voy camino del hospital, a que me den unos puntos…». Pero antes de dirigirse a la puerta, no pudo resistir la tentación de soltar un cachete. «¡Ay!». Fuera aullaban las sirenas de los zetas.

40

«[…] Y llegado a este punto, concluye la primera parte de mi trabajo. […]»

Los intelectuales se pasan media vida delante de los libros para aprender algo sobre la vida. En cambio hay gente que con sólo existir, ya lo ha entendido todo. Yo pertenezco a esta categoría. Soy lo que se suele decir un genio. Y más vale que lo diga yo, porque, si no, no lo dirá nadie.

ALFONSO VELASCO, entrevista aparecida en *La Voz de Galicia*

[…] Zola solía afirmar que sólo los hombres castos son fuertes. Y si el autor de *Yo acuso*, paradigma del intelectual concienciado y artista rectilíneo donde los haya, preñó tres veces a su criada, ya te puedes imaginar dónde quedamos los demás. La pureza, del tipo que sea, es un ideal que sólo se alcanza muriendo joven, y a veces ni así.

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS, *Conversaciones con Constantino González*

Ése es el reto. El crítico debe desplegar toda la intuición, todo el talento, toda la cultura a su alcance. Que el «sujeto» no escape por ningún resquicio. Se trata de asediar una ciudadela intelectual. Hay que atrapar al artista en una sutilísima telaraña…

CONSTANTINO GONZÁLEZ, *Apuntes sobre arte y crítica*

SEGUNDA PARTE

(Aparecido en un suplemento cultural, 200-)

UN ZORRO EN EL GALLINERO

Todos sabemos que hay artistas previsiblemente imprevisibles. Son provocadores que se salen sistemáticamente por la tangente y que acaban resultando tan irritantes como fascinantes. Alfonso Velasco es una de estas personalidades extremas, que no dejan frío a nadie. Como es lógico, los lectores os estaréis preguntando: ¿y quién demonios es este ilustre desconocido? Respuesta: uno de los emergentes directores de gore con más talento y con uno de los perfiles personales más atractivos del circuito cinematográfico underground actual. Por eso lo hemos escogido para nuestro cuestionario. Cuando entra en este bar de copas, en pleno Malasaña, donde reside, parece uno más de los jóvenes alternativos que circulan por aquí: pantalones anchos, botas Doctor Marteens, camiseta ceñida, pelo teñido de amarillo chillón. Pero rápidamente, a poco que uno lo mira, destacan esa sonrisa zumbona y unos ojos negros de tunante como los que podríamos suponerle al zorro de la fábula. Le comento que su último corto, ambientado en la Pedriza, resulta de una brutalidad sorprendente, incluso para un aficionado al gore. Uno se pregunta siempre, ¿por qué el gore? ¿Cuál es el atractivo de la sangre y las vísceras? Muy sencillo *(se ríe):* la provocación. No hay nada que moleste más a nuestra sociedad que la vista de la casquería. El mundo está tan edulcorado y aseptizado que se rechaza todo lo que tiene que ver de manera profunda con el propio cuerpo, empezando por su olor y terminando por las tripas. *Pasamos, si te parece, al cuestionario. ¿Si fueras un color, cuál serías?* Rojo sangre, ja, ja. */ ¿Una fruta?* Los higos maduros. */ ¿Un animal?* El lobo… O igual el zorro, no sé. */ ¿Un pájaro?* El

buitre. Sin duda. */ ¿Una planta?* Yo diría que el cactus… */ ¿Una piedra preciosa?* De hachís, claro. */ ¿Un elemento?* El cine. */ ¿Una especia?* El curry, pero fuerte fuerte… */ ¿Un perfume?* De sobaquillo. */ ¿Una bebida?* Dyc-cola. */ ¿Una invención?* El cine, siempre. */ ¿Un medio de locomoción? (Se mira las botas):* Las Marteens, ja, ja. */ ¿Un útil, una herramienta…?* La sierra eléctrica. */ ¿Un mueble?* La cama, pero acompañado… */ ¿Un estilo arquitectónico?* Uff. Los rascacielos americanos. */ ¿Un idioma?* Me traen por culo todos… */ ¿Un lugar para irse de vacaciones? /* Cualquier país en guerra. */ ¿Una época de la vida humana?* El último minuto. *[…]*

41

La vía de servicio desembocaba en la última rotonda de la avenida. El semáforo se puso en rojo y Duarte se detuvo. Cruzaba por el ceda el paso una ciclista voluntariosa, con un chándal cerrado hasta la barbilla. Había que tener ganas, pensó. Era lunes y él todavía no se había recuperado del fin de semana. El domingo se había subido a ver a un antiguo compañero de colegio, con casa en Valdemorillo. El tipo, que ahora era directivo de una empresa de importación, le había llamado recientemente para solucionar un problema con su hijo adolescente, las cosas de la edad. Mientras rememoraban la infancia, Duarte lo había ayudado con una chapuza en el garaje que se estaba construyendo. Luego habían dejado a las mujeres, para tomarse unas copas en el pueblo, y les habían dado las tantas, con la consecuente resaca al día siguiente. «Te dije que no bebieras tanto…», había dicho Paloma, echándolo de la cama y apagando el despertador. Al abrirse el semáforo, su atención se centró en unas torres de los años setenta, a mano derecha. Estaban semiescondidas por varios chopos que la brisa mecía suavemente. Miró la hora: faltaban tres minutos para las cinco. Manoseó la tarjeta y comprobó la dirección: «*Residencia las Torres. Avenida de San Luis 312*». Era de las fincas más antiguas del barrio, y mientras aparcaba junto al bordillo, recordó un pasaje de *El mundo de K* donde la protagonista describía los descampados de su barrio de infancia, llenos de aduares gitanos. Hoy las torres residenciales se habían multiplicado y el Ayuntamiento había realojado a los antiguos chabolistas en un par de edificios baratos, linderos con la
M-40.

Viendo que paraba en la entrada, un corpulento guardia de seguridad abandonó su caseta para acercarse. «¿Le puedo ayudar?». «Busco el bloque tres…», dijo Duarte, enseñando la tarjeta. Tras

ojearla un momento, el otro le indicó, y el policía tiró por el caminillo de pizarras, entre arbustos decorativos, hasta llegar a las puertas acristaladas del primer portal. «Pase», ordenó una voz por el interfono. Dentro, el suelo era de mármol y las paredes estaban chapadas de madera oscura. Había dos sofás de cuero negro, en ele, y el pasillo lo adornaban algunos cuadros con escenas de caza y naturalezas muertas sin demasiada gracia. Sobre la mesa de la portería había unas gafas de pasta negra junto al transistor, encima del periódico abierto. Más allá se oía trajín, abajo, en los sótanos. Momentos después, el ascensor paraba en el décimo. Del Corral, que lo esperaba en el rellano, se apresuró a tenderle la mano. «Gracias por venir hasta aquí…». Estaba en mangas de camisa y tenía el rostro marcado por el cansancio. Parecía, aun así, más tranquilo que cuando lo había llamado por la mañana, a primera hora. Se apartó para dejarlo pasar, descubriendo la puerta, que tenía una placa metálica, con su nombre. A un lado del despejado vestíbulo, una escalera de caracol enmoquetada subía a la otra planta del dúplex. El hombre lo precedió sin apresurarse a través de un salón amplio, amueblado de forma convencional y sin ostentación. Había cuatro o cinco mesitas auxiliares cubiertas de fotografías y Karen, que era hija única, aparecía prácticamente en todas, desde bebé rechoncho hasta ya mujer, pasando por la niña sonriendo con el aparato de ortodoncia. Duarte reconoció algunas imágenes que había visto en el piso del Dos de Mayo. «Por aquí». Unas puertas correderas daban paso a otra pieza, donde, sobre la imponente mesa de despacho, había varios rimeros de papeles perfectamente ordenados. «¿Le gustan los toros?», preguntó Del Corral viendo que detenía la vista en uno de los grabados. Era un dibujo a carboncillo de un torero jovencito, espada en alto, entrando a matar. «He ido a alguna corrida, pero no entiendo…», sonrió Duarte. Algunos de sus conocidos eran aficionados. Ramírez, por ejemplo, era amigo del administrador de Las Ventas y solía tener entradas para la feria de San Isidro. Pero a él nunca le había atraído demasiado la fiesta. «Es una de mis pasiones. Pero Antonia no podía soportarlo: le horrorizaba el sufrimiento animal. Durante una época, en Londres, hasta se hizo vegetariana…». El recuerdo todavía le provocaba congoja, y Del Corral lo escondió con una sonrisa de disculpa. «Bueno, pues ésta es la carta», le tendió una hoja de cuaderno por

encima de la mesa. Duarte la desdobló: «*Estimado señor: cuando su hija cayó, yo levanté la vista y pude ber a un hombre en el balcón. Esto ocurría al tiempo que el chico de la mochila salía corriendo del portal y tropezaba con una mujer mayor. Dada mi situación, entenderá que no podía quedarme y testimoniar en persona. Pero desde entonces no he sido capaz de dormir pensando en que bi al asesino. Rezo mucho a nuestro señor Jesucristo por el alma de su hija. Estoy convencida de que está ahí arriba, en el Cielo, a su lado. Que Dios lo ayude y castigue a esta malísima persona que la ha empujado…*». Era el mismo texto que le había leído por teléfono. La letra desigual, casi infantil, y el papel tenía algunas manchas de grasa. Duarte quedó pensativo; luego alzó los ojos. «¿Cuándo llegó?». «La encontré en el buzón esta mañana. El matasellos es del jueves». «¿Y el sobre?». «Éste». Blanco, barato, escrito con la misma letra malformada y en mayúsculas. Los de la Científica podían sacar algo. De repente se le vino a la cabeza la imagen de la mulata con quien había cruzado la mirada esa mañana, en la plaza del Dos de Mayo. Recordó su expresión, y cómo había desaparecido entre la gente. Por eso estaba asustada, pensó. «Prefiero no aventurar nada por el momento», dijo con prudencia, viendo que Del Corral no dejaba de observarlo. Pero el padre ya se había hecho su propia composición de lugar. «Había alguien más con mi hija, esa mañana, además de Alfonso Velasco. Y nadie me va a convencer, hasta que aparezca esa persona, de que ella se ha suicidado», exclamó. «Sigo convencido de que Antonia no habría hecho una cosa así. Y menos ahora que le iba tan bien… Una hija mía no abandona el campo de batalla ante las primeras dificultades, joder…». Se levantó al tiempo que se aflojaba el nudo de la corbata. Hacía unos días el hombre todavía ignoraba el lugar que Velasco ocupaba en la vida de su hija, y a Duarte no le había resultado fácil explicárselo. Ahora la nueva idea lo liberaba del sentimiento de culpabilidad por no haber podido impedir que su hija se quitase la vida. Era más que comprensible que se aferrara a ella. «Esta mujer trabajará por la zona. Se la puede localizar, aunque sea yendo puerta a puerta…». «Es lo que vamos a intentar», lo tranquilizó Duarte. En ese momento sonó una voz quejumbrosa, proveniente del interior: «¡Luis!». «¡Ya voy, Amalia!», contestó Del

Corral desde la puerta con irritación. «¡Estoy con la policía! ¡Un momento!». E hizo ademán de retener a su visitante, que ya se levantaba. «¿No se sabe nada más…?». «Le llamaremos en cuanto haya algo concreto. ¿Qué tal sigue su señora?», se interesó Duarte. «Mal. No quiere ver a nadie, sólo sale para ir a la iglesia… Parece que eso la consuela». El policía esbozó una sonrisa de circunstancias. «No se preocupe», se sintió obligado a decir, ya en la puerta. «Si la carta es auténtica, encontraremos a la autora».

42

El tal Chavi entrenaba en un gimnasio de Chamartín, no muy lejos de la casa de los padres de Karen. El monitor de pesas, que se llamaba Bernabé y trabajaba como portero en el Lunatik, había sido el primero en oír bajar a Velasco por las escaleras metálicas. Era un tipo pacífico, que no necesitaba más que su presencia para calmar a los bronquistas a la puerta de la discoteca. Al alzar los ojos de su revista, había visto aparecer unos botarrones aprisionando los pantacas militares. Luego siguieron la chupa de borrego, con la camiseta asomando por debajo, y una reconocible cabecita amarilla. Velasco se acercó a Chavi, que seguía con la rodilla hincada en un banco, trabajando con la mancuerna. «*Tengo algo para ti*», le dijo, tocando la mochila que traía al hombro. «*¡Que es una cosa seria, Chavi!*», exclamó viendo que el otro seguía con sus ejercicios. Aquella impaciencia estaba bastante fuera de lugar, pero él ya lo que quería era terminar con aquello lo antes posible. Aun así se vio obligado a esperar a que Chavi completase la serie, y se entretuvo en la máquina mariposa, toqueteando la varilla que marcaba el peso, viendo cómo se hinchaba la vena en aquel cuello engrosado por los anabolizantes. Al cabo, Chavi devolvió la mancuerna a su lugar, dio un trago a su botellín de agua, se limpió la frente con la toallita y se fue hacia las escaleras. Velasco lo siguió. Arriba, varias taquillas junto a la barandilla los separaban del tatami donde colgaba el saco de boxeo con que se ensañaban los de Full a última hora. Como algunas ventanas seguían abiertas, Chavi las ojeó con desconfianza antes de penetrar en los vestuarios. Al poco unos chicos que se tiraban en monopatín por la acera, a las puertas del gimnasio, los vieron meterse en un Mazda 1000. Seguramente ninguno de los dos abrió la boca mientras se dirigían hacia la avenida de Machupichu, pegada a la

M-40,

por donde Chavi tenía su dúplex, en una urbanización a espaldas del Conde de Orgaz. Nada más entrar, le diría a Velasco que esperase en el salón. Éste parecía directamente sacado de un catálogo de El Corte Inglés. Sobre la mesa había una cajita de pastillas de éxtasis y un taco de revistas porno gay holandesas. Por las ventanas, se oían voces en la zona ajardinada común. Velasco no se atrevería ni a encender la Bang & Olufsen ultraplana que tenía delante. No quería hacer nada que pudiese molestar a Chavi, y menos ahora, que estaba a punto de salirse con la suya. Desde allí, oiría correr el agua de la ducha. Al rato apareció el traficante, sacando pecho, como andan los culturistas. Un polito rematado con los colores de la bandera española le aprisionaba los bíceps. «A ver eso que traes», dijo, sin mirarlo apenas, conectando su móvil. Y mientras el otro se agachaba a abrir la mochila, oyó los mensajes. Luego se puso en cuclillas, para probar el material. «¿De dónde ha salido?», puso sus ojos en Velasco. «*Es muy pura, Chavi, tío*», se impacientó el futuro cadáver. «*De eso podéis sacar, bueno, ni te cuento. Te lo dejo a mitad de precio. Pero tiene que ser ya, tío. No puedo esperar*».

43

«*¡He matado a toda tu familia, y ahora te toca a ti!*», exclamaba el energúmeno, blandiendo una hoz oxidada. De fondo aparecía el espectacular paisaje granítico de la Pedriza. La fotografía creaba una atmósfera lunar muy poco explotada cinematográficamente, uno de los aciertos del corto, según Mancilla, que al final, cediendo a los ruegos de Karen, se lo había producido. Había sido un rodaje accidentado, porque la actriz principal se les había marchado el penúltimo día a Estados Unidos, siguiendo a un guitarrista bohemio. Y al protagonista, un antiguo músico de la Movida reconvertido en actor porno, lo habían encontrado, la víspera misma del estreno, muerto de sobredosis en su portal. Aun así habían funcionado bien como pareja. Y a ella le habían sacado jugo en planos como aquél, donde su falda escocesa revoloteaba descubriendo las braguitas. «*¡Mi chocho! ¡Mi chocho!*», repetía obsesivamente el actor, muy metido en la historia. «*¿Tú te acuerdas de cómo decía Eté "Mi casa, mi casa"? Pues me pones esa misma entonación…*», había indicado, en su momento, Velasco. Al caer la niña al suelo, el filo metálico volvió a alzarse. Siguieron los alaridos de una especialista y un primer plano del semblante desencajado de la actriz que no apartaba la vista horrorizada de su agresor. Éste, tras lamer una de aquellas sanguinolentas paletas, se había bajado los pantalones del chándal, y en el plano siguiente se apreciaba su erección desmochada y palpitante. La víctima ahora sólo podía defenderse a mordiscos. Su falda salió volteada en una improvisada muleta que cayó entre las rocas como una amapola gigantesca. Instantes después el asesino le rasgaba brutalmente la blusa y la amordazaba con un pañuelo sin que su descomunal rabo desfalleciera. «Éste es un hijodeputa. A quién se le ocurre una cosa así…». «¿Se la está follando? Hostia…». «Hombre, así es fácil»,

comentó el pelirrojo, que acababa de asomarse a la sala de prensa y aprovechaba para husmear en el caso estrella de la Brigada. «Saluerto, tío». «*¡Mi chocho! ¡Mi chocho!*». El maniaco la puso boca abajo sin dejar de repetir la misma letanía. «*Es como un mantra diabólico. Tiene que penetrar en la conciencia del espectador…*». «Ahora por detrás. ¡Pero bueno…!». Había indignación en la voz de Navarro, otro padre muy desconectado de la onda gore. Al fondo, en medio de aquel paisaje desolado y alucinante donde la única mancha de color era la falda caída de la protagonista, acababa de aparecer una figura diminuta que se fue agrandando hasta convertirse en un hombre con una mano vendada y un treintayocho en la otra. «*¡Muere, cerdo!*», gritó revólver en alto. Era Alfonso Velasco, que interpretaba al hermano tísico de la protagonista. Cuando los sesos del asesino se desparramaron por el suelo, soltó el arma y se arrodilló junto a la muchacha. «*No llores, hermanita*», se abrazó a ella. Tenía una voz trémula y muy falsa. «*Yo te querré siempre, aunque no tengas…*». Ramírez, es eso, apuntó con el mando: una tormenta de puntos negros y blancos abarrotó la pantalla. «Esto es vomitivo», dijo. Navarro, que se acercaba a levantar las persianas, quedó allí, echándose un pitillo, y le ofreció uno a Duarte. «No, gracias». A través de la ventana, abierta a sus espaldas, se filtraba el zumbido incesante de la autopista. Mientras se rebobinaba la cinta, el Jefe se encaró con ellos. «A ver que me entere. ¿Qué cojones pinta este Alfonso Velasco en toda esta historia? Y Navarro, haz el favor de dejar de fumar. Venga, que no tengo todo el día…». Navarro se contuvo, porque sabía que Ramírez volvía muy encabronado de su reunión semanal con el Comisario Jefe de la Brigada Judicial. Navarro era el más manejable del equipo, pero a veces se cansaba de hacer de chivo expiatorio. «Era su maromo…». «Gracias, Pacheco. Hasta ahí llego». La prensa llevaba días sin darles cuartel y Ramírez tenía la desagradable sensación de que el asunto se le iba de las manos. Al tratarse de dos famosillos, aquello empezaba a adquirir proporciones de escándalo. Algunos suplementos dominicales iban a dedicarles su espacio central. Y la propia Televisión Española preparaba un monográfico para emitir el sábado, en horas de máxima audiencia. Por si no bastase, el alcalde, que era conocido de la familia Del Corral, y el propio ministro del Interior, vía el

Director General de la Policía y el Jefe Superior, con quienes no tenía demasiada sintonía, también habían empezado a llamar, poniéndole, si cabía, todavía más presión. «Es la persona que salió huyendo de casa de la chica», se apresuró a explicar Duarte, que era el ojito derecho del Jefe, y cogió el vídeo que le tendía Navarro. «Sabemos que ella estaba coladita por él y que él llevaba tiempo viviendo a su costa. No le iba bien lo de las películas…», ojeó el fotograma de la funda, donde Velasco apuntaba su revólver al cielo. «*El mejor gore del año. Una historia sin concesiones*», se leía abajo, una crítica de Jesús Palangana, en *Cinemanía*. «Había ingerido un cóctel de alcohol y drogas. Eso le ayudaría a pasar el trago», había indicado la forense. «De la familia sólo queda su hermana. Vive cerca de Vigo y anduvo casada con un narco del pueblo. Se ha acercado a por el cadáver y hemos podido hablar con ella. Antes de morir, lo vio en Semana Santa. Luego él volvió a visitarla en mayo, cuando acompañaba a la Del Corral a un congreso literario en Galicia. Velasco había trapicheado alguna vez con heroína y andaba en tratos con su ex cuñado, uno del clan Magina, que últimamente lo mismo trabajan con turcos que con colombianos. Un mal bicho, con antecedentes por delitos de sangre. Lo llaman "Fouciño". La hermana no sabe dónde para. Dice que por ella como si está muerto. Me he pasado la mañana hablando con Leyva y con algún otro Jefe de la policía gallega. Se han acercado a buscarlo, y no lo han encontrado en casa. Según los vecinos, hace varios días que no aparece, y su coche sigue desde entonces en la calle. Van a distribuir su fotografía por la región y esperan localizarlo de aquí a unos días. También han hablado con la policía portuguesa, por si hubiera cruzado la frontera. Por nuestra parte, tenemos al vecino del cineasta viendo fotos de colombianos fichados, a ver si sale algo. Y en cuanto al otro individuo del caso Del Corral, el del balcón, sólo tenemos el anónimo. Se lo he pasado a los de la Científica, y a partir de mañana peinamos la zona, a ver si localizamos a la autora entre las muchachas de servicio. Y ya por último, ha surgido algo nuevo…», Duarte disfrutó unos segundos con la impaciencia de Ramírez. «En el móvil de Velasco hay un mensaje de Pilar Segura, la de la Fnac. Le avisa de que han estado dos policías preguntando por él: fuimos nosotros, cuando la entrevistamos hace dos semanas», explicó. «Pero además hay tres

llamadas perdidas desde el teléfono del editor catalán, y un mensaje de este último amenazando a Velasco si no le devuelve un dinero. Queremos acercarnos a verlo, para que nos lo aclare…», se cruzó de brazos un momento. Una tosecilla le raspó la garganta. «Pacheco y yo hemos llamado a Barcelona. Ferrater está desde esta mañana en Italia, por motivos de trabajo. No volverá hasta el jueves. Hemos concertado una cita con su secretaria para el viernes, a última hora. Aun así, antes tenemos pensado hablar con su mujer, por si sabe algo. Ella trabaja desde hace poco en Espasa Calpe. Se están separando y se acababa de trasladar a Madrid…», carraspeó de nuevo. «Sólo hay un problema. Pacheco y yo tenemos guardia el sábado, y si nos vamos a Barcelona…». Ramírez, en eso, se giró hacia Saluerto, que exclamó: «¡Ni hablar! Ya me quedé el domingo pasado», y desapareció por el pasillo. El Jefe se encaró entonces con Navarro. Éste se encogió de hombros y se encendió otro pitillo.

44

Ese lunes Pacheco, que tenía diligencias atrasadas, se quedó hasta tarde. Aún seguía trabajando cuando llegó Julia recién duchada del gimnasio de Plaza de Castilla en el que entrenaba a última hora. Ellos dos se llevaban bien, gracias sobre todo a que Julia no se metía en su vida. «¿Qué? ¿Haciendo horas extras, guapo? Dios mío, qué desbarajuste. A ver si terminamos de instalar todo», suspiró, ojeando las cajas por el suelo. Mientras dejaba su bolso sobre la mesa, saludó a su compañero de guardia, Serrano, que entraba con un semanario de humor bajo el brazo. Y al rato, aprovechando que estaba Pacheco, bajaron juntos a la máquina, a por un café. Pacheco cerró la carpeta de Karen y se encontró debajo con el documento abierto del acta de inspección ocular del caso Velasco: «*En Madrid, siendo las 16:45 del miércoles 12 de junio del año 200- el inspector Luis Cliché y el subinspector Fernando Romero, ambos adscritos a la Brigada Provincial de Policía Científica de Madrid, con carnés profesionales números 1.230 y 1.546, este último Secretario habilitado para la práctica de la presente diligencia, se personaron en la calle Santa Bárbara, número 5, al objeto…*». Pacheco meneó la cabeza: le costaba concentrarse en aquella prosa pesada y burocrática. Llevaba así desde la bronca con Roni. La primera noche le había saltado media docena de veces el contestador, y desde entonces hacía quince días que nadie lo había visto por los locales que frecuentaban. Ni siquiera por el Rick's, que los fines de semana era como su segunda casa. Al final el sábado se había acercado a Chueca y se había tirado un buen rato rondando por la calle Gravina. Pero las contraventanas del piso seguían cerradas, igual que a la mañana siguiente, cuando, mientras se tomaba una caña en el bar de la esquina, pensando en que se

hubiera subido a París, sintió una para él incomprensible y brutal irritación. «*Sobre la mesa, junto al cadáver, se halló UN TELÉFONO MÓVIL de marca Motorola sin saldo, UNA CUCHARILLA METÁLICA quemada junto a un ESTUCHE conteniendo GOMAS ELÁSTICAS, ALGODONES y DOS JERINGUILLAS DE PLÁSTICO*…». Mierda. Movió el cursor hasta la crucecita roja, arriba, a la derecha. Arrastró el documento hasta la carpeta «*Alfonso Velasco*». Cursor abajo, *«Inicio», «Apagar». «¿Qué desea que haga el equipo?». «Apagar»*. Hoy no estaba en condiciones de nada. Poco después, el agente de guardia en la planta baja lo vio salir y apresurarse calle arriba. Su mujer seguía en uno de los bancos de los soportales del edificio, con otras madres que solían bajar a los niños un rato antes de acostarlos. Se acariciaba, soñadora, la barriga, mientras a su lado Mónica, la gordita del quinto, regañaba a su hija de dos años, con su acento cartagenero. Al levantar la vista, vio a su marido, que llegaba mirando la hora. «Nacho. Me cuenta la madre de Jaime que el viernes tienen pensado organizar una cena con los padres del edificio. Bajamos una mesa, y cada cual trae un plato y una botella de algo. E invitamos a los demás vecinos, que no se quejen. ¿Te parece?». «Como tú quieras, cariño». Duarte hizo un saludo general: «Muy buenas». Pero no se encontraba a gusto entre mujeres. En cuanto se deshizo del abrazo de la niña, se encaminó al ascensor. «Yo estoy arriba», dijo. Pacheco había llegado hasta la plaza de la República Argentina y la atravesó por un ceda el paso ojeando a su derecha, un poco más allá, el enrejado colegio Maravillas. El polen de las acacias, que se acumulaba junto a los bordillos, le hizo estornudar. Su primera idea había sido volver andando a casa, para desfogarse. Pero tras media hora caminando, empezaba a molestarle la espalda. Al final paró un taxi. Iba oscureciendo. Mientras Paloma preparaba la cena, desnudó a la niña y la metió en la bañera rodeada de sus juguetes acuáticos. La renacuaja, que no paraba de hablar contando todo lo que había hecho ese día, le estaba poniendo la cabeza como un bombo. Al rato protestó, cuando le quitó el tapón de la bañera. Duarte la envolvió en una toalla grande y le vistió el pijamita con dibujos del Rey León que le acababa de enviar su suegra. «He cambiado de idea. Mejor da la vuelta en la plaza. Sube hasta Serrano…». El taxi hizo como le indicaba. Al poco

bordeaban el Museo Arqueológico y pasaban delante de donde había estado la productora de Ordallaba. Pacheco recordó cómo lo habían encontrado en su picadero, en el otro extremo de la ciudad, con el propio pene embutido en la boca: un caso homofóbico que se había tomado muy a pecho. De frente, al final de la calle, se erguía el inconfundible perfil de la Puerta de Alcalá. Tras indicar al taxista que parara en Alfonso XII, se bajó, sintiendo el habitual cosquilleo en el estómago. Cruzó la calle y pasó entre las pesadas puertas de hierro forjado. En el Retiro ya alumbraban las farolas, entre las estatuas del paseo de los reyes católicos, y las coles de Luxemburgo, en los arriates, empezaban a confundirse con la noche. Pacheco subió hasta el estanque y lo bordeó para encaminarse hacia uno de los recodos más tranquilos del lugar. No muy lejos de la estatua del Ángel Caído, en uno de los parques, ya iba habiendo carnaza. Alguno hacía flexiones en el césped. Más abajo, un grandullón embutido en un chándal se apoyaba las manos en las caderas y recuperaba el aliento. Pacheco se le acercó y se detuvo a su lado. Se encendió un pitillo, protegiendo la llama con una mano. «¿Qué tal andamos?», dijo casi sin mirarlo. «Aquí, dando una vuelta». «Mi casa está a diez minutos a pie, ¿te hace?». Duarte levantó el toldo de la terraza y respiró el aire fresco. Había salido una noche clara. Entre dos bloques, enfrente, se veía la alameda que bordeaba la conducción del Canal de Isabel II. Más allá, un campo oscurecido rodeaba Tres Cantos. Duarte volvió a entrar y ocupó su rincón favorito del sofá. Encendió la luz de la lámpara de pie y continuó con la novela. Pacheco se puso a cuatro patas en el sofá de su apartamento. Un hirsuto pubis empezó a golpearle la parte baja de la espalda. «Ten cuidado, joder», dijo, sintiendo que un rabo tieso lo empalaba por enésima vez. «O echa más gel, animal». Cuando no estaba bebido, siempre acababa doliendo. «Por qué no contarán las cosas sin tanto adorno, tanta palabrería…», Duarte levantó la cabeza del libro. Habían decidido cenar delante de la tele y Paloma entraba con dos platos de espaguetis. «¿Decías algo?», preguntó, distraída. «Escucha: “*K sentía que la mirada de aquel desconocido hombre de color le helaba la sangre…*”. ¿A ti se te ha “helado la sangre” alguna vez porque te mire un negro?». «Vamos a tomar una copa en el Kapital, aquí abajo». Seguían desnudos y Pacheco se había movido a un lado de la cama deshecha. Quedó sentado en el

borde, acodado sobre sus rodillas. «Tú no tendrás nada encima, ¿no?». Habría dado cualquier cosa por tener un gramo a mano. Pero había decidido tranquilizarse un poco. Se acarició la mejilla, sintiendo la piel irritada. «Son cosas de mujeres, Nacho. Vamos a poner la tele…». «Bueno, pero baja, a ver si acabo». Esa noche la escritora cogía el puente aéreo. Seguía una escena tórrida en un hotel del barrio gótico de Barcelona. *«A K se le humedecían las bragas…», «un miembro erecto se aproximaba, entre los muslos, a los palpitantes labios de esa insaciable planta carnívora…»*. Duarte miró por el rabillo del ojo a su mujer, que comía con la vista en la pantalla. Los machacas del Kapital los cachearon antes de dejarlos entrar, y ellos se fueron directos a la barra más cercana. Pacheco necesitaba un buen lingotazo. A falta de farlopa, el alcohol podía apañar la noche. En el capítulo siguiente seguía con el editor, sólo que las voces en su cabeza la impelían a tener otras aventuras. La protagonista se sentía como «*poseída*»; llevaba en el vientre «*un demonio insaciable…*». El puntillo de ginebra había afilado sus sensaciones. Sintiendo que la música invadía su cerebro, entrecerró los ojos. Luego volvía a aparecer su antiguo novio, el tal Carrasco, que también se la cepillaba, y, de paso, le pedía pasta para su próximo cortometraje. La chica sabía que la estaban manipulando, pero no podía resistirse: «*soy una esclava de mis debilidades*». Un par de renglones más abajo se comparaba a sí misma con Nico y al otro con Jim Morrison. Eran almas gemelas, hechas para hacerse sufrir mutuamente. Menuda gilipollez, pensó Duarte. Y más sexo. La gente animaba paulatinamente la pista. Sonaba el himno del verano pasado y Pacheco recordó que Roni había hecho una versión minimalista con voz distorsionada que tenía mucho éxito en el Lunatik. De repente se le vino una imagen del pinchadiscos. Roni lo miraba desde lo alto de su cabina, con los ojos centelleantes y el pulgar levantado. Hijodelagrandísimaputa, se acabó la copa de un trago. Agarró al tipo que lo acompañaba, todavía en chándal, y le dio un morreo húmedo ahí mismo. «Vamos a algún sitio de ambiente», dijo. «¿Ya te vas a la cama?», preguntó Paloma. «Voy al baño…». Había cambiado de canal y empezaba una película americana que había levantado polémica hacía unos años. Kevin Spacey, de pie en la ducha, se estaba pajeando alegremente. «*Era el momento álgido de la jornada*», apostillaba una voz en off. Al

hombre se lo veía agobiado, tenía que volver, porque estaba casado y en casa había dicho que salía a hacer un *footing*. Pero el comentario misógino de Pacheco lo había picado, y al final cedió. «Pero con una condición», dijo. Fuera las luces de Atocha brillaban con una intensidad inusitada. Calle arriba, el *sex-shop* Fantasía, con sus escaparates opacos, funcionaba a tope incluso los lunes. «¿Qué haces, Nacho…?». «Cagando, joder. ¿No puede uno estar tranquilo en ninguna parte?». «Eso lo discutiremos cuando lleguemos al Strong», dijo Pacheco, metiéndose en el asiento trasero del taxi.

45

«[…] *Había comenzado con la misma facilidad con la que trababa relación con todos los hombres que le resultaban indiferentes. Nunca había tenido demasiados reparos a la hora de entregarles su cuerpo para acallar a sus demonios interiores. Aquello podía ocurrir en cualquier momento. Igual salía en mitad de la noche, se sumergía en una discoteca y se acercaba al primer desconocido con el que cruzaba la mirada para susurrarle al oído que la acompañara. Su vida estaba salpicada de encuentros fortuitos que luego rememoraba con una profunda satisfacción. ¿No se jactaba Simenon de haber gozado de más de cuatro mil hembras a lo largo de su vida? Y ¿por qué no iba a poder ella presumir de sus conquistas? Su éxito no había hecho sino estimular esta actitud predatoria, concediéndole numerosas ocasiones para exhibir ese aura de devorahombres que resultaba tan incitante para muchos. Porque, sin ser guapa, K sabía encender fantasías, y eran pocos los machos que sabían resistirse a su profunda mirada. Y más si la acompañaba ese roce casi imperceptible en la entrepierna en el que se había hecho experta y que muy a menudo marcaba el punto de inflexión entre la indiferencia y el deseo en la víctima.* —Por favor, no os riais—. *No era raro que entonces ésta se trabara, balbuceara o echase un trago precipitado a su copa antes de seguirla fuera. El sitio idóneo para consumar era la habitación de cualquiera de esos oscuros hoteluchos céntricos donde el recepcionista evitaba cuidadosamente encontrar su mirada y donde no había ninguno de aquellos recordatorios de la vida real que abundaban en los dormitorios y que podían matar una erección con la misma eficacia con que un alfiler revienta un*

globo. Pero mejor aún, siempre lo había dicho, era el sexo practicado en ciertos clubes de París o Nueva York, ciudades a las que últimamente viajaba con frecuencia. Allí imperaba ese contacto directo que tanto necesitaba. Y en el momento álgido las parejas abandonaban la pista para encaminarse hacia algún cuarto oscuro donde sus cuerpos se fusionaban sobre una cama redonda hasta formar un único y libidinoso Leviatán. Era la mejor manera de disolverse en la nada contemporánea. Una sólo tenía que dejarse ir y llevarse a la boca la verga que le acercaban. Dejar actuar esa mano anónima y sin género que hurgaba en cada una de sus cavidades. Juguetear con los miembros que se alzaban ante ella como delicadas flautas que luego concluían su melodía con un gallo, una convulsión, un chorro de jadeos disonantes. —Os repito que os calléis o no puedo seguir leyendo, ¿vale?—. *Pero luego llegaba la inevitable resaca, el hastío, el ansia, la necesidad absoluta de escribir y comunicarse. Le enviaba a su editor mails encendidos con sus alucinadas divagaciones. Y en sus respuestas él parecía tan estable, tan equilibrado, tan todo eso que ella echaba en falta en su vida. "Eres una artista", le decía, sin escandalizarse. "Tienes que acumular vivencias". Y poco a poco sus misivas habían ido consiguiendo que el hombre imaginario creciera en su interior hasta ocupar un lugar predominante. Y aunque no era raro que después de sus encuentros ella volviese a casa decepcionada, bastaba con que al día siguiente se encontrase con otro de sus mensajes para que volviera a actuar el encantamiento. Había sido un amor epistolar, animado por las palabras, y que finalmente se concretó durante uno de esos viajes de promoción en los que él tenía por costumbre acompañarla. ¿Fue en Málaga? ¿Durante aquella conferencia que dio, whisky en mano, en Valladolid?, ¿la firma de Sant Jordi, cuando la paseó en moto por el puerto deportivo…? K no habría sido capaz de ubicar la geografía exacta, pero recordaba perfectamente el restaurante y ese vino joven que le llenaba el paladar con un refrescante sabor afrutado. En algún momento le había acariciado su anillo de casado y, casi sin darse cuenta, se habían dirigido juntos a la*

habitación. Muy rápidamente, se estableció una rutina. Cada vez que viajaba a Barcelona, reservaban la misma habitación, en un hotel del barrio gótico, desde cuya ventana se podían ver los pináculos de la Sagrada Familia asomando por encima de las azoteas vecinas con una presencia casi humana: parecían cuatro ancianos, cuatro obispos cariacontecidos, que la estuvieran mirando. Aquellas delirantes torres simbolizaban para ellos la fuerza creativa de K, su extraordinaria e irreprimible fantasía. "Tú eres Gaudí y yo Le Corbusier", afirmaba convencido su amante. Y ella se reía, mientras hacían el amor hasta caer rendidos y momentáneamente felices. Y a la tarde solía pasar por la editorial y saludaba al resto del equipo. Hacía como si no se hubieran visto hacía pocas horas. Como si no acabara de recibir en su boca la descarga calurosa de su semen. Como si no pudiera sentir todavía, en sus dedos, el olor pegajoso de su masculinidad. Aquello había durado, ¿cuánto? ¿Un año? ¿Más? K no habría podido decirlo. Ella negaba el tiempo. Vivía una sucesión de instantes inconexos. No era una mujer "estructurada", como le gustaba decir a Gabriel. Carecía de proyecto vital. O más bien, el suyo era un proyecto difuso, poético, abierto a la aventura de cada instante. Por fin, un día su editor le dijo que no entendía cómo podía vivir de manera tan poco racional. Aquel cambio de actitud la sorprendió, y repuso en un tono cortante que Shakespeare no era un filósofo, y que los auténticos artistas nunca se habían preocupado de dar coherencia a sus intuiciones. "¿Entonces sólo aspiras a vivir en la confusión…?". K asintió cada vez más irritada. Ese tono reprobador era una novedad en su relación. Y mientras le daba un sorbo a su vino, su editor le recordó que Gaudí, además de fantasía, calculaba todo con un celo racionalista; que la intuición no bastaba para movilizar roquedos espirituales; y que, si no se aplicaba seriamente, su obra seguiría siendo un pedregal engarbullado y no una de aquellas catedrales que tanto la entusiasmaban […]».

46

La editorial estaba en el kilómetro doce de la antigua carretera de Irún, pasado el pueblo de Fuencarral. Formaba parte de un antiguo parque empresarial que tenía al otro lado de la carretera a un poblado gitano, uno de los supermercados de la droga que atraía cada noche a una multitud ansiosa de heroinómanos, un esperpento del mundo empresarial donde la policía no entraba y cuyo aspecto misérrimo contrastaba con las rutilantes furgonetas a la puerta de las chabolas. Nada más salir del coche, le echaron una ojeada a un edificio de hormigón visto pegado a la carretera. No había pérdida posible: lo remataba un panel con el nombre de la editorial en letras grandes como camiones. Dentro, la recepcionista les preguntó a quién querían ver y descolgó el teléfono sin dejar de ojearlos con desconfianza. «María Antonia… tengo a dos señores de la policía que quieren ver a Montse… Esperad un momento. Enseguida bajará alguien». En un anaquel se exponían los últimos libros publicados. Todos de autores conocidos, en tapa dura y con ilustraciones llamativas. Entre ellos aparecía el de Karen, con su foto en portada. Estaba recién salido del horno y, según la faja, andaba ya por la tercera edición. Al rato apareció en las escaleras una chica feílla, de ojos turnios, con mechas de cobre, un body violeta y unos vaqueros de campana tapándole los deportivos. Explicó que su jefa tardaría unos minutos en recibirlos, pero que podían esperar arriba. No estaba acostumbrada a la visita de la policía y sonreía con cierta inquietud mientras los guiaba hasta la segunda planta. Tras unas puertas batientes había una serie de cubículos separados por paneles de un gris metalizado, con los empleados dentro. En uno de los despachos vieron, a través de las venecianas, a la editora. Iba embutida en un traje de chaqueta de manga larga, rígido como una armadura. Tenía el pelo suelto, y no llevaba gafas, como cuando la habían visto en la presentación de Washington Tostón, pero guiñaba

con frecuencia los ojos, como suelen hacer los miopes. Andaba reunida con un hombre mayor, un dandy relamido que parecía bastante encabronado y que tenía encima de su regazo un chihuahua al que no paraba de acariciar. Sentado en el borde de la mesa, y dándoles la espalda, un ejecutivo en mangas de camisa asentía a todo con una expresión de forzada atención. «Está con un autor», explicó la chica, empujando la puerta de un despacho vacío. Se detuvo, dudando, y optó por ofrecerles un refresco, que trajo de una máquina cercana. Mientras esperaban, sintiendo cómo el aire acondicionado les secaba el sudor de la espalda, algunas empleadas se giraron: su presencia parecía confirmar los rumores que las cotillas de la empresa habían ido poniendo en circulación a propósito de los últimos acontecimientos. Por fin apareció la mujer, tiesa en su traje color café, y Duarte, teniéndola delante, tuvo la impresión de que, de pie, era más bajita de lo que recordaba. Al emparejarla mentalmente con Ferrater, saltaba a la vista el contraste: si el editor era grandote, de contornos blandos, en ella todo era rigidez y autocontrol. «Perdonad la espera. Estaba con Armando Sala», explicó, tras indicar que la siguieran. La sonrisa profesional que compuso al cruzarse por el pasillo con el escritor, desapareció nada más traspasar el umbral de su despacho. «Este hombre es de una exigencia feroz», comentó. «Anda enfadado, porque no había suficientes periodistas en la presentación de su libro y lo achaca a la coincidencia con el lanzamiento de la novela de Del Corral, que obviamente no estaba previsto para ahora…». Desde la ventana del despacho se veía el poblado, al otro lado de la carretera. Entre las chabolas, varios gitanillos apedreaban a un burro atado a una estaca. «Bueno, no sé muy bien en qué os puedo ayudar. Porque si es por el asunto de Karen del Corral, ya os dije por teléfono: no sé nada que os pueda interesar…».

47

«He visto abajo que la novela va por la tercera edición», comentó Duarte. Montse Fernández se sonrió. «Es una estrategia de marketing», dijo. «En realidad son parte de una misma tirada…». Y viendo que fuera se alborotaban las secretarias, se acercó a cerrar las venecianas. «La novela no es buena, pero con tanto revuelo, venderá». «¿La contrató usted?». «La contrató mi predecesor; yo acabo de incorporarme al puesto. Entenderéis que, en mi situación, lo último que me apetecía era tratar con esa chica. Y ahora, todavía prefiero hablar de ella lo menos posible». La empresa tenía puestas muchas expectativas en la obra, y ella, nada más llegar, se había visto obligada a pasear a la autora por la editorial y a presentarle a los jefes. «Luis Alfonso, acaba de llegar Karen del Corral». «Enrique José, ¿tienes un momento? Mira, ha llegado Karen del Corral…». Su rival lucía para la ocasión una camisa suelta, disimulando los kilos de más, y Montse no pudo evitar preguntarse cómo había podido su marido, tan exigente con ella cuando atendían compromisos, salir con aquella chica tan común. «Sentaos, por favor». Sobre el escritorio, junto a un ejemplar doblado de *El País*, había varios libros apilados con papelitos amarillos sobresaliendo entre las páginas. Repitió que la había visto una única vez y que no podía contarles nada que no hubiera podido explicar por teléfono. «Sólo hablamos de lo estupendo que era *El mundo de K*. Hay que dar confianza a los autores, para que afronten con ánimo la promoción…». «Seguro que funcionará», había afirmado el director general, que tenía una presencia agradable y un pelo escrupulosamente cortado a navaja, igual que el bigotito fino. «Entre tu nombre y nuestra experiencia, no podemos fallar». Sus palabras, tan llenas de confianza, le recordaban a Montse que si, por lo que fuere, fallaban, ella también podía encontrarse de patitas

en la calle. En ese sentido, la filosofía de la empresa era clara: comprar nombres consolidados y exprimirlos al máximo durante los años que estuvieran en la cima. Que fuesen las editoriales medianas, como la de su marido, las que corriesen con el riesgo de formar a autores desconocidos. «¿Y qué impresión sacó?». «¿Sinceramente? Una mujer sin ninguna clase, pero con talento para la provocación». Duarte, que no estaba ahí para defender a nadie, asintió. «Tenemos entendido que su esposo mantenía desde hace tiempo una relación sentimental con ella…». «Francamente les agradecería que dejáramos los asuntos personales al margen…». «No sé si va a ser posible», indicó Duarte, con una sonrisa cortés. Él tenía mano con las mujeres, pero ésta era como un témpano. Se inclinó hacia delante, sin dejar de mirarla amistosamente, intentando que bajase sus defensas. Esto me jode a mí tanto como a ti, pero es mi trabajo, decía su expresión. «¿Ella sabía quién era usted? En fin…». «Pues claro». «*Montse, no quiero quitarte a tu marido. Lo voy a dejar, quería decírtelo yo misma*…». «¿Y usted?». «Yo trabajo para Espasa. Soy una profesional, no mezclo lo personal con lo laboral. Del Corral era autora de esta editorial. Y si la contratan, mi deber es apoyarla en todo. Y si a la editorial de mi marido le van mal las cosas sin ella, tanto mejor». «Y cuando su esposo, hace dos meses, la dejó por ella…». «No os han informado bien. Soy yo quien lo ha dejado…». Su coche se había estropeado y había pasado por la oficina de su marido para coger las llaves del Mercedes. Ferrater andaba reunido y su secretaria dijo que no tardaría en volver. Ella entró en su despacho, se sentó a la mesa y abrió la gaveta en la que guardaba un duplicado de las llaves: entre los papeles revueltos, encontró una foto de Ferrater, cogiendo a Karen por el talle y mirando con cara de bobo al anónimo fotógrafo. Estaban en plena plaza de San Marcos, delante del pórtico de la basílica. Un viaje profesional, a mediados de marzo. Supuestamente para firmar un contrato con un autor local. Minutos después, un taxi la dejaba a las puertas del colegio de sus hijas. «¿Qué pasa, mamá?», preguntaron las niñas, mientras las sacaba cogiditas de la mano. «No me gusta discutir. Y las cosas estaban demasiado claras», explicó. «¿Y desde entonces, no ha vuelto a verlo…?». «Desde entonces nos comunicamos por teléfono. Suelo evitar estar presente cuando recoge a mis hijas». Duarte volvió a asentir. Intentaba suavizar la

situación. Pero era difícil. «De verdad que no quiero incomodarla. A mí sus asuntos personales me traen, como quien dice, al fresco… Sin embargo esta muchacha ha muerto descalabrada. Y a su novio lo han asesinado, de mala manera, el mismo día. Hoy sale otro artículo en el periódico. En Cultura…». «¿Ah, sí?», Montse hojeó el diario, sobre la mesa. «Mira, media columnita…», señaló. En el anular todavía se veía la marca de la alianza. Cuando levantó la vista pareció como si la idea de la muerte la hubiese ablandado. Pero enseguida recuperó su frialdad. «No me interesa la gente mediocre. ¿Algo más?». Duarte suspiró, cansado de la tensión, y Pacheco, descruzándose de brazos, cogió el relevo. «Mire, señora, voy a ser muy claro», dijo con suavidad. «A ver si nos entendemos: el novio de esta mujer traficaba con heroína, y hemos encontrado en su móvil un mensaje de su marido, reclamándole una suma importante. Como entenderá, un juez podría sacar conclusiones. Estamos citados con su esposo mañana en Barcelona, y hemos preferido hablar con usted antes. Si colabora y nos facilita la tarea, será mejor para todos. ¿Se ha comunicado recientemente con su marido?». «No veo qué relación…». «¿Cuándo fue la última vez que hablaron?». Montse Fernández los miró sin ninguna simpatía. Por un momento pareció que fuera a ponerse en pie y a echarlos del despacho. Al cabo, sin embargo, dijo: «Yo no hablo con él, habla mi abogado». «¿Hubo alguna otra razón para su separación?», siguió Pacheco, que empezaba a cogerle la medida. «No entiendo». «¿Su marido se drogaba?». «¿Pero qué es esto…?». «¿Es posible que tuviera con este individuo negocios de algún tipo? ¿Lo ha visto alguna vez en su casa, tratando con él, por ejemplo…?». «¡Pero si ni siquiera sé quién demonios es Alfonso Velasco!», se exasperó la ejecutiva. «¡Ni quiero saberlo! Mirad. Mi marido apenas bebe y se escondía para fumar cigarrillos», dijo con sorna. «O sea que no vais a hacerme creer ahora que se ha convertido en un narcotraficante…». Y se puso seria. «Además, siempre hemos tenido cuentas separadas. No sé absolutamente nada de sus asuntos pecuniarios», aclaró, cada vez más rotunda. «Y ahora lo voy a repetir una última vez, a ver si os queda claro: los asuntos de mi marido… ya-no-son-mis-a-sun-tos». Marcó cada una de las sílabas y se levantó, dando por terminada la entrevista.

48

«[…] Te voy a ser muy sincera. Cualquier otra habría sospechado cuando llegaba tarde a casa, y precisamente los días en que ella venía a Barcelona. Yo, en ese sentido, soy muy ingenua. Ahora, en cuanto lo supe, no dudé. Y como por aquellas fechas acababa de recibir una oferta del director general de Espasa, con quien había coincidido en Frankfurt, aproveché que tenía el camino libre para dar el salto. Al principio me instalé en un hotel de Plaza de Castilla mientras buscaba piso por la zona norte, lo más cerca posible de la oficina. Como entenderás, no fue fácil dejar a mis hijas en Barcelona: mis padres y yo habíamos decidido que se quedarían hasta finales de curso. Y en cuanto a Josep, no sé qué te habrá contado, pero mientras que yo cada viernes tenía que cogerme el puente aéreo para ir a verlas, él, por su parte, no hizo el más mínimo esfuerzo entre semana, y encima me disputaba los domingos. Te aseguro que, cuando me enteré de que esa destrozamatrimonios había muerto, no lo lamenté. Y tampoco se lo escondí a la policía. […] Desde luego que estuve. Fue un acto multitudinario, como le habría gustado a ella. Asistió hasta la ministra de Cultura, que venía con sus guardaespaldas, hecha un adefesio. Aunque quien causó más revuelo fue, sin lugar a dudas, el presentador de *Noches sin fin*, cuando apareció acompañado de una tropa de travestis lloronas que se rasgaban las vestiduras delante de su cámara. Estuvieron a punto de no dejarlas entrar. Luego el responso fue más largo que un día sin pan y mi jefe, que se había colocado en las últimas filas, ya empezaba a mirar la hora cuando, pasadas las cantinelas iniciales, el cura lamentó con voz litúrgica la trágica muerte de una persona a quien le quedaba "tanto por vivir", dijo; aunque había que agradecerle a Dios el que hubiera tenido tiempo para dejarnos un "testimonio inolvidable" en sus novelas. Toda una perla. Me habría gustado ver su cara, de haberlas leído. Y

luego salió Daniel Mancilla y empezó con aquello de que son los mejores los que siempre nos abandonan. Y citó a Ciorán diciendo que los que sobrevivimos a cierta edad poco menos que *merecemos* seguir viviendo, como si esto fuera un castigo, por favor. De todas maneras esta muerte nos ha garantizado unas ventas que ella nunca habría alcanzado viva, y menos con esa novela tan mala. Te puedo asegurar que tu amiga tenía los pies de barro y el mito se habría derrumbado solo, de haber seguido escribiendo. Karen se estaba deslizando a toda velocidad por la ladera de la mediocridad. [...]»

49

Menudo carácter, pensó Duarte, rememorando la conversación que acababan de tener con la Fernández. Casi le había malrollado para el resto del día. Pero bueno, el trabajo ya estaba, y ahora a lo que iba: el número que buscaba estaba un poco más abajo, en la calle. Según llegaba, la vio en el portal, a través de la puerta acristalada. Andaba conversando con el portero, y al oírlo entrar y sacudirse los pies en el felpudo, se dio la vuelta. «Veo que hoy llegamos puntuales» sonrió, clavando en él unos ojos verdes donde el maquillaje disimulaba con arte las patas de gallo. Sus manos, pequeñas, tenían las uñas pintadas de negro, contrastando con el pantalón de lino blanco. «¿Subimos?», preguntó con esa voz ronca y sensual. Duarte ya sabía que la zona estaba por encima de sus posibilidades. Pero hoy tenía tiempo libre, y estaba decidido a probar suerte. «Bonito, ¿verdad…?», la vendedora se sacó el chicle de la boca y lo tiró a la papelera, junto al ascensor. Mientras subían, la cabina se llenó de su perfume. «La puerta de entrada está blindada, claro», indicó ella buscando la llave en su bolso. Duarte observó que no se le marcaban las bragas por debajo del pantalón. Dentro del piso se dejó pasear por los dormitorios vacíos, los modernos cuartos de baño, la cocina con tendedero. ¿Le gustaba? Cómo no, el único problema era el precio. «Es lo que se paga por estos metros en la zona…», la vendedora abrió una de las ventanas del salón: abajo dos curritos transportaban en carretilla las losas de pizarras que iban posando en el césped recién plantado, marcando el caminillo que llevaría a la piscina. Viéndolo, Duarte se imaginó la placidez de una vida allí, inaccesible para su sueldo. Pero la vaga sensación de envidia se desvaneció cuando, nada más asomarse, su codo rozó el seno debajo de la blusa de su acompañante. Aquello fue como una descarga eléctrica: ella continuaba desbrozando argumentos, pero Duarte ya no escuchaba. Le importaba un comino

que el parqué estuviese recién acuchillado, que los cristales fueran de Climalit o que la agencia estuviera dispuesta a apretarle los tornillos al vendedor. Sus ojos permanecían fijos en esas nalgas que se adivinaban, con su tanga, bajo el pantalón, casi a su alcance. «No te veo muy interesado…». A modo de respuesta, la cogió por la cintura y acercó el rostro. La menta del chicle se sentía en su aliento. Pero ella se puso rígida. Con un empujón, se deshizo del abrazo y, al apartarlo, soltó una risa que reprimió enseguida al ver su cara. «Olvídalo», dijo cuando Duarte se disculpó. «En fin, por lo que veo el piso no te interesa. ¿Bajamos…?». Según llegó al coche, el policía apoyó las manos sobré el capó. «La madre que te parió, Duarte», musitó. Su rostro le devolvió la mirada contrariada desde la chapa reluciente.

50

«[…] Y a pesar de ello, en *El mundo de K* uno tiene la impresión de que las ideas suponen una carga para la ficción. Resulta como un guiso donde los diferentes ingredientes no acaban nunca de mezclarse. Parece que en ocasiones ni la propia autora "cree" en su ficción. Es como si hubiera descubierto que quiere contarnos algo más. Da la impresión de que, para transmitirnos su filosofía, la ficción casi le *estorba*. Y ésta se defiende, como es natural, rechazando esos injertos. Piénsese en esas discusiones forzadas entre K y su editor para introducir la oposición esencial: "*tú eres Gaudí y yo Le Corbusier*". En las buenas ficciones ese tipo de oposiciones han de estar *implícitas* en la acción, sin necesidad de acotaciones; en la buena ficción nunca debe de haber un "más allá" de la propia ficción. Ésa es, además, la gran virtud de los mejores pasajes de esta autora. Que resultan inmediatamente inteligibles y significativos; son "poesía de la acción", como se dice cuando se llega a esos niveles de pureza narrativa. No obstante, como en arte es el autor quien impone las reglas del juego, pretendo analizar, en esta segunda parte de mi tesis, esas "ideas" que van aflorando en *El mundo de K*, y más concretamente durante las confrontaciones de la protagonista, ora con su editor, ora con Gabriel, sus principales frontones dialécticos. El esquema de la obra es básicamente "una página de sexo, otra de ensayo", tal y como la propia autora definió en su momento la literatura de su admirado Henry Miller. Ya en el segundo capítulo, tras haber narrado los primeros encuentros amorosos con su editor, K discute con Gabriel sobre el papel del argumento en la novela. Para Gabriel, éste contiene en germen esas obsesiones autoriales que luego se encarnan en la obra. Y la semilla tiene importancia, aunque sea relativa: "*es como la melodía de una sinfonía, el desencadenante de todas esas asociaciones de ideas y*

emociones que el artista moviliza y articula en el proceso creativo”. Pero K mantiene que todas las historias están contadas, que no hay argumentos nuevos. Lo único importante es la manera personal en que vuelven a contarse: “*el cómo más que el qué, con todas las resonancias emocionales que pueda transmitir el medio en cuestión*”. En definitiva, Gabriel lo que está haciendo no es otra cosa que defender implícitamente la paternidad de la historia que él ha estructurado y que K ha versionado en su ópera prima novelística, una discusión que hace eco, una vez más, a lo acontecido en la realidad. […]».

51

El vuelo salía a las seis y Duarte llegó por los pelos. Como las primeras plantas del aparcamiento estaban completas, tuvo que dejar el coche en el cuarto piso, junto a la puerta de salida. Luego sacó, desganado, la bolsa de viaje, se fijó en el número de la columna y se apresuró a llegar hasta el vestíbulo de los ascensores, desde donde un larguísimo pasillo llevaba a las terminales nacionales. Mientras caminaba por la cinta transportadora, una apoteósica rubia que pasaba en dirección contraria le recordó el fiasco de la víspera. Pero quien no se arriesga no folla, concluyó con un suspiro, y volvió a pensar en la entrevista que los esperaba. En la oficina de ventas, la azafata le entregó los billetes que habían reservado telefónicamente. Pacheco, que por una vez había sido puntual, se tomaba una cocacola, en una de las cafeterías. «Vamos, que lo perdemos», apuró el refresco, de un trago. «¿Cómo has tardado tanto?». «He tenido que llevar a Paloma al ginecólogo. La última ecografía», Duarte meneó la cabeza al recordar el mal humor de su mujer: «¡¿Pero tú qué crees que importa más?, ¿tu trabajo o mi bebé…?!». «He tenido riña con ella», dijo. Ya llamaban por los altavoces a los últimos pasajeros. Y durante los cincuenta minutos que duró el vuelo, Duarte se dedicó a observar el cielo nebuloso por la ventanilla. Le hacía pensar en la Antártida, la blancura, la virginidad… Al poco sobrevolaban la costa, donde una cenefa espumosa bordeaba el mar resplandeciente a esas horas. Al anunciar la azafata la llegada, le dio un toque a su compañero, que se había quedado roque en su asiento. Fuera, la temperatura era más suave que en Madrid. Caía la tarde y una brisa cálida mecía las palmeras de la acera. La luz mediterránea reverberaba en las colinas circundantes. Cuando se acercó el taxi, Duarte metió su bolsa en el maletero, y Pacheco entró con la suya. En el interior, la imagen de la virgen del Carmen compartía salpicadero con varias pegatinas del

Espanyol. El conductor, que era charnego, como afirmó con orgullo, les entretuvo con una retahíla de tópicos sobre las peculiaridades regionales. «Pero ojo, que yo también soy muy catalán ya, ¿eh?». «Claro, hombre. Como yo», bromeó Duarte, consiguiendo que el otro se riera. Pasado el Llobregat, la carretera corría todavía unos kilómetros antes de empalmar con la Gran Vía y las manzanas cuadriculadas del Ensanche. El taxi los dejó a la puerta del hotel, donde Duarte pagó la carrera y se quedó mirando a una pijilla que pasaba desmelenada en su Vespino. No era la única: una multitud de motos de todas las cilindradas circulaba por la ancha avenida. Al rato, las paredes espejadas de la recepción les devolvían su imagen, parados ante el mostrador. «La 102 y la 103», confirmó la recepcionista, comprobando su reserva en la pantalla. Media hora después, tras dejar las cosas en sus habitaciones, ya estaban sentados, whisky en mano, en un saloncito junto al hall. Duarte tomó algunas notas en su libreta, hasta que vio que aparecía el editor por la puerta giratoria. Los dos se levantaron al unísono. «¿Nos quedamos aquí?», preguntó Ferrater, estrechándoles la mano. «O preferís otro sitio», ojeó rápidamente el lugar. «¿No os interesa descubrir la ciudad…?». «Podemos hablar aquí. Esa mesa del fondo está bien…». El editor se dejó caer en una butaca, donde le decían, pidió un gin tonic al camarero y se desabrochó un botón de la camisa blanca, de manga corta. El cuello abierto dejaba al descubierto la piel enrojecida. Al parecer, durante los últimos días en Roma había hecho alguna escapada a la villa que su colega italiano, el organizador del congreso, tenía en la playa, a un par de horas de la ciudad, y volvía bastante satisfecho, pese a que profesionalmente la cosa no hubiese progresado mucho. «¿Qué os parece Barcelona? ¿Venís mucho por aquí…?». «Casi nunca». «Hacéis mal», se rió el editor, procurando parecer animado. «Aquí se vive bien. Tenemos mar, montaña, y la ciudad todavía es asequible, mientras que Madrid… Si hacéis noche en Barna, digo yo que pasearéis mañana por las Ramblas. La caminata hasta el puerto es fantástica, tú…». Pero la actitud de los inspectores dejaba claro que no venían para hacer turismo. «Alfonso Velasco acaba de aparecer asesinado en su piso. Creo que lo conocía», abrió fuego Pacheco. Ferrater dio un trago largo a su gin tonic. Su animación había desaparecido por completo. «Sí. Uno de los amigos de Karen.

Ya os dije…». «Eran bastante más que amigos». «Efectivamente», concedió de mala gana el editor.

52

«Lo he sabido por la prensa». Dio otro trago largo a su gin tonic. Su mirada se había vuelto recelosa. «¿Hay que volver a hablar de este individuo…?». «Si no le importa. Nos gustaría entender de qué naturaleza eran sus relaciones con él, y por qué le debía ese dinero alguien que traficaba con heroína». «Esperad…». Ferrater acababa de entenderlo. «¿No creeréis…? Por favor», estuvo a punto de reírse, pero al ver que los policías seguían serios se asustó. «Es mucho más complicado que eso… No tiene nada que ver con la droga. Esto es un malentendido ridículo…». «¿Entonces por qué no nos lo explicó antes?». «No lo he explicado antes porque es una cosa muy íntima y porque no me parecía que viniera a cuento… Era…». El editor resopló penosamente. Contó que lo había conocido en una de las fiestas de Karen. Estaba con un grupo de famosillos que aquella misma tarde había posado, todos en cueros, para él: un cartel de protesta contra los abrigos de piel que luego colocarían en la fachada de la Fnac. «*¿Te habría gustado ponerte…?*», preguntó con retintín, bajando la vista hasta su barriguita sedentaria. A Ferrater lo que le habría gustado habría sido borrarle esa sonrisa a hostias. Le llamaba «Yusepe»: «*Venga, Yusepe, ¿no quieres otra copichuela?*». Y lo trataba con condescendencia. Era un director de cine penoso, que no triunfaría nunca, que vivía de las mujeres. Y pese a todo le tenía lástima, porque sabía todo lo que hacía Karen a sus espaldas. «Yo estaba al corriente de que seguían viéndose», dijo. «Me lo contaba Karen. Pero todo semiverdades. Me decía que se quedaba a dormir con él, pero como hermanos, sólo se acostaban espalda contra espalda… Sin embargo eso era todavía tolerable. Porque cuando me enteré de que le sacaba dinero, ya no lo pude tragar. En una de ésas, decidí tomar cartas en el asunto y me acerqué a verlo en el mechinal donde malvivía…». Hizo una seña

nerviosa al camarero, para que trajera otra copa. Luego calló y mantuvo la mirada en el suelo antes de levantar la cabeza como si acabara de tomar una decisión. «Yo estaba dispuesto a cualquier cosa para que dejara de verla…», explicó, cada vez más sombrío. Se había acercado a una sucursal de su banco, algo alejada de la oficina, y esa misma tarde cogió el puente aéreo. Un taxi lo depositó a las puertas del edificio, en la calle Santa Bárbara. Era marzo, el día se nublaba. «La puerta de entrada estaba abierta, y me dio una voz desde la cocina. A esas horas andaba ya colocado. Se fumó un chino, creo que lo llaman, delante de mí. Incluso me invitó a probarlo. Y, cuando me negué, dijo que hacía bien. Que al principio todo resultaba muy divertido: las mujeres, el alcohol, las drogas. Pero que luego se convertía en una pesadilla… Le encantaba hacer filosofía barata y darme lecciones. Debía de estar de bajón, porque ya no sonreía con esa suficiencia desquiciante…». Lo había encontrado descuidado, mal vestido, hecho un guiñapo. Velasco rasgó una tira de papel albal, volcó el polvillo sobre el papel y lo aspiró a través de la carcasa de un bolígrafo partido en dos. Ferrater lo observaba desde la puerta, escudado en su aspecto impecable. «¿Y cuánto le ofreció…?». «*¿Cuánto, dices?*». La mirada de Velasco se perdió a través del ventanuco, por el patio de luces. Cuando se giró, sus labios esbozaban una sonrisilla despectiva: «*Te lo digo porque me caes bien, Yusepe, amigo. A mí igual me puedes comprar, pero a ella…*». Ferrater se limitó a indicar el sobre abultado que acababa de dejar sobre la mesa. «Y después desapareció de su conversación como por arte de magia. Yo pensaba que le habría dicho que la cosa se había acabado, y que ella estaba digiriendo el asunto por dentro. Pero volví a encontrármelos juntos en el congreso de Iria Flavia, cuando llegué de improviso…». Se pasó la mano por el pelo y les dirigió una mirada afligida. El recuerdo volvía a su memoria con toda su intensidad.

53

«[…] Cuando volví a meterme en el Mercedes, me asaltó una irreprimible sensación de pánico, tú. Me temblaban las manos, no conseguía controlar los músculos de la cara. Al rato, la congoja me atenazó la garganta. Paré a tomar un café en un deprimente bar de carretera, y allí me topé en el periódico regional con una foto de los escritores, en la Sala de Juntas, bajo el retrato de Cela: me sentí como si el mundo entero se confabulase en mi contra. Después conduje un buen rato sin rumbo fijo, y ya anocheciendo llegué a un punto del litoral no muy lejos de Finisterre. No sé cuánto tiempo pasé aparcado ahí, a un lado de la carretera. Estaba a pocos metros de los acantilados y el mar se extendía ante mis ojos cubriendo con su manto negro el horizonte. Un faro brillaba en un punto lejano de la costa. Oyendo el ruido del oleaje, abajo, me encogí sobre el volante. De repente aquella palabra, Finisterre, tan hermosa y literaria, cobraba en mi imaginación un significado nuevo y aterrador. Me sentía diminuto y, cara al universo oscurecido e indiferente, me entró una angustia cósmica inusitada. Sentí la misma abrumadora soledad, la misma radical incomprensión que debió de asaltar a Karen en sus últimos momentos. Todo lo que me había importado parecía de pronto irrelevante. El éxito, el dinero, el amor. Todo quimeras absurdas. Puntos ilusorios en el horizonte vital que permiten crear el espejismo de un sentido que luego la sociedad se encarga de perpetuar con sus mentiras piadosas. El velo con el que se cubre la nada para que no nos aterrorice. Al cabo, con un esfuerzo, conseguí volver a la realidad: saqué el móvil de la guantera y me acomodé en el asiento, dejando la portezuela abierta. La estrechez del habitáculo me resultaba reconfortante. Mientras marcaba su número sentía frío, pero no pensé en ponerme la chaqueta, que seguía tirada en el asiento trasero desde por la mañana. Por fin contestó ella. “¿Qué quieres?”, preguntó sin

mayores preámbulos. Había reconocido el número de mi móvil en la pantallita del inalámbrico. De fondo se oía a las niñas. En esos momentos habría dado cualquier cosa por estar con ellas, por llevarlas a la cama, por darles un beso de buenas noches. "¡Callad un momento! ¿He dicho que qué quieres, Josep?", dio en el mismo tono monolítico. Yo tragué saliva. "Montse, tenemos que hablar", dije. "No veo de qué. Está todo dicho", me dijo. Por enésima vez aquel día, me sentí increíblemente estúpido, tú. Tuve que controlarme para no echarme a sollozar en la noche, como un niño desamparado. A esas alturas lo único que quería era volver al punto de partida, pero no parecía que hubiera manera de enderezar la situación. "Montserrat, por favor", supliqué, sintiendo que se me humedecían los ojos. [...]»

54

«Lo siento. No soy un tipo duro. Soy un hombre sentimental, como el de la novela…». A Ferrater le temblaba la voz. El bar del hotel se había quedado desierto. «Cuando llegué al hostal, me indicaron que almorzaban en una casa rural… Yo me había pasado todo el viaje haciendo planes para empezar una nueva vida… Fue como el cuento de la lechera. Luego, al llegar, los vi a todos comiendo… Y ellos dos allí juntitos, en un rincón… Karen soltó una carcajada… había bebido… Me señaló a Velasco que, con los ojos enrojecidos, tampoco dejaba de reír…». Se quitó las gafas, para restregarse los párpados. «Velasco levantó la mano y me saludó como si fuéramos los mejores amigos del mundo… Y yo, que acababa de romper con mi mujer, allí, sin haber dormido… En esos momentos lo único que deseaba, Dios mío, era que dejaran de reírse… Fue tan humillante…». Dio otro trago al segundo gin tonic. «*Siéntate, campeón*», Velasco se puso en pie para acercarle, cigarro en mano, una silla. Le dio unas palmaditas en la espalda. «Le dije que me quitara las manos de encima…». La dueña de la casa, que lo acompañaba, le preguntó, apurada, qué tomaba. Pero el editor seguía con la mirada fija en Karen. Ella se secaba las lágrimas. «*Pero… Josep, ¿qué haces aquí…?*». «Yo sólo la veía a ella. Le rogué que saliera conmigo, que teníamos que hablar… La agarré por el brazo, pero se soltó… Lo que daría por borrar el incidente… No sé qué me ocurrió…». Su vaso estaba vacío. Miró los hielos semiderretidos y lo posó disgustado sobre la mesa. «Perdí los papeles», aclaró, pasándose una mano por la frente. «Empujé a este desgraciado y estuve a punto de golpearlo. Sobre todo cuando vi que le divertía todo el circo que estábamos montando. Y ella se me echó encima, hecha una furia». «*¡Ni se te ocurra tocarle! ¡Y vete de aquí! ¡Te estás poniendo en ridículo, ¿te enteras…?!*». «Salí de allí

sintiéndome tan avergonzado, que me volví esa misma noche a Barcelona…». «Y luego llamó a Velasco, para reclamarle el dinero». «Bueno. Al principio anduve liado con mi mudanza y los trámites de la separación. Pero cuando me enteré de que se iban a Miami, lo intenté localizar… Estaba furioso, sí. Pero no conseguí dar con él… Y después Karen volvió a llamarme. Dijo que me echaba de menos. Quería que me acercara a su fiesta», sonrió con amargura. «Era la inconstancia misma… Habría vuelto loco hasta al más sensato. Yo iba a estar en Madrid durante esos días, por cuestiones de trabajo. Pensé que lo mejor, llegado a este punto, era hablar con ella y dejar las cosas lo mejor posible… Pero entre tanta gente no estuvo sola ni un momento. Así que me volví andando al hotel… Lo peor es que cuando supe lo que había pasado…», su expresión se había endurecido. Los inspectores permanecían silenciosos. De fondo se oía el hilo musical. «Tengo que confesar que me sentí mejor… Infinitamente mejor».

55

«[…] *Unos días después volvieron a verse en el hotel de siempre. El taxi la había dejado en la callejuela que subía hasta la plaza del Ayuntamiento y K subió los peldaños de la entrada tan metida en sus asuntos que apenas miró a la recepcionista que se le acercaba con una sonrisa atenta. "¿La habitación de la última planta?". K asintió silenciosamente. Cogió las llaves que le tendían y se dirigió con un paso triste hacia el ascensor. Cada vez le resultaba más difícil, pensó mientras salía al pasillo enmoquetado de la última planta. Pero sólo faltaba dar el paso, se animó. Después quedaría esa gozosa sensación de libertad que tanto empezaba a añorar. Le faltaba aire, espacio para vivir. Con aquellos pensamientos en mente, oyó una voz masculina a sus espaldas y giró sobre sus talones: su editor se le acercaba, sonriendo con confianza. "Te he visto desde la calle", dijo, besándola en la mejilla. K percibió su aliento varonil con una repentina repugnancia. Sólo son unos minutos, se dijo, y sonrió: "Y tú te has cortado el pelo. Te hace más joven…". En la habitación, él se sentó en un extremo de la cama y levantó la pierna para desatarse los cordones de su zapato inglés. "¿Vienes…?", palmeó la colcha. K se sentó a su lado, solícita: era la despedida y quería dejar un recuerdo duradero. Para ello no escatimó recursos y desplegó su repertorio más fastuoso de posturas. Al poco, un jadeo satisfecho le acarició el oído. Misión cumplida, se dijo. Sintiendo sus contracciones, lo dejó desplomarse entre sus brazos y se entretuvo un rato acariciándole la nuca: la tenía recién pelada y enrojecida por donde le habían afeitado. "¿Has podido…?", preguntó él. "No". K se había echado a un*

lado. El silencio que siguió lo rompió ella con el brusco anuncio de que había vuelto a ver a Carrasco. La frase pareció quedar flotando en el aire durante mucho tiempo, quizás una eternidad. Sentado en el borde de la cama, él se había quedado quieto. No había acabado de abrocharse esa camisa que siempre colgaba cuidadosamente del respaldo de la silla. El veneno que destilaban las palabras iba haciendo mella en su ánimo. Preguntó, sin girarse, que por qué le hacía aquello. "Porque soy así". ¿Qué quería que dijese? ¿Que había dejado de gustarle? ¿Que con él el sexo ya le daba asco, y en cambio se corría con que sólo le tocase el otro? ¿Que prefería mil veces el intenso olor corporal de Carrasco a aquellos empalagosos perfumes italianos…? Ciertas cosas no podían decirse, y K lo sabía. Igual que sabía que a Carrasco sólo le interesaba su cuenta corriente, algo que asumía con lucidez, porque ningún precio sería nunca demasiado alto para poder seguir acariciando su cuerpecito delgado. A veces pensaba que, de haber podido convencerlo para que se comprometiera en serio, habría sido capaz de abandonar sus aventuras extravagantes con otros hombres. Pero no era más que una fantasía monógama pasajera, un fatal sinsentido. "No, tú no eres así…". Él estaba más dolido de lo que esperaba. Seguía vistiéndose, evitando mirarla, y hacía lo posible por controlar su emoción. "Ésa es la imagen que pretendes dar… Estás interpretando un papel. Construyes tu biografía… Quieres que se diga que has sufrido, que has destrozado corazones… Eso te llena de una vanidad malsana. Empiezo a pensar que eres sencillamente…", su voz se quebró. "Mala…". Aquello podía haber dolido. Pero K constató que la llenaba el mismo orgullo que cuando le reconocían su inteligencia. Sí; ella se veía a sí misma como una mujer malvada. Ella jugaba con las emociones de los demás con la misma inconsciencia cruel con la que un crío le arranca las alas a una mosca para luego depositarla en la boca de un hormiguero. De repente, miró a su amante. "Es increíble que alguien tan inteligente pueda actuar deforma tan irreflexiva", había observado en su momento Gabriel. Sin embargo la suya era

una inteligencia emocional, no analítica, como la de Gabriel. Ella "sentía", no pensaba, o bien pensaba sintiendo, si es que eso era posible. Siento, luego soy. Era su ergo, no el cartesiano. Su vida intelectual, tan pronunciadamente histérica, se asemejaba al tanteo de una ciega enloquecida a la que hubieran soltado sin previo aviso en medio de una muchedumbre apresurada. "¿No vas a decir nada?", él se había girado. "No me gusta que me miren así…". "¿Cómo te estoy mirando?". La vista de K se perdió por el balcón que daba a la calle. Por encima de las azoteas se erguían en el horizonte azul las reconocibles agujas de la Sagrada Familia. De repente se le vinieron a la mente imágenes de las naves en el interior del edificio. Todos aquellos pilares como árboles retorcidos, simbolizando la gloria, la inteligencia y el martirio, un bosque de brazos extendidos hacia esa bóveda que lo coronaría todo un día con sus vidrieras resplandecientes. Aquellos pilares, ahora lo entendía, eran sus propios pensamientos envueltos en ese cúmulo de frases proustianas con cuya proliferación tentacular procuraba captar los infinitos matices de su fecunda vida interior, sin dejar en ningún momento de tender irreprimiblemente hacia el punto cenital, hacia lo absoluto. Hacia la eternidad. Como hacían las almas llamadas a la santidad o al diabolismo, entre las que se contaba y que ella siempre identificaba perversamente. "Anda, ven aquí y olvida lo dicho", dijo. "Dame un beso", y se giró hacia su amante. ¡Ella misma no podía creérselo! Tantos días preparándose, y cuando ya había hecho lo más duro, cuando la batalla estaba prácticamente ganada, claudicaba de aquella manera aceptando, una vez más, el compromiso, la mediocridad. ¡Ah, la locura humana! Y ahora le costaría horrores volver a motivarse para la ruptura, lo sabía. Pero también sabía que, tarde o temprano, las inexorables circunstancias acabarían, una vez más, haciéndole el trabajo sucio. "No me hagas caso", susurro. "Ya sabes que a veces se me cruzan los cables…", y sonrió con dulzura para abrazarlo por detrás, apoyando la barbilla sobre su hombro. Sus mejillas se tocaron al girar él la cabeza. "Estás loca. Lo sabes, ¿verdad…?", musitó su editor, luchando por controlar el

caluroso bienestar del reencuentro. [...]».

56

«Menudo pardillo…», se rió Duarte, mientras caminaban por unas calles bien iluminadas. Pacheco conocía la noche barcelonesa de cuando le habían destinado al Grupo de Estupefacientes de una comisaría céntrica, uno de sus primeros destinos recién salido de la Academia, y lo llevaba a un barrio de marcha lleno de restaurantes de cocina internacional y bares de copas. Los locales más punteros habían cambiado, pero los clásicos, como comprobó enseguida, seguían perdurando. «A quién se le ocurre pagarle. Velasco todavía debe de andar riéndose, en su tumba… Me juego el cuello a que no iba a la fiesta para quedar a buenas con nadie, sino para cantarle las cuarenta al amigo. Con lo cual, viendo que Velasco no estaba y que la Del Corral se enrolla delante de sus narices con otro, vete a saber si no se quedó esperando en algún lado hasta que la niña volviera y se montó algún cirio que acabó mal…». «No, hombre, no». «¿Y por qué no? Tú mezcla celos y dinero y eso es dinamita». «Que no, que éste ya no esconde nada», Pacheco empujó la puerta de un local de ambiente casi neoyorquino. Dentro, adornaban el lugar varias reproducciones de serigrafías de Warhol. La luz tamizada cuadraba bien con la sofisticada música minimalista. Al fondo, cuatro modernillas cotorreaban sentadas en una cama con cabecero de barrotes que formaba parte del decorado. Detrás de la barra, dos camareros, con camisetas sin mangas, se daban un pico, entrelazando lenguas. El más jovencito se acercó a atenderlos. «¿Qué queréis, nenes?». A Duarte eso de «nenes» se le atragantó bastante. Para él, una cosa era encularse en privado, y otra el exhibicionismo. El mariquita agarró la botella de Bourbon del anaquel y los despachó con gesto altivo, de aristócrata sexual. Mientras bebían, Duarte no les quitaba el ojo a las chicas en la cama del decorado. «Aquéllas no serán travestis, ¿verdad?». Y viendo que las dos más guapas empezaban a acariciarse mutuamente, soltó un

suspiro. «Macho. Eso sí que no llegaré nunca a entenderlo. Que folléis entre vosotros, pues bueno, allá cada cual. Pero que no os gusten las almejas, eso, compi, sí que no me entra en la cabeza…». Después todavía fueron a un par de garitos más antes de volverse, ya de madrugada. Habían quedado en tomar una última copa, en el bar del hotel. Pero según llegaban se toparon con una putilla apostada cara al tráfico, en una plazoleta cercana: la chica, casi una niña, se inclinaba, sin doblar las rodillas, y se pintaba los labios ante el retrovisor de un coche. En aquella postura, la minifalda levantada enseñaba un culito sin bragas a los vehículos que pasaban. «Si no te importa, casi prefiero ir a dormir», dijo Duarte. Pacheco, que se había hecho a la idea de seguir un poco más la noche, protestó. Pero su compañero se mostró inflexible.

57

Por la mañana, Duarte fue el primero en bajar. Lo hizo silbando por las escaleras. Para cuando entró su colega en el comedor, casi a las nueve, ya volvía del bufé con un segundo servicio de huevos revueltos, embutidos y macedonia de frutas. «¿Sólo eso?», ironizó Pacheco, acomodándose a su lado. Él tenía un mal despertar crónico y a primera hora no le entraba nada, salvo café. Andaba algo resacoso de las botellitas del minibar que se había pulido mientras veía un canal porno de la televisión de pago, para coger el sueño. Al esperar al taxi, Duarte todavía piropeó a la recepcionista. Luego el vuelo de vuelta a Barajas se les pasó sin casi sentirlo. Y a la llegada, se empeñó en que Pacheco se viniera a comer a casa. Acababan de aterrizar y enfilaban el pasillo que llevaba al aparcamiento del aeropuerto. «Venga, Julián. Que Palomita estará encantada de verte. Que hace tiempo que no pasas». Y por la carretera de Colmenar discurseó sobre las indudables ventajas del extrarradio. Era cuestión de tirar de coche y centro comercial, decía. «Ahora, en menos de cinco minutos te encuentras en el campo. Imagínate cómo sienta, respirar a pleno pulmón después de un día por el centro. Y es mejor para la niña, con toda la morralla que anda suelta por Madrid…». Pacheco asentía, con mucha seriedad. La loma baja y terrosa de la sierra orugueaba a lo lejos, en el horizonte despejado. En Tres Cantos se detuvieron en el centro comercial de Avenida de la Vega, para comprar pan, como les había pedido Paloma por teléfono. Ella los recibió en el rellano, con la puerta abierta: estampó un sonoro beso a su marido y explicó que Manolín llevaba toda la mañana preparando un cocido. «¿Pero tu hermano cocina?», se burló Duarte, cogiéndola cariñosamente por la cintura. «Tú come y calla. Y ni se te ocurra hacer comentarios». Paloma estaba mona, con esos vaqueros ajustables para embarazadas, inclusive con los kilos de más que se le notaban en la cara, y Pacheco, al cabo de los

años, se sentía a gusto con ella, pese a que le producían cierto repelús las mujeres preñadas. Sin embargo en el famoso hermano, aunque salía del mismo molde, algo había fallado: los rasgos que en ella resultaban graciosos, en él eran insulsos. Y la chispa de Paloma se convertía en pura majadería. Los saludó desde la cocina, limpiándose las manos en el delantal. Su novia, una pijilla paliducha, con pelusilla negra en los carrillos, acababa de aparecer en la puerta del salón. «Hola a todos», saludó, sonriendo. Era de las pocas hembras que Duarte no habría encontrado deseable ni tapándole la cara con una almohada, había llegado a decir. Una luz veraniega entraba por el ventanal del salón. Tras dejar las bolsas, se sentaron en el sofá, frente a la tele encendida. Mientras las mujeres ponían la mesa, Pacheco hizo una carantoña forzada a la niña, que lo miraba con curiosidad. Luego, durante el almuerzo, Manolín no paraba con su cocido. En medio de todo, Pacheco, a ratos, desconectaba. Y cuando la pareja empezó a relatar un viaje reciente por México, Paloma apoyó la mano en su antebrazo para explicar que Ana trabajaba en una agencia de viajes. «Es el mío, perdonad un momento…», Duarte se levantó, dejando su servilleta arrugada junto al plato. «¿Pasa algo, cariño?». «Nada, un confite…». Salió a la terraza y se acodó en la barandilla. El toldo encarnado temblaba con el aire, tamizando la luz del mediodía. «¿Te acuerdas de mí…?», preguntó la voz, con aquella ronquera inconfundible. «No sé si te molesto. Igual prefieres que te llame en otro momento…». «No. Es que me sorprende tu llamada…», admitió Duarte con torpeza. «Siento lo del otro día», seguía ella, que, por el ruido, llamaba desde una cafetería. «Pero me pillaste por sorpresa… Quería saber si… en fin… ¿tienes algo que hacer el lunes al mediodía…?». Duarte se giró para que no le viesen la cara desde dentro. Acababa de visualizar una grupa majestuosa embutida en un pantalón de lino blanco, una sugerente imagen a la que inmediatamente se superpuso la de otro jovencísimo trasero, la última noche, en la cama del hotel. «Estate quieta», había dicho, separando los gajos para examinar las apetitosas carnosidades íntimas.

58

«[…] Pacheco debió de pasar por casa antes de acercarse por el Rick’s, a primera hora. Y allí estuvo tan borde como de costumbre. Ni bailó, ni nada. Eso sí: se dedicó a fichar a los bailarines y se puso unos tiros en una de las mesas con el impresentable de José María, un aborigen serrano al que ojalá nunca conozcas. A eso de las dos y media dijo que se volvía a casa. Y Jose Mari se salió a tirarle los tejos en plena calle. Pero Pachi, por una vez, pasó de líos, y cogió un taxi en Gran Vía. No quiero echarme flores, pero seguramente iba ya comprendiendo que soy algo más que un buen culo y unas mamadas. Yo entretanto seguía con mi vida. Me había subido a hablar con mi contacto, en París, para encajar fechas, y me habían gustado bastante los *clubs* franceses. Pero luego me había vuelto, con una oferta bajo el brazo. Y Pacheco, cuando le pasaron el detector de metales, venía ya más que puesto: se habría bajado a pillar al solar de al lado, donde siempre hay grupitos de malotes trapicheando junto a una casona derruida, alumbrando la oscuridad con sus mecheros. Para entonces yo llevaba un buen rato en la cabina, inclinado sobre los platos, escuchando los cortes por los cascos. El secreto para pinchar bien está en dejar que los sentidos capten las vibraciones del momento; en seguir la primera intuición, que siempre es la buena. Con confianza y técnica, las ideas conectan con tu estado anímico y encuentras enseguida tu estilo: no hay más que concentrarse, no dejar que nada te distraiga del viaje emocional, y el público lo siente, y acaba plegándose a tu lógica. Sin embargo esa noche tenía a un mulato con un cuerpo de escándalo cimbreando las caderas delante de la cabina, así que, al rato, hice un paréntesis. Y Pacheco, que no se entera de nada, y que andaba animadillo con la coca, al ver que nos íbamos a los

meaderos, decidió darme una sorpresa. A esas horas no había cola en el baño, y se acercó al retrete. Pensaría que estábamos metiéndonos una raya. Y al empujar la puerta, nos pilló al mulato y a mí en plena faena, con los pantalones medio bajados. “Hostia, Pachi…”, exclamé, dejando los morreos y mirándolo con ojos empastillados. Me costó quitarme al otro de encima. Y para cuando salí del baño, Pacheco ya no estaba por ninguna parte. Le pedí el móvil al portero y llamé desde la puerta misma. Hacía una noche de verano maravillosa, con el cielo despejado y la luna llena. Noches así eran las que me habían enamorado de Madrid. “Sé que estás ahí”, le dije al buzón de voz. “Llámame, cabronazo”. Colgué, dispuesto a olvidarlo. Pero no pude contenerme y volví a telefonear. “No sé cómo lo haces, pero siempre consigues darle la vuelta a la tortilla”, exclamé. El portero, viendo de qué iba la historia, me miraba y meneaba la cabeza. “Es la última vez que te llamo. *Fuck!*” […]».

59

Era de madrugada cuando el taxi lo dejó en una esquina, al final del paseo del Prado, frente a la descarnada estación de Atocha. El *MacDonald's* ya hacía mucho que había cerrado; y las terrazas que bordeaban la glorieta permanecían recogidas, con las sillas apiladas y encadenadas entre sí. Subiendo hacia Antón Martín, lo único que seguía abierto era el Kapital, la masiva discoteca de siete plantas donde solía llevar a sus ligues. Por allí de día era habitual toparse con trileros, ante una mesa plegable, animando a los transeúntes a adivinar dónde estaba la bola. Pero a esas horas sólo quedaban los borrachuzos que hacían una pausa antes de volver a bucear en la macrodiscoteca o meterse en algún *peep-show* a bajarse la calentura. Pacheco se apresuró calle arriba, hasta su portal. Al entrar en su apartamento, se acercó a abrir la ventana, dejando que entrase el ruido de la noche. Cuando se descamisó, todavía tenía en mente la imagen de Roni y el mulato. En eso sonó el teléfono: lo arrancó de golpe y la caja quedó colgando del extremo del cable. Le metió un cabezazo a la pared, se fue al dormitorio y se dejó caer sobre la cama deshecha. Luego volvió a levantarse y estrelló una silla contra el muro. «Mierda», dijo. Todavía sudaba, con el corazón a doscientos. Agarró una astilla del respaldo roto y la apoyó contra el muslo: el extremo punzante atravesó el pantalón y penetró en la carne. Pacheco se lo quedó mirando, con el gesto crispado. El dolor siempre le había resultado extrañamente reconfortante.

60

«[…] Esta vez K, que no deja de quejarse de sus dificultades creativas, le da la razón a Gabriel cuando éste defiende que el cine le ha ganado la partida a la literatura gracias, sobre todo, a una metodología rigurosa. Si aceptamos que la industria cinematográfica es, como sugiere el texto, "*un aparato de creación de ficciones extremadamente sofisticado que ha descompuesto y sistematizado el proceso creativo, utilizando profesionales especializados para cada etapa*", y si cada novela viene a ser algo equiparable a una película mental interpretada, realizada y producida por un único individuo, entonces comparar la capacidad creativa de un novelista con la de un equipo de rodaje, producción, etcétera, es efectivamente como comparar "*a un hombre-orquesta con la propia orquesta*". Es la lucha de David contra Goliat de la que habla Gabriel. Y, pese a las obvias insuficiencias de la imagen, la historia del género en el siglo veinte, que es esencialmente una búsqueda desesperada de cauces "no narrativos", parece darle la razón. El propio Céline podría ser un buen exponente: "Entró por la derecha, por la izquierda… ¡Eso ya lo hace el cine! ¿La sicología? ¡A quién le importa! ¿Y qué le queda a la novela? ¡El estilo!". Con todo, K recuerda maliciosamente que Goliat todavía no ha podido con David, pues al menos un treinta por ciento de la producción actual se basa en textos literarios. ¿Razones de esta cacareada "literaturización" del cine? Cito de nuevo: "*'Mera cuestión de arguyó Gabriel. 'Adaptar una obra literaria tiene la ventaja de que ya ha habido antes una persona trabajando durante años la trama. Y si encima ha tenido éxito, existe un público familiarizado de antemano con el argumento y deseando ver la*

comodidad',

adaptación’

”. Dicho lo cual, la relación del trasunto de Karen del Corral con el séptimo arte, con ser profunda, no es tan problemática como se pretende. Es cierto que autora y personaje son ambas cinéfilas convencidas, y que las dos han participado en la escritura de guiones, y que, para más inri, la ópera prima de K (igual que la de Karen) está basada en un guión escrito por un antiguo novio, Gabriel Pardilla (Daniel Mancilla, en la realidad). Pero la palabra clave es evidentemente “basada”. Y podemos, ya que estamos, remitirnos al mundo de la pantalla para comprobar el absurdo de la demanda de plagio presentada recientemente por Daniel Mancilla. ¿Se atrevería hoy alguien, hablando de *La naranja mecánica*, a cuestionar la autoría de Stanley Kubrick, o la de Coppola, en el caso de *El padrino*, porque dos señores llamados Anthony Burgess y Mario Puzo escribieran previamente las novelas en que se basaron estas dos obras maestras del séptimo arte? El cine ya ha resuelto hace tiempo el problema: la historia original se llama “argumento”, y tiene una participación en la obra resultante que no le escatima originalidad alguna a esta última. Consecuentemente, Mancilla, cuya prosa es de una mediocridad lamentable, no puede pretender tener el más mínimo reclamo sobre la originalidad intrínseca de la escritura kareniana, su sensibilidad y su sicología. Plagio es que una presentadora de televisión fusile párrafos enteros de una conocida autora de literatura rosa, pero nunca que un buen escritor como Cela, por poner un sonado precedente, se inspire en el argumento de una novelucha de tres al cuarto para crear una obra de arte literaria. […]».

61

A su vuelta de Barcelona, el lunes les aguardaba una buena nueva: los compañeros, que andaban de pesquisas por el barrio, sabían que una chica dominicana no había vuelto a su casa el día de salida, y esperaban localizarla en breve gracias a las informaciones de la familia que la empleaba. Duarte se lo había transmitido a Ramírez y parecía bastante animado, pero Pacheco apenas despegaba los labios. Mientras salían del metro y tiraban por Embajadores, Duarte comprobó que cojeaba e intentó sonsacarle lo ocurrido sin éxito. «Allá tú», se resignó, aunque algo molesto por esa cerrazón, sobre todo visto los capotes que le estaba echando últimamente. Al poco llegaban a la plaza de Lavapiés, un barrio que daba que hablar debido a los conflictos entre los comerciantes chinos y una pandilla de jóvenes magrebíes. «Eso es cosa de los periódicos», había explicado Manolín durante la sobremesa del sábado. «Yo paso a diario, camino de mi tienda, y los que montan bronca, si eso, son los municipales, que andan patrullando a todas horas». Esta mañana, en cualquier caso, reinaba la tranquilidad más absoluta: las mujeres hacían sus compras, las cafeterías mantenían una actividad razonable y los mayores ocupaban, como de costumbre, los bancos de la plaza. Sólo más arriba, pasado el kiosco con su abanico de revistas, ganduleaba un grupillo de chavales morenos y despeluzados, todos en camiseta y con esos ojos vivos que tienen los niños callejeros. Algunos, sentados pitillo en mano en el respaldo de los bancos, los observaron pasar. Otros jugaban un partidillo con una lata aplastada. «*INMIGRANTES FUERA*», decía la pintada en una fachada remozada recientemente por el Ayuntamiento. Por la calle del Sombrerete las tiendas tenían nombres como «Corte Chinol» o «Complementos Noor». «Que no son lo peor, Manolín. Porque los moros vienen solos. Y ¿qué hacen, nada más llegar…?». «Hombre, lo que habrías hecho tú, Nacho, no fastidies», repuso su

cuñado, que era de izquierdas de toda la vida. «Claro que ésos todavía andan a navajazos. Porque luego están los colombianos, que, acostumbrados a la guerrilla, no se andan con remilgos a la hora de utilizar calibres. Si es que eso de que no hay que ser racista está bien para sociatas de alto copete como los que tú frecuentas, Manolín». El que buscaban era el número cincuenta y ocho de la primera perpendicular. Estaba un par de manzanas más arriba y tenía la fachada cubierta de andamios. Llamaron un par de veces antes de ver aparecer a Irene por la misma acera, al fondo de la calle. Venía en bermudas, con sandalias de cuero y una bolsa de supermercado en cada mano. La melena pelirroja, recogida en una cola de caballo, se le movía con cada paso. «Siento haberos hecho esperar. He tenido que salir a hacer la compra», dijo mientras posaba las bolsas en el suelo y sacaba un manojo de llaves. «Hay que ver el bochorno que hace. Pasad, anda». Su piso era el bajo y estaba a oscuras. Según entraban, encendió la luz de un pasillo donde se veía un póster del Che Guevara.

62

«[…] Les conté lo de la comida: una escena digna de Clarín, con Pilar Segura conversando, como si nada, mientras el otro le metía mano por debajo de la mesa. Había que estar ciego para no verlo. Y aquello estaba lleno de escritores, que otra cosa no, pero cotillas sí que lo son, y mucho. Segura se las daba de diva, y eso que no se salía de los cuatro lugares comunes que maneja cualquiera que se mueva mínimamente por los circuitos culturales. Ahora, a nivel de vestuario, menuda lección, niño: cada noche aparecía con un modelito nuevo. Que si trajecito de Dolce y Gabbana por aquí, que si camisa Versace y bolso Gucci por allá, que si diseño italiano, que si fulares de París. Ah, y maquillada con una clase que ni las profesionales. Por eso se llevó de calle a todos los periodistas. Porque es que no hubo foto de grupo sin que apareciera ella en primera línea. Y esa noche, entre Karen y Pilar le pusieron el broche al congreso. Y eso después de la espantada de tu amiga por la mañana, y de la aparición de Ferrater, que ya habían sido dos momentos álgidos. Fíjate que yo siempre había juzgado exageradas esas escenas dostoievskianas que nos escribía esta chica, con todos esos personajes histéricos y fuera de sí. Pero después de haber convivido con ella unos días, tengo que concederte que era capaz de sacar de sus cabales hasta al más pintado. Dicho esto, por una vez sí que tenía motivos dado que los otros tonteaban tan descaradamente que Chinchón, que es amigo íntimo de Cortés, se acabó marchando. Al pobre hombre lo estaban colocando en una situación francamente embarazosa. […] Mira. Quitando a los que redactaban las actas, los demás nos habíamos ido de tapas, y en uno de los bares se nos unió un periodista jovencito que quería entrevistarla en una mesa, fuera. Era para una radio local, y durante el tiempo que duró, Karen, que seguía con su abrigo de Cruella, no dejaba de mirar por el rabillo del ojo hacia el interior. Estaba cada vez menos

locuaz, lo que no presagiaba nada bueno: ya sabes que podía pasar en nada de una apatía total a la excitación más absurda. Y nada más apagar el chico la grabadora, se vino dentro para echarle, sin previo aviso, los brazos al cuello a Velasco, que pedía en la barra, y los demás dejamos de hablar, porque aquello empezaba a parecer un culebrón venezolano. “*Haz el favor de venirte…*”. Karen le tiraba de la manga de la chupa. Pero Velasco, que se había tomado un par de orujos, quería más marcha. Ella se ofendió, hizo amago de irse. Y cuando el otro la retuvo por el brazo, soltó un par de burradas de esas que da vergüenza repetir. […]»

63

«¿Les digo que suban?». Pilar Segura negó tranquilamente con la cabeza. Cerró la puerta a sus espaldas y acompañó al guardia de seguridad de vuelta al ascensor. Al llegar a la planta baja, respiró con fuerza antes de salir. Los dos policías esperaban junto al mostrador de Información. La sonrisa de ella, cuando se les acercó, era pura escarcha. «¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo?». «Claro». Algo después los tubos fluorescentes de su despacho, en la cuarta planta, parpadearon un momento. Pilar ordenó los papeles de la mesa y tiró a la papelera unos sobres abiertos con publicidad editorial. Desde la mampara, a sus espaldas, una foto enmarcada de Nabokov los observó con severidad mientras se aposentaban. «Supongo que estarás al tanto de la muerte de Alfonso Velasco». Ella asintió: se había enterado por la prensa y había telefoneado a la hermana, que ya estaba de camino para recoger el cuerpo. Duarte cogió la novela de tapas amarillas, en un rincón de la mesa. «¿Es tuya?». La pregunta era tan tonta que no obtuvo contestación. Duarte ojeó la portada antes de levantar la vista con una sonrisa tranquilizadora. «Queremos que nos cuentes todo sobre la relación entre Velasco y Del Corral…». Y como ella callaba, Pacheco, haciendo de poli malo, añadió: «No tenemos todo el día, nena. Si prefieres, podemos tener esta conversación en la Brigada.» «…». «Por favor, no nos hagas perder el tiempo», la regañó Duarte con suavidad. «Está muerto. No le importará que nos cuentes lo que sabes…». Al final ella se decidió, y Duarte se acomodó en su silla y se cruzó de brazos, con aire satisfecho, para escucharla volver a relatar cómo había acogido a Karen cuando recién llegada de Inglaterra cortó con su novio y andaba como loca buscando alojamiento. «Yo le propuse que se viniera con nosotros, para compartir gastos. Además le encontré trabajo. Y me devolvió el favor a su manera: quitándome a mi chico…». Tras haberse perdido

de vista durante bastante tiempo, habían vuelto a coincidir en el famoso congreso de Iria Flavia, donde Velasco no había dejado de insinuársele hasta que la última noche habían flirteado muy a las claras. Habían sido muchos años juntos, y eso no se borra fácilmente, explicó. «No estuvo bien, pero Karen se lo merecía…». Cogió un paquete de Fortuna de encima de la mesa y se encendió un pitillo. «Ella se cabreó y se volvió al hotel…», añadió, soltando una bocanada de humo. «Entretanto Velasco y yo fuimos por nuestra cuenta a un pub irlandés, allí cerca…». Junto a un juego de dardos había una bandera de San Patricio. La televisión sintonizaba un canal digital que retransmitía un partido de rugby. «Velasco andaba muy excitado… Había conocido, en una fiesta, a un productor mexicano afincado en Florida que lo animaba a probar suerte en Miami. Incluso parecía dispuesto a producirle algún largo en el futuro. Y él, como había quemado todas sus relaciones aquí y empezaba a darse cuenta de que no compensaba ir de Atila por la vida, quería intentarlo… Pero necesitaba dinero para arrancar y había vuelto a trapichear, sólo que esta vez a lo grande. Quería dar un pelotazo. Y no paraba de hablar de ello…». «Velasco, suéltame». Pilar clavaba su vista en ese rostro demacrado, que le había resultado tan atractivo en otra época. Dos diminutas réplicas suyas se ahogaban en dos pozos de agua negra. «*Eres la única persona a quien he querido, Pili. No me dejes colgado ahora, por favor…*». Y cuando le recordó que los estaban esperando, sonrió con desprecio. «*Olvida a esa cascarrabias. Es una estúpida y una fatua. Dentro de nada tendré toda la viruta que necesito para dejarla. Dime que te vas a venir conmigo, Pili. Dímelo, anda…*». Su dedo golpeó el cigarrillo. La ceniza cayó en el interior de un vaso junto a la botella de agua mineral. «*Pili, tengo que volver, no quiero joderla todavía. Te llamo cuando estemos en Madrid. Piénsate lo de Miami, que va en serio…*». Fuera, empezaba a chispear. La luz de las farolas reverberaba en el asfalto mojado. En la desierta plaza, la catedral era una mole oscura recortada contra la noche. Recién traspasada la puerta de la fachada plateresca del Hostal, se separaron y ella se encontró con Juan Chacón y Molina en un saloncito, junto a la recepción, decorado con tapices y armaduras medievales. Acababan de terminar de redactar las actas y querían salir a tomar una copa

con los demás. «¿Te vienes…?». Pilar se quitó la chaqueta, mojada por la llovizna. Dijo que estaba cansada, que prefería acostarse. En recepción le informaron de que tenía un mensaje de Cortés, y cayó en que prácticamente no habían hablado en toda la semana. Al verse reflejada en el escaparate iluminado de la joyería del hall, le gustó lo que vio. Cruzó el claustro medieval, sonriendo con languidez, y cuando pasó delante de la habitación de Karen, oyó voces crispadas. Como no había nadie cerca, se acercó discretamente: *«¡No seas subnormal, Karen! ¡Te juro que me importa un rábano esta zorra pretenciosa!». «¡Pero serás bolero! ¡Vuelve con ella, a ver si en estos años ha aprendido a mamártela!»*. Pilar aplastó el cigarrillo en el interior del vaso. «Al día siguiente cogí uno de los primeros vuelos para Madrid y no supe más de ellos», dijo. «De hecho, cuando lo llamé, después de que vinierais a verme, ya estaba muerto».

64

Al salir del portal había chocado con la vecina. Aturdida, la mujer se agarró a su brazo, pero Velasco se soltó con violencia y salió corriendo y tapándose la nariz, que sangraba. No quiso mirar el cuerpo que yacía inmóvil sobre la acera. Iba tan nervioso, que al doblar la esquina tropezó con una jardinera de hormigón: el dolor del rasponazo le hizo crispar el gesto. Aun así siguió renqueando hasta San Bernardo, donde recuperó el aliento tras la galopada. Para entonces el sol lucía y la calle se iba llenando de gente. Pero a él, a medida que el efecto de la última dosis desaparecía, el malestar empezaba a hacerle rechinar los dientes. Ojeó el reloj, en lo alto de una iglesia: quedaban unas horas para que saliese el vuelo. Todavía podía meterse en un after, a ver si encontraba a alguien, y pensó en el Racha. Tenía algunas peyas pendientes, pero necesitaba unos gramos para el viaje. Sólo son unos minutos, se animaría, y paró un coche. El taxista era un hombretón mayor, con mucho carácter. Recientemente dos colombianos se lo habían llevado a punta de revólver hasta un descampado, cerca de Pinto. Eso podía haberle desaconsejado coger a individuos como aquél que hacía señas en la acera de San Bernardo. Pero, como diría después a la prensa, era un profesional, y no estaba dispuesto a dejarse vencer por el miedo. «¿A dónde?», preguntó, y Velasco se lo dijo entre dientes. Subieron hasta la glorieta de Quevedo y pasaron junto al paso elevado de Cuatro Caminos. Durante el trayecto, Velasco seguía con los ojos entrecerrados, sin soltar la mochila. Temblequeaba y respiraba penosamente por la boca. Cuando se paró el taxímetro, tendió un billete arrugado entre los dos asientos: «*Quédate con la vuelta*…», Y al pisar la calle, soltó una tos dolorida. Intentó escupir, pero apenas tenía saliva. Lo más normal es que ni se fijara en el Mitsubishi que lo había seguido y que acababa de parar a unos metros, a la altura de El Corte Inglés,

dejando los intermitentes encendidos. El Racha, en los bajos de Orense, abría a las seis de la mañana y cerraba al mediodía. Viéndolo llegar, el musculoso chileno de la puerta soltó un bostezo. Velasco, que lo conocía, controló su mono para preguntar si había alguien dentro. «Ha entrado hace un rato tu colega Kiko», informó el hombre, entrelazando los dedos y haciendo crujir las articulaciones. Iba trajeado y mantenía los zapatos relucientes bien apartados uno del otro. Velasco calculó rápidamente que Kiko tenía tantas peyas como él y pasó, ya más tranquilo. Dentro, la oscuridad del local le resultaría acogedora. La música actuaba como un analgésico. El bombo le haría sentirse mejor. Kiko y el Pentium bailoteaban codo con codo, en medio de una pista vacía. En cuanto lo vio, el Pentium se vino hacia él y, tras un breve intercambio de palabras, fueron juntos al cuarto de baño. Al volver, Velasco tenía otra cara: se acercó a la barra sin dejar de agitar la cabeza al ritmo del bombo. «*Eres la hostia, Fonso*», se diría, pensando en todas las películas que iba a rodar. «*Eres la puta hostia, chaval…*». La primera copa se la pulió de un trago. Tenía la segunda en la mano, cuando lo abordó Kiko. «Qué pasa, Velasquete», saludó, zumbón. «Muy contento te veo, tronco». «*Nena. Otra aquí, para el caballero*». «¿Y eso?, ¿te ha tocado la lotería?». Kiko estaba recién despertado y no dejaba de sonreír, con el pelo todavía reluciente de la ducha. Le molaba eso de meterse en un after a primera hora y sentir que la cabeza le funcionaba a tope, que podía vacilar a la peña. «¿Quién te ha puesto tan guapo?», preguntó, refiriéndose a las narices hinchadas. «*Nadie que te importe, tío*», dijo Velasco, súbitamente precavido. Pero luego, entre el chutazo del speedball y el alcohol, le entraron ganas de largar. Habían sido demasiadas emociones juntas, y al final se lo contó, como una batallita más. «*¡Les he dado por el culo a todos, tío!*», exclamaba, eufórico. *«¡Me voy a Miami! Y no vuelvo a poner aquí los pies. ¡He terminado con toda esta mierda! Soy demasiado bueno para quedarme…».* *«O* sea que sí que te ha tocado la lotería», se rió Kiko, más falso que judas. «*¡Otra copita, aquí, a este señor!*». «Tronco, que todavía me queda…», protestó Kiko, echándole el ojo al fajo de billetes que sacaba el otro. «*Me voy, tío. ¡No volveréis a verme por aquí en la vida!*». Entonces, más o menos a la hora en la que la jueza de

instrucción ordenaba el levantamiento del cadáver, Velasco se animó a salir a la pista y empezó a bailar ensimismado, aunque sin despegarse en ningún momento de la mochila que se había echado al hombro. Se puso tan cerca de los bafles que el bombo le sacudía la caja torácica. Los destellos irisados de la esfera plateada sobre su cabeza titilaban en la oscuridad como una lluvia de monedas. Le hacían pensar en máquinas tragaperras, en pilas de fichas sobre el tapete de las mesas de juego. Se vio bailando en las discotecas de los gigantescos hoteles de Las Vegas, perdiéndose en inacabables y futuristas macroespacios comerciales, estrenando su primer exitazo de taquilla ante los gritos entusiastas del público que se agolpaba a la puerta del cine en espera de que saliera el Gran Velasco de su Limusine blanca con una actriz tetuda colgada de cada brazo. «¡Queremos un hijo tuyo, Velasco!», exclamaban al borde del desmayo, mientras extendían sus brazos por encima de la barrera humana que formaba la policía para rozar a su ídolo con la punta de los dedos. Y ahí seguía, la última vez que lo vieron con vida. Bailoteaba, con un entusiasmo desquiciado, en medio de la pista de baile de un deprimente antro en los bajos de Orense…

65

«[…] *Al principio se sentía como si estuviera en una mesa de operaciones en espera de que le disecasen esa cosa esponjosa en su cabeza que nunca había llegado a controlar del todo. Le gustaba que el hombre detrás del diván le pusiera nombre a sus ideas, que articulase sus sensaciones con aquel repertorio de palabras pomposas. Llegó incluso a fantasear con seducirlo. Pero él jamás había dado la más mínima muestra de debilidad. Su voz era tan neutra, que al cabo se olvidaba de que estaba en un consultorio y se sumergía en sus pensamientos para entregárselos con la ingenuidad de una niña que enseña sus juguetes. Las sesiones eran algo tan abstracto e íntimo como conversar con su propia conciencia. De alguna manera suplían un ejercicio que nunca había practicado, ni tenía demasiada intención de hacerlo, ya a esas alturas. La ayudaban a "estructurarse", habría dicho Gabriel. A organizar y a dotar de sentido a ese acervo de sensaciones y pensamientos que bullía incesantemente en su interior. "¿Cómo recuerdas a tu madre…?". Hubo un momento de silencio. Él había dejado de escribir. "Ella siempre ha sido muy religiosa, muy puritana… La recuerdo distante, metida en sus cosas. Creo que le disgustaba el contacto físico, porque no consigo recordar ningún beso suyo…". Cada alusión a la infancia movilizaba el interés del sicoanalista. Y eso lo viciaba todo, porque ella ya no sabía hasta qué punto seguía siendo sincera. De pronto sintió unas ganas irreprimibles de reír, y su risa fue creciendo hasta convertirse en una caudalosa carcajada. El sicoanalista dejó que pasase el momento de histeria e inquirió por las razones de aquella reacción. K se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.*

“Porque todo lo que te estoy contando es mentira… todo lo que he dicho desde el momento en que entré por esa puerta”, explico, divertida. “Entonces, ¿por qué lo has dicho?”. “Porque es lo que estabas esperando que te contara, ¿o no…?”. “Puede ser”, concedió la voz, tras un momento de reflexión. “Pero también es posible que hayas dicho lo que piensas que espero que me digas… No es exactamente lo mismo…”. K tardó en contestar, meditando aquello. Luego suspiro, cansada. “No lo entiendes”, dijo. “Soy una mentirosa compulsiva. Ni yo misma sé lo que siento…”. Pero el analista ya había retomado el control de la situación. Explico que, a veces, las mentiras podían llegar a ser más reveladoras que las propias verdades. “Los escritores lo sabéis bien. Nunca se miente del todo…”. El hombre era más inteligente de lo que parecía. Y K, que se preciaba de ser un enigma a ojos de todos, empezó a sentirse molesta. “Prefiero que no me mires”, indico él, viendo que se giraba. “Es el principio de la terapia. Se trata de ti, no de mí”. “Claro, así es fácil…”. K fijó la vista en un punto indefinido de la pared. De repente se sintió profundamente humillada y supo que no volvería. En el fondo todas sus palabras, todos sus actos, no eran sino un intento desesperado de protegerse, de recubrirse con nuevos velos para que nadie pudiera discernir su terrible vacío interior. Era una cuestión de pudor tanto como de orgullo. No podía permitir que el mundo descubriera su secreto más profundo, el núcleo de su perversa personalidad… […]».

66

«[…] *Noche, urraca de oscuros vuelos, surcos de plata en tu cuerpo abierto, nocturna sinfonía de adioses inciertos en guiños de plata. Noche maldiciente de muerte. Noche sin cuerpo de noche, avanzando, siempre avanzando hacia ningún lado. Noche vertiéndose en bosques de hojalata, en hojas de lata y otoños de plata*» —me lo conozco de memoria, ya ves— «*en días abiertos y heridos por la llaga de un sol noctámbulo, en cerámicas historias de sirenas cansadas, cuentos para niñas que se olvidan de soñar*». Es muy sugerente, ya te dije. Y termina diciendo: «*Sobre la noche, mi cuerpo abrazándose desesperadamente a la vida de ayer. Persiguiéndola, sometiéndola. Cuerpo sin ley, con sangre tuya, noche, la sangre que me alimenta y se te escapa. La sangre de mil cuerpos que murieron sólo para que yo te la concediese en mudo sacrificio crepuscular, cuyo eco retumbará eternamente. Eternamente. Sólo tú en mi sangre, regando mis venas con bostezos de muerte…*». Dentro de ese surrealismo visceral, tenía un punto de hipersensibilidad femenina, a lo Silvia Plath, la mar de interesante. De hecho ella siempre consideró que en los poemas estaba su yo profundo, el mismísimo corazón de la cebolla. A mí me dejó ver alguno, mientras trabajábamos *El desamor*. Debo ser de los contadísimos lectores de su poesía. En ese sentido, tengo una posición privilegiada para la hermenéutica de sus textos. Pero esa noche, decías. […] Pues mira. La vecina subió poco después de que te fueras, y Karen se estuvo aguantando el chaparrón en la puerta, muy pacientemente, para lo que era ella. En el fondo le sirvió de excusa para terminar la fiesta, porque se la veía cansada, y me pidió que la ayudase a desalojar. Ramiro también echó una mano e iba plantando a la gente por parejas en la puerta: «Ya habéis oído…

Que se quejan los vecinos…». Yo incluso quise ponerme a fregar, pero Karen dijo que ya se encargaría la chica que le hacía la limpieza, y bajamos a tomar una copa en la plaza. Abajo, mientras nos sentábamos en una terraza, Ramiro todavía la filmó pintándose los labios con ayuda de un espejito. Deben de ser sus últimas imágenes en vida. Bololoco también andaba por ahí, y bastante bolinga, por cierto. En algún momento se agachó junto a su silla para felicitarla por la fiesta e invitarla a pasar por su estudio en Prado del Rey. «En cuanto saques la novela hacemos unas lecturillas y pinchamos alguna canción que cites. ¿Te parece, nena?». Pero Karen ahora quería tranquilidad. Era típico de su ciclotimia. Había estado despendolada toda la noche y de repente se volvía intratable. Cuando Ramiro se fue «a echar un pis», me cogió del brazo: «*¡Corre!*». Se descalzó, para correr más a gusto, y le dimos esquinazo por San Vicente Ferrer y por la corredera alta de San Pablo, donde se clavó algo en el pie y se apoyó en mi hombro para mirarse la planta y calzarse. Después todavía nos detuvimos dos o tres veces, porque se encontraba admiradores. A mí eso me gustaba: cada noche con ella era una aventura diferente. Y mientras llegábamos al Rastafari, intenté hablarle de la tesis. Comenté que estaba metiéndome con *El mundo de K*, y que no me gustaba cómo evolucionaba su escritura. No es ya que fuera una especie de ensayo superpuesto a la ficción, en plan Miller, que todavía pase. Sino que había perdido espontaneidad, y en algunos capítulos se había vuelto casi naturalista. Hay que hurgar demasiado tras el maquillaje realista para encontrar su auténtica voz. Lo único que voy a seleccionar para las lecturas en Bellas Artes son las sesiones con su sicoanalista y fragmentos escogidos de los capítulos con su editor. Ésos están francamente bien. Pero lo demás tiene un tono engolado de alguien demasiado consciente de estar hablando a un público. Ella, a todo esto, me escuchaba, dejándome largar. «*Ya saldrá mejor la próxima vez…*». Y cuando ya me puse pesado, torció el gesto: «*Tino, déjalo. Si ya conoces mi obra mejor que yo. Todo lo que digas está bien…*». Me dio un beso fraternal y ojeó a nuestro alrededor. En la cabina del pincha, una jaula elevada en medio de la pista, vi a Josemi, que lleva unos meses allí y sigue poniendo un indi guitarrero y noventero con algunos ribetes electrónicos. Yo no lo escuchaba desde la época del Sonko, pero musicalmente no ha

cambiado nada. Lo saludé de pasada, pero estaba tan concentrado, con los cascos puestos, la beisbolera escondiéndole la cara, que ni me vio. Y en cuanto Karen dejó su chaqueta en el guardarropa, estuvimos una hora pegados a la barra. Aquello era peor que una cola de racionamiento. Estábamos apretujados como sardinas, y a poco que te movías le metías el codo al vecino. Cuando conseguías que una camarera se fijase en ti, era como si te hubiese tocado la lotería. Estuvimos cabeceando entre la marabunta y frotándonos con veinteañeros sudorosos hasta que Karen apuró el último trago de su botellín y me pidió que la acompañase al cuarto de baño. Una cola esperaba en silencio ante un musculitos que los iba dejando pasar de uno en uno. «Lo siento. Nada de parejitas», les decía a dos chicas que intentaban colarse juntas. Tenía los ojos irritados por el humo y aspecto de andar muy quemado ya a esas horas. Como Karen lo conocía, a nosotros nos dejó pasar a un cuarto oscuro al fondo del pasillo. Allí, desde lo alto de una esquina, una tele retransmitía un concierto de la MTV. Varios tiparracos, con pelos de todos los colores, andaban tirados por los suelos. Dos, apoyados contra el muro, compartían una pipa de algo, mientras un tercero con rastas, en el rincón, se apretaba la goma y calentaba una cucharilla con un mechero. A sus pies, una chica con tres pirsings en la nariz permanecía echada, completamente grogui, utilizando su chupa engurruñada como almohada. Yo me sentía bastante fuera de lugar. Pero Karen se sentó contra la pared, acariciándose el pie dolorido, y, según me instalaba a su lado, me metió media pastilla en la boca. El sabor amargo y químico me hizo fruncir el ceño. Se echaba en falta el alcohol. Luego sacó del pantalón una papelina cuidadosamente doblada, me pidió mi billetera y machacó el polvito sobre ella con mi Visa hasta que quedaron dos gusanillos marroncitos. No tenía la textura de la coca y me entró aprensión. Pero ella me convenció: «*Sólo te va a calmar un poco.*» […] Claro que me agobiaba. Sabía que la tenían empastillada y que tenía prohibido el alcohol y todo lo demás. Pero ¿qué le iba a hacer? Ella ya era mayorcita. Yo sabía además que, aunque ahora estaba perfectamente, sería después, a la hora del bajón, cuando se le vendría encima todo ese caudal de negrura que la química contenía. Pero aunque se lo hubiera recordado, no me habría hecho ningún caso, ya sabes cómo era. Y luego, tenía que lidiar con mis propias

sensaciones. Recuerdo que me picó mucho la nariz, y que tardó en subir. Pero cuando lo hizo fue un relax total, una sensación de quietud y bienestar extraordinaria. Sentí un desapego por todo francamente liberatorio. Me pareció que nada importaba demasiado y pasé unos momentos absorto en la pantalla de televisión. Al cabo, me entró un mareo; empujé a Karen, que se había recostado contra mi brazo, y me incorporé como pude. «Dejadlo pasar», oí que decía el musculitos, viendo que me tambaleaba por el pasillo. Me dio tiempo justo de empujar la puerta del baño y levantar la tapa del váter. Y al salir de la discoteca, la que soltó la pota, contra una pared, en plena acera, fue ella. Empezaba a amanecer y yo tenía la sensación de haber salido de un larguísimo túnel. En la calle había grupitos de gente tan cadavérica como nosotros. Mientras volvíamos, la coca-cola que nos tomamos en un bar de Fuencarral nos supo a gloria. Y luego debimos llegar a la plaza como a las siete, cuando los barrenderos limpiaban a manguerazos los restos de la noche. En su portal, Karen volvió a descalzarse. Tenía problemas con la llave y tuve que abrir yo. Ella lo dudó un momento. Después dijo: «*Súbete un rato, anda*». El resto entenderás que no podía contárselo a la policía. [...]

67

A esas horas las beatas enjoyadas del barrio de Salamanca salían de la iglesia en la esquina con Lagasca y se saludaban unas a otras en pequeños grupos. Más arriba, en la calle, Pacheco y Duarte se habían instalado en la terracita del bar Chócala, en la acera de Alcalá. Iban de polito los dos, uno rosa y otro azul marino, para capear el calor de julio, que llegaba pegando fuerte. Una valla de media altura los separaba de la riada automovilística que contorneaba, calle abajo, la puerta de Alcalá. Pacheco, estirando los brazos por encima de su cabeza, con las manos entrelazadas, soltó un bostezo. «Ahí viene», dijo Duarte, que entretanto había lanzado miradas impacientes a uno y otro lado de la calle. Tenía ya ganas de terminar con esto. Tino acababa de emerger del pasadizo. Iba en bermudas y chanclas, y con una camiseta deslucida de la UNED. Cuando llegó hasta los policías, quedó de pie junto a su mesa. «Siéntate», Duarte le ofreció una silla. Le dejó que pidiera un botellín de agua. Pero luego no se anduvo por los cerros de Úbeda. «Bueno, González. Si has leído la prensa sabrás que tenemos una testigo que afirma haber visto a una segunda persona en el balcón del piso de Del Corral, justo cuando se tiró… Tú subiste con tu amiga a su casa aquella mañana, ¿verdad?». Tino soltó una tosecilla seca. Empezó a decir que él la había dejado en el portal. «No mientas», le interrumpió Pacheco. «No volviste a tu casa, sino que subiste al piso con ella y te cruzaste allí con Velasco… Te puedes meter en un buen lío si no nos cuentas la verdad, así que haz memoria». En la habitación, Karen se había desabrochado la blusa manchada de la noche y la había dejado sobre la cama. Mientras se quitaba los pantalones y la ropa interior, Tino la observaba sentado al escritorio. «*Pero en cuanto te diga que te marches, te vas, ¿vale?*», ella cogió el albornoz que colgaba de una percha. No

parecía que le hubiese afectado tanto la heroína, y Tino pensó que a fin de cuentas no era demasiado diferente del Lexatín que le recetaba el siquiatra. Pero él estaba destrozado. Fuera se oía el piar de los pájaros. La luz matutina entraba por la ventana y caía sobre el parqué, a sus pies. En ese estado no se sentía capaz de dar clase. Tendría que llamar a la universidad, pensó. «Entonces, ¿qué pasó?». Tino se cruzó las manos sobre el estómago. Estiró un par de piernas blancuchas. No tenían apenas vello, salvo en los pies, apelusados, como los de los hobbits. Al volver a casa, había caído redondo sobre la cama. No se levantó hasta el día siguiente, casi veinte horas después. Su primer impulso había sido llamar a la policía. Pero le entró el acojone. Enseguida, además, comprendió por la prensa que su presencia en casa de Karen había pasado inadvertida. Su mirada se posó en la pizarra con el menú del día, a la entrada del bar. Luego se perdió en la arboleda, al otro lado de la calzada, por encima de la verja del Retiro. «Bueno», carraspeó. Se quitó las gafas para acariciarse las marcas a los lados de la nariz. Más abajo iban deshaciéndose los corrillos a la puerta de la iglesia. «Me topé con Velasco, según salía del piso de Karen…», convino al cabo. «Ella lo estaba esperando, para irse juntos al aeropuerto. Al parecer Velasco quería relanzar su carrera en Miami. Tenía un contacto que lo iba a ayudar a entrar en el mercado americano, un productor marica del que se aprovechaba. Velasco no tenía escrúpulos, cuando algo le interesaba…». «Y os cruzasteis según salías», insistió Duarte. «Bajando por las escaleras, sí. Pasó a mi lado sin decir ni una palabra». «¿De dónde venía?». «No lo sé». «¿Llevaba una mochila?». «Una caqui, sí». «Y entonces te fuiste, sin más». «Pues no… Me entró un mareo y me senté en un peldaño, a que se me pasara. Pensé en pedirle a Karen una coca-cola, para despejarme. Y cuando volví a subir, ellos ya estaban discutiendo…». «*¡Tú así no te vas, cabrito!*», exclamaba la voz pastosa de Karen. «*¡A mí no me haces esto, ¿me oyes?!*». «*¡He dicho que se ha acabado, a ver si te enteras! ¡Que contigo no voy a ninguna parte! ¡No vamos a volver a follar, ni a vernos, ni siquiera a hablar por teléfono! ¿Ves lo que hago con tu billete…? ¡Pues a ver si te lo metes de una puñetera vez en esa cabezota!*». «Ahí ya oí trastazos y empujé la puerta entreabierta. Karen había

caído al suelo, todavía en albornoz, y Velasco la pateaba con sus Marteens…». «*¡Hijo de puta!*», gemía ella, protegiéndose como podía. «*¡Suelta, que la mato…!*». Velasco dio un empellón a Tino, que se le había echado encima, y ambos se enzarzaron en una patética trifulca. «Me agarró por el cuello y casi me estrangula… Me soltó, y mientras yo recuperaba el aliento, tosiendo, se me quedó mirando de hito en hito…». «*Pobre pringao*», dijo, recogiendo la mochila y tocándose la nariz, que empezaba a sangrar. A Tino le pitaban los oídos. A la camisa de manga corta se le habían saltado algunos botones. Mientras se la colocaba, se giró hacia Karen, que gemía junto al balcón…

68

Esa tensión la había acompañado desde niña. Cada vez que una situación la sobrepasaba, sentía ese agarrotamiento de los músculos. «*Era como una descarga eléctrica*», escribió en *El desamor*. Sólo que lo había combatido con su extroversión, como un animal que embiste cegado por su propio miedo. Y hasta el momento nunca le había faltado la energía necesaria para resistir a ese acuciante deseo de huir. Sin embargo en los últimos tiempos la marea vital había bajado dejando descubierto su naufragio nervioso. Es cierto que el éxito la había arrastrado en una espiral de euforias y decepciones: «*era como si la hubiesen metido en una centrifugadora*». Y que para paliar su angustia solía echar mano de todo tipo de ansiolíticos, y que a veces los sustituía por la heroína que le facilitaba Velasco. Y también que cuando salía de copas, sabía que a la euforia del momento la sucedería la apatía del día después, la calma lúcida que precede a la tormenta, anticipando el inevitable derrumbe. Pero no fue sólo eso lo que abrió el abismo bajo sus pies. Según Tino, cuando se cruzaron, Velasco ya llegaba raro. Seguramente entró con su llave y pasaría al salón dándole vueltas a cómo anunciárselo. Y Karen, que seguía en la ducha, con la puerta abierta, para oírlo llegar, lo vio asomarse al baño con una expresión concentrada y fría. Karen sentiría cómo el poso de amargura se expandía por su sistema nervioso como las ondas concéntricas en las aguas de un lago. En cuanto oyó el ruido de las novelas que caían del altillo, cerró el grifo y se secó apresuradamente. Se lo encontró en el pasillo, metiendo la riñonera con el dinero en su mochila. Velasco le diría que se iba solo, y ella se le echó encima, hecha una furia. Velasco se defendió tirándola al suelo. Y para cuando apareció Tino, ya estaban enfrascados en aquella borrasca emocional. Karen debió sentir que perdía pie, que el pánico se

apoderaba de ella. Conocía la tentación del vacío, pero nunca antes había perdido tan totalmente el control. Parecía que le fuera a estallar la cabeza. Y empezó a oír aquellas voces que repetían una y otra vez lo que no quería oír y que se confundían con los gritos de Velasco llamándola farsante, exclamando que no lo iba a hacer, que él la conocía mejor que nadie. «*Por mí te puedes tirar, gorda de mierda*», le espetó con la frialdad de un cuchillo que se le clavó en el vientre. Y cuando vio que por fin se iba, que esta vez era de verdad, sintió que un doloroso alarido brotaba de sus entrañas. Oiría, más profundas todavía, y más imperiosas, si cabe, otras voces que no había oído nunca. Y cuando Tino se le acercó, ya había llegado a la barandilla: «Fueron sólo unos segundos, pero no se me van de la cabeza. Estaba allí, medio encaramada y mirándome con esa cara de absoluto desamparo, desnuda bajo el albornoz entreabierto. Pero no pude hacer nada. Ella rechazó mis brazos. Te juro que yo no la empujé. Tienes que creerme…».

Toulouse, Cognac, Madrid,
2001-2004,
a trechos y con la ayuda del
CNL
de París y del Salon de Littérature Européenne de Cognac.